

Mi
PRÍNCIPE
azul

Laura Kovacs

Selecta 

Mi príncipe azul

Laura Kovacs

Selecta

*A mi hijo Joaquín. Al igual que Bella,
soy la madre de «mi príncipe azul»...*

Tú tienes reloj, yo tengo tiempo...

Moussa Ag Assarid

Capítulo 1

EL LEGADO DE EVA

(Carmen)

Madrid, 1998

—Digamos que así fue como os decidiste...

El comentario pudo haber sonado raro en otra persona. Pero mi jefa tenía ese don de materializar mis pensamientos de un modo que asustaba.

—No sé bien a qué te refieres —respondí buscando evadir el hecho de conocer de antemano lo que pretendía con sus palabras.

Me veía decidida a abandonar mi puesto en el canal de noticias mejor pago de Madrid. Un paso que daba por su culpa y de quienes consideraba «sus secuaces». Si pensaba que se la dejaría ganar tan fácil era porque no había terminado de conocerme...

Había llegado a España, desde mi añorada Buenos Aires, repleta de sueños —y con mis papeles de residencia al día—, con mi título y unas ganas de hacerme valer que demandaba una completa dedicación al trabajo. Luego de algunos puestos sin trascendencia —camarera en un bar, cuidadora de niños— que, por cierto, me habían dejado en mi cabeza cuatro canas de verdad, y no verdes, por lo pillos que eran... Hasta que había logrado ubicarme en un sitio privilegiado.

Mi entrada al canal se había producido casi sin querer. Y Elena fue, además de quien había hallado en mí la posibilidad de una «cara para la pantalla», un pilar en mi rápida escalada al lugar de conductora del noticiero en el horario central. Juraba, ante Dios y la Biblia, que estaba convencida de que ese tipo de acontecimientos ocurrían solamente en las películas. Pero no era así. A mí me había pasado. Pronto había aparecido en las casas de un público español tan agradable que me había hecho sentir como en casa, a la que, por cierto, extrañaba horrores.

Aunque estaba demasiado bien por ser una extranjera, mi deseo era viajar y componer la imagen conforme acontecían los sucesos. En la última reunión habían prometido escucharme. Cuando me desperté esa mañana, lo primero que descubrí en un programa de entrevistas fue la alusión a la partida de mi compañero rumbo a Oriente, a cubrir una nota.

Mientras hablaba podía parecer despreocupada, pero no era así. Tomé una hoja de la pila que siempre me acompañaba y comencé a enlistar lo que debía llevar de la oficina para no olvidarme de nada. Se trataba de mis mejores años y tiraba todo por la borda. Me iba y no tenía pensado a

qué me podría dedicar. «Seguramente, algo terminará apareciendo», pensé optimista.

Elena arremetió con lo que pudo. En parte, comprendía lo difícil que le resultaría aceptar mi renuncia. Había planteado mi necesidad de cambio en numerosas reuniones, y la respuesta había sido siempre la misma: «Se le va a dar. Lo estamos considerando. Pero si está subida a un éxito...».

—Carmen... Escucha. Bien sabes que no depende de mí.

—Pero puedes influir lo suficiente para que al menos lo piensen.

Contaba que se trataba de tirar de un hilo muy muy fino. Ella tenía algún poder ante la junta que marcaba los destinos de los periodistas con cierta trayectoria. Sin embargo, no era correcto ser discriminada por mi condición de mujer y, por si fuera poco, ambiciosa. Prendí la TV y alcancé a mirar la promoción de mi programa grabado anoche. En letras grandes, Carmen Morales, daba cuenta de mi camino como comentarista de la noche al cierre de los canales de noticias.

Sentí que Elena se apoyaba contra mi espalda. Mi cuerpo se tensó. Podía reconocer una actitud que demostraba, aunque con cautela, sus intenciones. Me sacudí con delicadeza, pero de todos modos lo hice. No quería que creyese que aceptaba sus caricias.

—Carmen... —rogó una vez más.

Sus manos comenzaron a masajearme la zona baja del cuello. Sus dedos, largos y contundentes, aflojaban con increíble habilidad, a pesar de mi resistencia, la tensión. También la ira acumulada luego de tantos días de reclamar a los directivos del canal que me dejaran estar presente cuando las hazañas de verdad ocurrían, y no detrás de una pantalla.

Con fastidio me levanté y los brazos de ella acabaron colgados, mudos testigos del desprecio que venía ante cualquier gesto suyo que demostrase unos sentimientos no correspondidos. Era un tema por demás hablado, pero Elena no cejaría en su empeño por conquistarme. Y yo, por rechazar sus avances.

—No quiero que te vayas... —Retomó casi sin pausa. Muda de asombro observé su mirada anegada de lágrimas contenidas a duras penas. —Lo siento, ma petite^[1], haría cualquier cosa por ti, pero no puedo.

—Vamos. Las dos sabemos que eso es mentira. No estás de acuerdo con que me aleje de la oficina —reclamé—. Tenerme sentada a tu lado es lo único que te importa.

—Ay, si pudieses hacer el esfuerzo por entenderme...

—Lo hago. Por eso mismo es que me voy. No pienso seguir desperdiciando mi carrera detrás de la pantalla. Agradezco tu buena predisposición y mi crecimiento en la compañía. Sin embargo, debes comprender que quiero más. Y no pararé hasta conseguirlo.

Al momento supe de mi pérdida de tiempo. Ella jamás permitiría que abandonase las instalaciones del canal, y mis planes eran otros. Atrapada. Condenada a ser la presentadora de los hechos que a diario golpeaban al mundo. No obtendría nada nuevo de este empleo. Lo mejor sería buscar otro.

Apurada junté lo que tenía sobre el escritorio, la cartera y mi gabán del perchero. Luego mandaría por el resto. «Es ahora o nunca», me planteé con total decisión. Si no jugaba bien mis cartas, jamás reconocerían mis aptitudes como periodista. Además, mi situación dentro del canal había empezado a fragmentarse, producto de mi relación con uno de los jefes.

—No debes tomar decisiones apresuradas...

Lo que dijo lo oí casi llegando a la puerta. La miré un segundo y le hice un «adiós» con la mano. La que se iba era otra. No me arrepentiría así nomás. Era una cuestión resuelta. O

confiaban en mi desempeño periodístico y aceptaban mi lugar como corresponsal en el extranjero, o no me quedaría para ver lo que ocurría.

Osmar caminaba de un lado a otro de su despacho. Una de las pantallas proyectaba publicidad, anunciaba el programa de noticias más popular de España. ¿Y qué sucedería en breve? Esperaba que en cualquier momento se abriese la puerta y le llegase la renuncia de su conductora estrella. Eso era todo. Increíble pero cierto. No podía soportar que de un plumazo le hubiesen quitado la posibilidad de decidir.

De ser honesto, Elena le había anticipado con tiempo los requerimientos de la jovencita, y él había estado tratando de interceder. Aunque no le había prometido que lograría convencer al resto de los directores integrantes de la junta del canal, ella le había tenido fe. Y le había fallado.

Se detuvo para encender un cigarrillo y aspiró con enojo. Cuando golpearon a la puerta, la abrió él mismo. Miró a la mujer y supo enseguida lo ocurrido. Predecible pero no por ello menos molesto. ¿Cómo arreglaría esa cuestión sin sentir que se moría por dentro?

—Ella se fue.

La voz de Elena sonaba... desilusionada. La había visto luchar ante la miseria humana de los dueños del canal, lo que no había imaginado fue descubrir su frustración. Adolecía de un amor particular por Carmen, pero eso era distinto. Hablaba de una impotencia contra quienes la estaban marginando. Ellos ganaban una vez más. Y ella, sin fuerzas para enfrentarlos como era debido.

—¿Desde cuándo sabías que nombrarían a Ernesto González para cubrir la nota? —le preguntó al hombre, que observaba con la mirada perdida.

Elena sentía su pena, la compartía. Cuando se había enterado de su relación con Carmen, había rabiado de celos. Era un hecho que jugaban en el mismo bando. Ambos sufrirían si se iba.

De alguna manera, Osmar entendió que lo incluía entre los pérfidos. Nunca hubiese autorizado que afectasen a la muchacha. Eso iba más allá, resultaba decididamente muy complejo.

—Vamos, Elena, no vas a suponer que pude ser capaz de engañarte en algo así...

—Pero no pudieron nombrarlo sin tu consentimiento.

—En eso os doy la razón. Les dije que lo pensaría. En cuanto a la decisión final, no fue mía. Teníamos que votar y la mayoría no estaba de acuerdo con que Carmen viajase a Oriente. La querían acá. La quieren aún.

—Pues se quedarán con las ganas. ¡Mierda! La muchacha se ha ido y te traigo su renuncia, como te anticipé que sucedería si no le daban la posibilidad de ser parte del proyecto.

Elena entendía a la perfección que no se abandonaba un éxito, aun estando enterada de los sueños de su compañera desde hacía largos meses, puntualmente, cuando se había difundido que se formaría un grupo de trabajo para cubrir el conflicto en Oriente Medio. También conocía sobre la relación que mantenía Osmar con Carmen. Aunque lo hubiese querido ocultar, se había transformado en *vox populi* al verlos como se miraban. Se comían con los ojos...

Osmar sabía que todavía le quedaba una última carta por jugar. Sin embargo, le iba a costar desprenderse de Carmen, más de lo que había supuesto al comenzar a verse a escondidas.

Pensar en la muchacha despertó sus ansias por tenerla frente a él. Tenían demasiada piel como para no reconocer que se trataba de un sentimiento que iba más allá de los cuerpos. Ella ejercía

sobre él una atracción que comenzaba a preocuparlo. Nunca había habido nadie que le sacase su trabajo de la cabeza... hasta su aparición.

Se sentó frente al gran ventanal a contemplar la tarde que se iba. Sus ojos, tan grises como el cielo, se oscurecieron recordando alguno de los tantos momentos junto a ella. Encima, el clima en Madrid no se estaba portando bien. Llovía desde hacía algunos días y el otoño parecía no querer abandonarlos. Sumado a eso, él, que no podía quitarse la nostalgia de saber que acabaría por perderla.

Fue en ese preciso instante en que tomó la decisión. Iba a tratar de mostrarle el gran error que cometía al renunciar al canal. Y lo último que haría, si no quedaba otra posibilidad, sería plantear nuevamente, ante el directorio, su candidatura como corresponsal de la guerra desatada entre los pueblos bereberes.

(Carmen)

La carta llegaría mucho después de que se terminase por decidir mi futuro. Pero significaba mi cable a tierra. Volver a mis orígenes. Extrañaba el mate, los asados de los domingos que hacía mi padre. La noche de Buenos Aires, tan distinta y tan parecida a la de Madrid. «Es que somos tantos los argentinos que nos apropiamos de este suelo. No se puede negar que nos sentimos a gusto. ¿Quién no tiene en sus raíces algún gallego?», pensé. Al llegar, de lo primero que me enteré fue cuánto les molestaba que los llamemos así. Es como si a nosotros nos dijeren a todos porteños... o cordobeses.

Por un momento, levanté la vista y mi imagen en el espejo me apabulló. Era igualita a mi madre. Los ojos oscuros, la boca grande y la palidez que asustaba. Las cejas bien tupidas, lo mismo que mi cabello esponjoso por la electricidad de tantos rulos, tan rebeldes como ensortijados. Pero tenía la altura y esbeltez de mi padre. De sangre francesa, había heredado también su amor por el periodismo y la lectura. Ambos iban de la mano. Estaba visto que, para ser una buena profesional, una debía instruirse.

Comencé, así, a escribir con la cabeza repleta de momentos pasados junto a los míos y una nostalgia que trataba de guardar para no echarme a llorar. Porque, si pensaba en ellos mucho rato, era capaz de tomarme un avión y volar a mi Argentina.

Queridos padres:

No dejo de tenerlos presentes. Y menos cuando mi vida está por dar un giro completo, como ahora...

Continué relatándoles parte de la experiencia de trabajar en los medios. Sabía que a ellos les gustaba conocer sobre el mundillo del espectáculo y que los llenaba de orgullo mis logros. Pero también debí contarles que había renunciado. Me imaginé la cara ceñuda de mi padre y las lagrimitas de doña Herminda, mi madre. Además, tenía muy en claro que me apoyarían cualquiera fuese mi decisión. Su confianza me había hecho la mujer que era. Sin dudar más, les comenté mi deseo de viajar como corresponsal a Oriente. Mejor que se enterasen por mí y no, si la suerte me acompañaba, por los programas de televisión.

Terminé diciéndoles que, apenas supiese cómo seguiría la historia, los mantendría al tanto. El

final me hizo angustiarme un rato. Los extrañaba un montón. Y más en ese momento, en que parecía que todas mis ambiciones se habían hundido con un adoquín colgado de lastre, en el fondo del mar. Igual, no podía contarles toda mi realidad, al menos hasta saber mi próximo destino, o solo lograría preocuparlos. Por eso terminé...

Con todo el amor del mundo. Un gran beso,
Carmen

Capítulo 2

LOS HOMBRES DE AZUL

En las arenas al norte de Níger

La caravana dejaba el lugar que los había preparado para la llegada del invierno. Se trasladaban con todas sus posesiones, incluidas las flacas crías, fruto de una estación poco abundante. Las tiendas de piel de cabra debían reponerse, el viento las había castigado demasiado. Pero Iyad sabía que a su gente no le molestaban las inclemencias del desierto, tampoco a él. Formaban el conjunto de sus días y de los que habían estado antes que ellos. Para muchos resultaba algo tremendamente difícil de comprender. Una nación sin tierra que adoraba cada grano de arena donde sus pies se posaban.

Por eso fue que el joven caminó, ansioso, entre unos cientos de camellos apostados cerca de un precario corral. Además de cabras y algunos bueyes, destacaba, inserto en la fisonomía habitual, Amalu, su caballo; llamado «sombra» por ser, luego del agua, lo más buscado por los peregrinos que transitan el desierto sahariano. Se veneraban una relación mutua que trascendía el compartir largas noches de vigilia bajo la luna solitaria en la quietud del despoblado. Ambos conformaban una imagen de avasallante poder. Con sus crines tan oscuras, arremolinadas por la cálida ventisca, respondía a los suaves toques en sus ancas por un Iyad consciente de su inteligencia. En muchos casos, confiaba más en él que en sus compañeros de hazañas.

Observó con detenimiento el trabajo de los encargados del proceso. Todo se dismantelaría hasta que no quedase ni rastro de su paso por las dunas.

—Iyad...

Oyó la voz cadenciosa de la mujer con más poder en la tribu, consejera del clan de jefes. Acarició por última vez a Amalu y se dirigió hacia donde era requerido.

—Sí, madre —respondió solícito a su llamado.

Todavía contemplarla era una delicia para cualquiera. A pesar del castigo a cargo del soplado constante del viento seco, su piel permanecía intacta. De una hermosura clásica para otras razas. Entre los tuaregs había causado siempre sensación. De cabellos claros y una mirada tan azul como la suya, se había enamorado de uno de esos bárbaros, a decir de su familia europea, y había decidido fugarse con él. Habían pasado varios años desde la muerte de su padre, y aún notaba la tristeza en los ojos de Bella. Solo brillaban al verlo a él. La parte salvaje de su hijo era la viva muestra de lo que se puede lograr mezclando dos culturas tan disímiles. Sin dudas, Iyad poseía lo mejor de ambas.

—Reúne a los jefes —dijo sin mirarlo—. Es hora de partir.

Su resolución culminó mirando al cielo. En el fondo, una oscuridad espesa hacía suponer que la tormenta de arena aún les daría un tiempo de respiro. No demasiado. Por eso debían ser expeditivos en sus movimientos.

La vista del joven también se perdió en la lejanía. Su inquietud era consecuencia de un torbellino que se venía gestando desde la madrugada anterior. El pueblo emprendía su retirada hacia el desierto, y debían reunirse para iniciar la marcha. La decisión la tenía a cargo su madre, quien, a través de su intervención, manejaba los destinos de la kel o tribu. Una pesada herencia otorgada por su padre Idir a la mujer que no solo amaba por su belleza, sino, además, reconocía su inteligencia.

La República de Malí, históricamente, cuenta con la región llamada Azawad, que contiene parte del desierto del Sáhara. Este sector es recorrido por las tribus nómadas que viajan tras las tierras donde trasladan a pastar a sus animales en épocas propicias. Los camellos o dromedarios, según su número de jorobas, constituyen la principal riqueza de los pueblos, ya que les permite el trueque por cantidad de bienes, tan necesarios para su subsistencia que les resultaría imposible superar un invierno sin ellos.

A pesar de que ya era tiempo de volver, Iyad, al igual que otros, no veía con buenos ojos hacerlo en la mitad de la conformación de una tormenta de arena. Confiaba en el criterio de Bella, pero la posibilidad de quedar atrapados siempre estaba latente. El *tegaragit* o código de conducta social y moral tradicional marcaba la obediencia a su líder de este pueblo sin fronteras. Se cumplían a rajatabla los mandatos de sus jefes, lo que no quería decir que fuese gente pusilánime. Al contrario, de no ser por el respeto a las costumbres y a su religión, acabarían desordenados y sin futuro.

Años atrás, había surgido la primera rebelión por mantener su andar sin sometimiento. La insurrección tuareg contra la autoridad de Bamako, una de las principales ciudades de la república, dio paso al reclamo por sus derechos de transitar libremente, como lo venían haciendo sus ancestros. Los urgían a cambiar su modo de vida. El sedentarismo los conminaría a afrontar las obligaciones de cualquier ciudadano —como pagar impuestos—. Perderían sus hábitos y pasarían a estar gobernados bajo una ley diferente a la acostumbrada. Se sintieron defraudados por quienes habían respetado, hasta entonces, su particular existencia para aquellos que no entendían su necesidad de confundirse con las arenas blancas, llamadas *sîmûm*, mezcladas con la ventisca al soplar el viento que las arremolina y levanta para conformar un muro. A veces, suele ser mortal atravesar su senda cuando se produce una tormenta de polvo del desierto.

A la fecha, la situación era imprecisa y se hablaba de comenzar otra revuelta. Pero antes estaba la preocupación de Iyad por la llegada de un periodista occidental.

Con la anuencia de su madre, los jefes habían apoyado su decisión. Intentaban con ello que occidente conociese sobre sus solicitudes al poder y las necesidades que sufrían las tribus del desierto. Desde hacía unos meses, se había alcanzado un acuerdo de alto el fuego y aprovechaban ese *impasse* —no esperaban que se pudiese mantener la calma por demasiado tiempo— para permitir el ingreso de un extranjero que observase objetivamente lo que ocurría con ellos.

Luego de varias reuniones entre ambos bandos, acordaron el encuentro. A pesar de saber que debía respetar lo dispuesto por Bella, una mala espina lo torturaba. Su madre, contra todo pronóstico, tenía sangre contaminada por otros preceptos que no le permitían ver bien lo que sucedería con ellos si se aventuraban a dejarse invadir en el propio núcleo de su cultura. Nunca

había llegado nada bueno de occidente. Las posibilidades de obtener un beneficio de su intervención eran pocas. Lo máximo que haría sería ventilar sus problemas y carencias, sacando provecho de ser recibido en el seno de las jaimas tuaregs. La verdadera lucha de castas se daba, a veces, entre los diversos campamentos o *aghiwan*. Era difícil mantener cierto consenso para tomar decisiones y, entonces, sobrevenía la hostilidad, que terminaba logrando la desertión de algún grupo. Por eso se buscaba concertar acuerdos aceptados en gran mayoría.

Ellos eran un pueblo nómada que dominaba, históricamente, las rutas del comercio del desierto del Sáhara y así deseaban continuar existiendo, como «hombres libres», que era como se llamaban a sí mismos, y poder seguir presumiendo de «no haber estado nunca sometidos a ninguna autoridad ni Estado».

Se había dispuesto la partida. «Nada como ponerse en movimiento», pensó Iyad. Y así fue dada la orden a los jefes, y el éxodo comenzó.

Feduda Ult Sidi Mohammed era la hija mayor de un gran comerciante que traficaba con todo aquello que caía en sus manos. Jefe inamovible por años, como lo había sido su padre, poseía las tiendas más lujosas y, a pesar de ello, hacía trabajar a la joven igual que a una esclava en su propio hogar.

Siendo la única mujer de una familia de hombres —padre, hermanos, hermanastros y primos—, Feduda se encargaba de los quehaceres y de atender sus más nimias necesidades. Quien la había dado a luz había muerto hacía varios años, y ella no había dudado en ocupar su lugar en cuanto a ser la *yemma* o madre de su hermano Beh. Pero, con el paso del tiempo, su tarea se había hecho indispensable para que la casa funcionara. Y sus sueños de muchacha se habían ido postergando.

Su madre había tenido dificultades en el parto y, como resultado de algunos forcejeos inconvenientes, una de sus piernas había quedado torcida. La consecuencia directa había sido una cojera que solía causarle trastornos muy dolorosos por las noches. Aunque lo peor era la burla de las esposas de su padre cuando ellas creían que no las veía. Tampoco era ignorada por las demás mujeres de la tribu, pero era por sus maneras agradables y la dulzura en su trato que la respetaban entre los hombres y la miraban con interés. De todas formas, era bien sabido que uno de ellos estaba perdido por la muchacha.

Por eso a nadie asombró cuando Marli, hijo de Ansar, ofreció por la joven una veintena de camellos. Excepto a ella.

—¿Es eso cierto, padre? —lo interrogó luego de haber escuchado a su progenitor comentar lo sucedido en rueda de parientes.

La mirada del hombre la clavó donde estaba. Poseía ese don de vulnerar sus derechos ante cualquier situación. Le temía. No era un padre muy querido por sus hijos. Menos por ella.

—¿Por qué no lo sería? —Sidi Mohammed se rio al entender que su hija no era consciente de su valía—. Aunque hubiese ofrecido más, mi respuesta seguiría siendo la misma.

Para el padre, la tentación fue grande, pero más primó su egoísmo natural. La tranquilidad en su vida dependía de su hija. Ella se entendía con sus esposas y las ordenaba. Desprenderse de la joven significaría un verdadero caos.

Si bien Feduda siempre había acatado lo dicho por su padre, le hizo frente. Ella conocía a

Marli. Se trataba de un hombre joven y apuesto que la pretendía. En otra circunstancia, para el jefe de familia hubiese resultado un arreglo muy fructífero. Pero no esa vez. La requería en su casa.

—Le ruego que considere la oferta de Marli Ag Ansar, por favor. Es un buen hombre. Conoce a su padre desde niño. No me condene a quedarme sola.

—Sola no. Tienes a tu familia.

—¡Quiero mi propia familia! —reclamó la muchacha.

—Ten cuidado, niña. No te excedas.

Feduda sabía que solo lograría enfadarlo y que le duraría semanas. Tampoco deseaba ceder su futuro sin luchar. Hablaría con Iyad. Quizás, su madre se aviniera a convencerlo. La palabra de Bella tenía peso, pero más si era su hijo quien intercedía por ella.

—Beh... —llamó a su hermano. Su padre lo había tenido con una de sus esposas—. Ve a la tienda de Iyad y dile que debo hablarle.

A la vuelta el muchacho le informó que no se encontraba. Esa semana los hombres de la tribu saldrían a explorar el terreno. Buscaban lugares donde hallar pastos para los animales. Allí mismo resolvió que el tema se volvería a tocar a su regreso.

Cuando Driss Ag Sidi Mohammed recibió la propuesta de Hamous sobre su hijo, dudó bastante en responder. Se trataba de su amigo de siempre. Era con quien hacía los mejores negocios, y emparentarse con su familia tendría grandes ventajas para ambas partes. Quiso ser amable, pero Ansar lo conocía demasiado para aceptar sus disculpas de buen modo.

—Lo siento, amigo, como hermano. Mi hija me pidió casi llorando que no la obligase a contraer matrimonio. Es feliz en nuestro hogar, junto a su madre y hermanos.

—¿Sabes qué, Driss? No te creo nada de lo que me dices. Cada mujer desea ser el ama en su tienda. Mi hijo la hará feliz... ¡Haremos buenos negocios juntos! —Al ver que el otro no aflojaba, Ansar se fastidió—. No vayas a pensar que fue idea mía. Es inútil entender a Marli. Nunca pude hacerlo. Pues ahora menos. Pudiendo elegir entre todas a la más bonita...

—¿Qué quieres decirme con eso?, ¿acaso reniegas de la belleza de mi hija? —Aunque no iba a ceder, tampoco le permitiría a ese don nadie que hablase mal de su Feduda—. A pesar de su defecto físico, se trata de una mujer hermosa, con muchos atributos para valorar. Lleva mi hogar y soluciona cualquier contienda entre mis mujeres. No voy a desprenderme de ella por más que insistas.

—Ajá, eso sospeché siempre. No es que ella no desee casarse. Eres tú quien se lo impide poniéndoles «peros» a los candidatos. Pero te digo una cosa, Marli no va a dejártela pasar tan fácil.

Por un momento, el padre pensó en claudicar. Hasta que razonó la cantidad de problemas que tendría a su cargo resolver si la muchacha se marchaba. Desoyendo las tradiciones de un pueblo monogámico, muerta la madre de Feduda y Beth, había contraído matrimonio con más de una esposa. Eso había traído aparejado que muchos lo ningunearan a sus espaldas, en especial, las mujeres. Sumado a ello estaba su mala actitud al no permitir que su hija tuviera un marido. Acostumbraba a presumir de la forma que los espantaba.

Hamous había insistido antes de partir con los hombres del camino. Y él, en principio, no

pensaba ceder, aunque sabía que el joven se marcharía cuando se iniciara la revuelta y que su hija volvería al hogar de su madre, que era el suyo. Debería de meditarlo largamente. De cambiar de parecer, pediría más a cambio de su hacendosa muchacha. Pensó que, si el mozo la quería a pesar de su cojera, por tenerla pagaría lo que fuera.

Capítulo 3

HASTA LA LOCURA

(Carmen)

No estaba segura del camino que debía elegir, pero sí convencida de que no cejaría en mi empeño por conseguir ese puesto tan deseado como merecido. Caminaba por las calles pensativa. Se trataba de un sitio tranquilo, ya que, si fuese por el centro de Madrid, me detendría a cada rato a firmar algún que otro autógrafo. Mi cara era quien daba la bienvenida, y nexo, al mundo mediático. A mí lo de caminar largos trechos me sacudía las neuronas. Eso, y escuchar a Pau Donés cantando «Depende» junto con Jarabe de Palo. Parecía entenderme más que cualquiera... «¿De qué depende? ¿De según como se mire...?». Y ya.

Mi lugar en los medios había sido el resultado de una ardua labor, de golpear puertas y hacer pruebas hasta que me permitieran hacer lo que mejor sabía.

Una cuestión, no menos significativa ni para desestimar, era mi relación con Osmar. Sí, disfrutaba de una historieta con el jefe de producción del programa. La manteníamos oculta por eso de no generar el rumor de «la reportera y el gerente de la productora». Implicaba muchas veces tragarse los coqueteos adrede de alguna que otra figurita nueva con la intención de posicionarse. Él solía ser muy cauto en mi presencia, pero no me confiaba del todo cuando no me tenía ahí, para «espantarle las moscas».

Por lo pronto, no llegamos a ningún acuerdo con respecto a vivir juntos. Debí reconocer lo acertado de mi decisión. De haber sido así, estaría con otro problema más... «Demasiado en que pensar», me dije parada en la entrada a mi departamento, hasta que oí claramente que en mi grabadora sonaba «Corazón partido», de Ale Sanz. Abrí la puerta descontrolada. Alguien había entrado en mi casa. Lo último que había imaginado era verlo a él sentado en mi butaca favorita, bebiéndose mi lata de gaseosa.

De verdad, casi me morí del susto. ¡Dios del cielo! ¿Acaso ese hombre era omnisciente?

—¿Qué haces aquí?, ¿cómo pudiste entrar? ¿Esto es el colmo! Dime —Ya la furia había subido unos decibeles mi tono de voz—. ¿Cuándo te di permiso para hacerte copias de mi llave? No te creí tan rastrero...

Sabía que Osmar no tardaría en llegar al enterarse de mi renuncia. Lo que jamás se me hubiera ocurrido pensar era que lo hallaría sentado «como en su casa». Salvo en contadas ocasiones, nuestros encuentros eran en su dúplex.

Era evidente que, en algún momento, se había hecho una copia de mis llaves. ¿Cuándo había sido eso? Saberme tan expuesta me puso a mil. No siendo más mi jefe, podía echarlo de mi casa cuando quisiese... Pero no lo haría. Vamos... Si estaba de rechupete. Aunque no se lo dejaría saber. Que me creyese alterada para darme un poco de corte tampoco vendría nada mal.

—Lo que has hecho merece una reflexión —me dijo detrás de una sonrisa que pugnaba por salir.

Parecía más divertido que ofuscado por mi accionar. Cuando había decidido renunciar, había imaginado la bronca que le haría agarrar a ese cristiano.

—Te fueron rápido con el cuento —concluí mientras colgaba mi gabán y dejaba las llaves sobre la mesa de arrime.

El espejo me devolvió la imagen de mi cabello alborotado, al que traté de darle cierta forma con los dedos. Sin pintura, no me gustaba el maquillaje, por lo que era natural ver mi blanca palidez como un detalle mío particular. Solo de vez en cuando pincelaba mis pestañas con un poco de rímel. Y el cubreojeras era mi caballito de batalla ante noches enteras sin dormir por una nota que me obligaba a investigar hasta empaparme lo suficiente. Nada quedaba librado al azar. Mi trabajo era en serio.

—Sigo sin creerlo —insistió mientras se acercaba—. No me cabe en la cabeza que desdeñes años de incesante labor por un simple capricho...

Por algún motivo, el tono había cambiado. Ya no era mi compañero de cama quien me hablaba, sino el productor. Estaba mucho en juego y entendí su posición. Después de todo, lo nuestro era muy reciente y con fecha de caducidad.

—Lo siento. Estoy segura de lo que hice. Y sigo sin saber cómo entraste a mi casa...

Me hallaba de verdad molesta. No me parecía apropiado que invadiese mi intimidad. Lo nuestro pasaba más por una empatía de cuerpos que de ideales, por lo que intenté dejar la habitación y él, entonces, me retuvo.

—Carmen... —me habló mirándome a los ojos.

Inquieta me solté y me dirigí a la cocina. Tenía sed. Tomé un vaso y, cuando me quise servir agua, lo sentí contra mi espalda. La reacción de mi piel fue visceral. Nunca sabría el motivo, pero lograba acalorarme. Un aroma seductor a perfume caro y a hombre me hizo estremecer.

—¡Quieto! No intentes convencerme por ese lado.

Lo detuve sin volverme. Habida cuenta que ya sabía que por ahí me ponía loquita. Si era ese el camino que tenía él en sus planes para tratar de que retirase mi dimisión, no respondía por mi autocontrol.

—Carmen...

Insistió besándome la nuca. El recorrido de su boca me producía escalofríos que iban desde el nacimiento de mi cuello hasta decantar en mi centro. El atractivo sexual que provocaba en mí era inagotable. Podíamos estar amándonos por horas sin decaer, hasta que una llamada cortaba el momento, y al carajo con el romanticismo. Se trataba de una cuestión casi circunstancial. Si no fuera porque, en definitiva, era el que decidía mi destino...

Me sujetó por las caderas y sentí el poder de aquello que me llevaba a un estado tal de acabar gritando su nombre como una posesa. No deseaba sucumbir a sus encantos, pero era más fuerte que todo. Me quitó la blusa tan rápido que no me di cuenta. Voló su camisa. Piel con piel, fue demasiado para sostener sin inmutarme. Me pareció escuchar un gruñido mientras yo ronroneaba tipo gata salvaje. Supe, cuando me hizo girar y comenzó a besarme en la boca, que estaba perdida.

—No podéis dejarme...

Fue lo último que oí antes comenzar a devolverle cada una de sus caricias.

Bella Ult Beh estaba inquieta. No se quitaba de su cabeza la decisión que había tomado luego de muchos meses de meditación. La llegada de un extraño a su tribu podía tratarse de un arma de doble filo, y lo sabía. Pero ella buscaba mejorar las alianzas entre los pueblos y mostrarle al mundo que el islam contiene, cobija y sueña; que no todos piensan igual.

Un inmenso grupo abraza una cultura sólida en lo concerniente a alimentar tanto el cuerpo como el alma. Pero Occidente no lo sabe. Ve solo aquello que se muestra, en su mayoría, la maldad de los poderosos. Lo bueno se halla oculto bajo varias capas de la cálida arena que, siendo una buena madre, da refugio a sus hijos.

La llegada de Iyad, una vez más, la sorprendió. Su andar era tan sigiloso como preciso. Era su mejor obra, su único vástago, y alentaba esperanzas de comprometerlo con la hija de uno de los jefes del clan. Por algún motivo, él se demoraba en aceptar su decisión. Presentía sus ganas de algo superior a permanecer en el desierto. Y eso la mantenía en vilo. No aceptaría que abandonase su mundo detrás de cualquier quimera ofrecida por Occidente. En parte, se arrepentía de haberlo dejado ir a formarse en el exterior de las fronteras saharianas. Su pueblo era este; su nación, la de los tuaregs. Imposible suponer una opción distinta.

Bella era nacida de un europeo que, al casarse con su madre, la había hecho una mujer feliz. Ella solo había pensado en que su hijo conociese la otra cara de sus raíces, para que no le quedase ninguna duda de sus orígenes, y a quién le debía fidelidad. Pero desde hacía un tiempo había comenzado a poner en tela de juicio si había hecho lo correcto. De alguna manera, intuía que el joven se le escapaba entre los dedos, al igual que aquellos minúsculos granos de arena tibia que envolvía con sus manos, apenas iniciada la mañana.

Luego que su pueblo hubiese recorrido buena parte del camino hacia el norte, se preparaban para descansar. Era su decisión permanecer en la gran duna o no. Comenzaban a escasear las pasturas y los hombres habían salido buscando mejor destino. La urgencia con que determinó que levantasen campamento hizo molestar a más de uno, pero la mujer tenía muy claro lo más conveniente para su pueblo. Además de avanzar a un sitio propicio, estaba el encontrarse con quien cambiaría la historia de su gente.

—Las jaimas están instaladas —le habló el joven.

Bella asintió y levantó la vista hasta el sitio donde se erguían las tiendas dispuestas contra la llegada de la ventisca nocturna. No podía evitar llenarse de orgullo al observar a su hijo. Su primogénito. Él sería quien llevaría adelante la lucha iniciada por ella. Cumpliría su cometido de levantar al tuareg del yugo impuesto por el poder político de su tierra.

—¿Los animales?

La pregunta fue retórica. Sabía su respuesta de antemano. Era escrupuloso con sus deberes.

—A resguardo. Mañana, con más luz, le haremos su espacio.

Bella asintió. Él estaba acostumbrado a la parquedad de su madre. Sin embargo, a veces le gustaría saber más sobre ella. El porqué de sus decisiones solía perturbarlo. Nunca la cuestionaría, pero igual no podía negar que lo vulneraba desconocer lo que pretendía al dejar que un extranjero invadiese sus dominios.

Al ver que su hijo desaparecía tras los cueros de la tienda, Bella reflexionó. Debía resolver urgentemente la situación y concertar su matrimonio. Había llegado a sus oídos el comentario sobre sus encuentros con Raisha, la esposa de uno de los jefes que custodiaban la frontera de la

caravana. Y Hamous era demasiado rebelde para aceptar, sin plantar pelea, esa relación. Cuando la consejera le había preguntado por su búsqueda de compañera en la tribu de los fulanis y no en la de ellos, había sido claro: no deseaba una mujer con las costumbres locales. Pero la muchacha no era fácil. Nomás supo de lo permisivo que era el pueblo tuareg con sus mujeres, se amparó en ello para sucumbir.

Las prolongadas ausencias de Hamous Ag Ansar resultaron su perdición. Significaban que la mujer tomó un amante apenas cruzó la línea del campamento. El primero que captó su atención fue un muchachito que había caído bajo sus redes nomás la había visto llegar con su marido al pueblo. Pero, cuando Raisha descubrió al joven príncipe, el resto le supo a poco.

Bella entendía sus razones carnales y aceptadas por la comunidad. Pero eso debía de terminar si no quería concluir en un divorcio, ya que, como suponía, Hamous Ag Ansar se opondría a esa relación. No todos los hombres toleraban compartir a sus esposas. Menos aún si se trataba del joven hijo de la consejera que los guiaba y por quien guardaba una cierta inquina.

Chekkadh era un joven decidido. Había heredado una sonrisa pícara que gustaba a las mujeres. Lamentaba que, por ciertas falencias en su alimentación cuando era pequeño, no hubiera desarrollado mucha musculatura. Tampoco había logrado alcanzar una estatura para destacar, pero desde hacía unas semanas se sentía tocando el cielo. Habían conquistado su corazón y cada parte de su cuerpo, al mismo tiempo. Casi que no podía pensar con claridad sin que le viniera a la cabeza la beldad que lo tenía embrujado.

Reconoció para sí que nunca había disfrutado de una relación tan agradable, además de una sensualidad a su medida. Tan ávida de placer como él de sus caricias. Inteligente y experimentada...

Las mujeres para Chekkadh constituían un enigma. Tenían un poder especial que obligaba a hombres como él a ceder a sus antojos. Le ocurría con su madre lo mismo que obtenían sus hermanas: lograban que no supiera decirles que no a sus pedidos. Por suerte, su única abuela viva estaba con otro grupo.

Tenía que reconocer que su amistad con Feduda era algo distinto. Se habían criado juntos desde niños. La muchacha era de noble proceder y, además, no veía en ella lo que había descubierto en la hermosa mujer del jefe bereber. En cambio, Raisha...

Había llegado producto de un arreglo entre familias. Hija de un jefe fula, musulmanes extremos, se alegró ante las delicias que le esperaban por pasar a pertenecer a los tuaregs, donde las mujeres tenían más libertad que cualquier hombre de su pueblo.

La primera vez que la había visto fue en su llegada al campamento junto a Hamous. Apenas había bajado su manto, y anticipado el rostro que cubría contra la luz fuerte del sol, se había maravillado por lo que veían sus ojos. No recordaba haber tenido ante él a una muchacha con tan singular belleza. Le habían hablado alguna vez de lo hermosas que eran las mujeres de ese pueblo, pero no les había creído. Había sido tal su embobamiento al verla, con una figura ardiente que incitaba a la imaginación, que hasta el marido lo había llamado al orden: «Eh, tú, ¿qué miras?», le había reclamado. A lo que Chekkadh había respondido agachando el cabeza avergonzado, más aún al escuchar la risa cantarina de la joven esposa. Igual, habían tenido tiempo de mirarse, y él había descubierto en ella un fuego que lo consumía como el sol del

mediodía.

Luego de eso la buscaba en cada ocasión que le era propicia. Sabía que se llamaba Raisha y a qué hora iba hasta los pozos de agua. La esperaba oculto, aguardando hallarla sola. «Su marido no puede controlarla todo el tiempo», se decía, y pronto debería partir hacia el desierto.

Una tarde en que la siguió, tuvo la suerte de su lado. Como hacía demasiado calor, no resultaba el mejor momento para ir por el sofocante sendero. Por supuesto, ella estaba al tanto de lo que ocurriría. Dado que nadie rondaba el sitio, se detuvo a descansar en un recodo del camino. Fue entonces cuando él aprovechó para acercarse sigiloso.

Raisha alzó la cabeza y lo vio, se sonrió como si lo recordara.

—Tú debes ser el que siento que se pasa todo el tiempo espíandome...

A pesar de sus palabras, no parecía enojada. Al agacharse a coger el balde y seguir su destino, dejó a la vista el canalillo de sus senos, el que se acarició con total desparpajo. A Chekkadh no se le ocurría qué contestar a tanta osadía. En el fondo, el miedo lo mantenía expectante. Si Ansar lo llegaba a ver rondándola, estaría perdido.

Se detuvo delante de Raisha con el corazón desbocado. La deseaba de un modo desesperado. Y como toda fruta prohibida, aumentaba su mérito lograr su atención. Los ojos de la muchacha se detuvieron en la evidente excitación de Chekkadh. Él se sonrojó y ante su carcajada se decidió lo que fuese. Estiró la mano para tocar esa piel suave que se le mostraba y lo hacía babear, pero ella se echó hacia atrás.

—Mañana se marcha Ansar —murmuró.

Luego se pasó su rosada lengua por el borde de los labios, como una clara invitación a algo más. Él asintió. Estaban conviniendo un encuentro nocturno en la tienda de la dama. Esa sería su oportunidad dado que su marido habría marchado con su partida de hombres en busca de un mejor sitio para emigrar.

Chekkadh pasó el resto del tiempo nervioso. Se imaginaba a Hamous Ansar volviéndose por algún motivo y atrapándolo en pleno acto. Lo conocía bastante para saber que no vería con buenos ojos ese derecho de su esposa. Por algo la había buscado en otro pueblo con ideales más rígidos. Aunque estando en la caravana, debía avenirse a las costumbres locales, donde que la mujer tuviera un amante le estaba permitido.

Era tarde y ya no había casi movimiento cerca de su tienda. Chekkadh no aguantó y se introdujo a oscuras para ser sorprendido por una gata salvaje que se abalanzó ni bien bajó el cuero de la entrada. Fue un encuentro que nunca olvidaría. Lo marcó, esa noche hizo que invocara pecaminosamente a su dios en más de una ocasión.

Llevaban tiempo juntos. Como siempre, se dirigía confiado a su encuentro. Con paso apurado caminó hasta la entrada de la jaima de su amada, y una risa lo detuvo. Raisha no estaba sola. Un gemido conocido lo llevó a apretar los puños. Por un amigo sabía que todavía su Hamous andaba de recorrida. Sentía la furia de los celos y debía escapar del sitio si no quería terminar causando problemas. Ella era dueña de yacer con quien lo deseara. Ni su marido podía quitarle ese derecho, menos él. Pero creyó, por un momento, que la hacía demasiado feliz como para buscar satisfacción en otro lado. Su orgullo herido se prometió revancha. Aunque, muy muy en el fondo, tenía en claro que volvería tras la hembra.

Capítulo 4

EL ELEGIDO

La mirada de Raisha se perdió buscando, entre los demás, las formas increíblemente varoniles de su amante. Algo en su actitud hablaba de que, tras ese aspecto mesurado, se escondía un claro descendiente de las áridas tierras del Sahára. Igualmente, el joven príncipe poseía aquellos dones que solo unos pocos privilegiados llegaban a ostentar.

Le habían informado, por distintas fuentes, lo incansable que era a la hora de despertar la pasión de una mujer; no como su viejo esposo, que apenas podía hacerlo una vez y sin dedicarle mucha atención. Lo único que deseaba era que ella quedase embarazada para presumir ante sus compañeros del camino.

La primera vez que lo vio, quedó impresionada por el azul tan espectacular de sus ojos. Raros y, definitivamente, de un color indescriptible. Destacaban demasiado sobre el contorno de su piel cobriza. Descendiente de un blanco, seguro entre sus padres o sus abuelos, había conseguido lo mejor de cada estirpe. Ella se había vuelto loca por tenerlo. Su marido era un macho muy viejo y creído de su superioridad, aunque poco para una muchacha ardiente y caprichosa que esperaba su oportunidad. Porque estaba convencida de que la tendría. Hasta el momento ningún hombre se había podido resistir a sus encantos.

Mientras Raisha espiaba a Iyad, la cabeza se le poblaba de figuras entrelazadas y de imágenes por demás eróticas. Ella y él. Era fácil suponer, tras esa túnica, un cuerpo de músculos duros y acostumbrados al ejercicio propio del trabajo diario. Pero había algo más. Cuando se abrió el velo para beber, advirtió un rostro varonil y perfecto, hasta demasiado hermoso comparado con cualquiera de los de su raza fulab. Poseía unos pómulos que, de tan salientes, agrandaban la mirada y, descendiendo hacia la barbilla cuadrada, había una prolija barba de reflejos dorados. Su interior reaccionó como lo hacía el de cada mujer que se cruzaba a su paso. Se trataba de un verdadero príncipe de las arenas, un semidios al que rendir evidente pleitesía por su poderoso don para sacar a la luz los más bajos instintos.

La noticia del viaje que solía realizar su esposo cada año y que lo mantenía varios meses fuera de la caravana la puso en alerta; le pareció la respuesta a sus ruegos. Debería interrogarlo de manera sutil; el viejo era demasiado hábil captando indirectas y podría sospechar que en algo andaba.

—¿Vas a marcharte pronto? —lo interrogó una noche después de haber compartido el lecho.

Sabía que no se quedaría con ella, el hombre solía dormir en otro sitio más duro.

Acostumbrado a tantos días por los caminos, le resultaba difícil descansar sobre la blandura de las plumas.

—¿Por qué quieres saberlo? —sondeó con la vista fija en su reacción.

Raisha tenía, desde hacía tiempo, pensada una respuesta.

—Estoy en período fértil. Es muy probable que recibas noticias a tu regreso.

Nada podía haber dado más alegría a Hamous. La abrazó con ternura y se dijo que haría el esfuerzo de insistir varias veces antes de su partida. Por una vez no dudó de su elección. Había llegado a suponer que la niña era demasiado casquivana para mantenerse célibe hasta su vuelta. Tan ardorosa, además de bonita, era imposible de rechazar.

—Los jefes me dijeron que debería partir cuanto antes. Demoré unos días para acompañarte en tu nueva vida. Pero veo que estás asentada y, posiblemente, te deje en compañía.

Hamous la abrazó nuevamente y pensó que, por esa mañana, nada pasaría si comenzaba su faena habitual más tarde que lo acostumbrado.

Apenas lo despidió con mirada sumisa y recatada, Raisha comenzó la persecución tras el príncipe targui. Lo rondaba, lo sorprendía apareciéndole al descubrirlo inmerso en la lejanía. Cuando el hijo de Bella descubrió su acecho, las miradas se hicieron más evidentes y comenzaron a interceder para caldear el ambiente.

El príncipe no ocultaba que ella le atraía. Sabía que su madre no vería con buenos ojos ese posible acercamiento, pero la muchacha lo tentaba. Además de bonita, derrochaba sensualidad.

En parte, a Raisha la acobardaba el temor por Hamous, lo sabía celoso y posesivo. Pero ella tenía una idea en la cabeza y no iba a desistir, no podía... Una noche no aguantó más y, sabiéndolo solo al joven en su tienda, le cayó de visita.

A Iyad el aullido del viento no lo dejaba dormir. Eso, o la idea de que esa mujer lo perseguía hasta en sueños. Sentía un gran respeto por el esposo, uno de los jefes tribales que acompañaban a su madre en los traslados de la caravana, pero intuía sus ojos pegados a su espalda. Su cabeza se negaba a dejarse tentar; aun así, su cuerpo la deseaba. Poseía una mirada oscura que brillaba al posarse en él.

Distinguió una sombra cautelosa ante el reflejo de la luna. Se abrió la tienda y entendió de quién se trataba. Admiró su osadía. Se arriesgaba a ser vista y que le fuesen con el cuento a su madre. Esas relaciones debían de consensuarse previamente. Igual, no pensaba negarse a la propuesta que le hiciese.

La joven se sorprendió al verlo erguirse de un salto.

—¿Qué quieres, muchacha?

La pregunta la obligó a explicarse. Esa no era su idea original y tuvo reparos. Quizás el joven no estaba interesado de verdad. Pero, dado que ya era tarde para arrepentimientos, fue sincera.

—A ti.

En un primer momento, Raisha pensó que le pediría que se fuese. Fue solo por un instante. No se dio cuenta cómo lo hizo, pero sintió que estaba detrás, acomodado en su espalda. Su lengua inició un recorrido por su oreja, mientras sus manos la encajaban contra su miembro excitado. Ella debió juntar sus rodillas para no caer. Había tirado al suelo su manto y quería quitarse el vestido. Él, apoyado apenas en su pecho descubierto, la urgía a sentir el contacto con su piel.

—Quieta...

La mano del joven rodeó uno de sus pechos y pellizcó su pezón con suavidad. La caricia la enloqueció. No se aguantó y, dando un giro, buscó su boca con una voracidad que desconocía poseer. Se enredó en sus cabellos, aferrándose a ellos con vigorosa entrega.

Uno de los largos dedos de Iyad se introdujo en la cavidad de la mujer. Despedía un aroma alentador. Estaba a punto. Al tacto, reconoció la generosa humedad con que lo recibía. Se posicionó para penetrarla y sus ojos se entrecerraron. Procurando un envión, la alzó por las nalgas y se hundió dentro de ese sitio húmedo y ardiente.

El asombro la obligó a detenerse, la cabeza de Raisha se negaba a hilvanar otra idea que no fuese incoherencias mientras sentía que él succionaba su lengua, anticipando lo que vendría después. Intenso, la fue llevando, con movimientos insinuantes, a acompañarlo en ese ritmo desenfrenado que los mantuvo en vilo hasta el final. Ella nunca había imaginado que el sexo podía ser así. El calor había invadido cada una de sus extremidades y la llevó a explotar de goce.

Recién al escuchar sus lamentos de placer, él aumentó las sacudidas deseando llegar a la culminación, mostrando unos dientes blancos y los músculos del rostro apretados por el esfuerzo y por lo que se venía. Entonces, se desprendió antes de que su semilla pudiera comprometerlo, y se satisfizo fuera de la muchacha. Luego, la sostuvo. Ambos estaban débiles. Agitados y jadeantes, se echaron sobre el jergón y se cubrieron con abrigo.

Cuando se iniciase el nuevo día, Iyad la despertaría para que volviese a su jaima, como marcaba la costumbre. Pero algo más: se dijo que, si deseaba no contrariar a su madre, era mejor mantener esa relación en secreto.

El viento los sacudió de lleno, y Hamous decidió que era momento de tenderse a descansar. Su cabeza viajaba con la comitiva de los caminantes, pero su corazón había quedado en el campamento, aguardando noticias de la preñez de su esposa. Reconocía haber puesto todo de sí para que diese frutos. Un gran esfuerzo a sus años. Enterarse de que todavía podía lo había llenado de orgullo.

Ya acostado sobre el duro y caliente suelo, recordó cómo había sido que supo de ella. Esa vez, su visita tenía por finalidad encontrar una esposa en el pueblo de los fulanis. Le habían contado que eran muy bellas y se había tentado por poseer algo suyo que mostrar.

Cubiertos hasta los ojos, los hombres buscaban llegar a sus tierras. La crianza de vacas, cabras, ovejas y bueyes había dado como resultado una economía próspera para los que más ganado poseían. El intercambio de lácteos y de carnes con los demás grupos había aumentado su posición. Uno de esos grandes comerciantes era el progenitor de Raisha, una joven preciosa con muchos pretendientes. En su pueblo se tenía por costumbre que las mujeres fueran quienes eligieran a sus esposos. Aquellos que se habían presentado ante la joven estaban pintados y con pelucas de lana de oveja para atraer su atención. Pero los planes del padre de la muchacha eran otros y ella estaba de acuerdo.

Fue en uno de los viajes a ese pueblo que Hamous la había conocido. No se la había podido quitar de la memoria nunca más. Hacía ya unos años, la madre de Marli había fallecido en el último parto. Tener hijos era su vanidad. Su simiente sembrada en una mujer joven garantizaría su fecundidad. El trato con Bomani había sido todo un éxito para la familia. Sumar a su estirpe a

un jefe guerrero tuareg jerarquizaba a sus otras hijas. Habían acordado un pronto casamiento y, ese mismo día, la hermosa fulani conocería a su futuro marido.

Tiempo atrás, al igual que cualquier jovencita soñadora, Raisha tenía la ilusión de contraer nupcias con un príncipe. Eso fue hasta que descubrió su realidad. Bastaba con casarse y conseguir que un marido se hiciese cargo de ella proporcionándole un buen pasar.

Le habían hablado mucho de su pareja, de su lugar dentro de su clan: lideraba las fuerzas agrupadas en el movimiento tras la defensa de la independencia de las tribus nómadas. Había llegado a imaginarse a un hombre sin rostro, pero con la grandeza de un poderoso guerrero. Si bien advertía cierto tono reticente en aquellos que lo conocían, sabía que la envidia solía despertar malos pensamientos.

Faltando un día para su casamiento, se sorprendió por el arribo, desde el oeste, de un grupo de hombre vestidos de azul.

—Hija, debes irte. Mañana tendrás tiempo de hablar con tu esposo —ordenó la mujer tomándola por un brazo.

La joven trató de espiar, aunque poco se podía ver. Por el trato dispensado por su padre, pudo darse cuenta de cuál de todos era. Lo tapaba su larga túnica y el velo; igualmente, vio una gran cantidad de arrugas rodeándole los ojos oscuros, tan fríos que la hicieron estremecer. No se arrepentía de su fortuna, pero algo le decía que había cierta maldad oculta tras esas telas azules.

Estaba al tanto, por su madre, de que el hombre era mucho mayor que ella, lo que significaba que la trataría muy bien por ser su joven esposa y no la molestaría demasiado por las noches. Supo por su prima que, a diferencia de las mujeres fulbes, las tuaregs tenían la posibilidad de mantener varios amantes. De manera discreta y ante la anuencia de su propia familia, les permitían que otros hombres compartieran su lecho y se retirasen antes del amanecer. En definitiva, se trataba de lo que siempre había querido. No veía el momento de dejar su aburrida existencia.

Entonces, se consoló pensando que faltaba poco para que su vida cambiase radicalmente. Estaba segura de que no extrañaría su casa actual. Deseaba conocer otros pueblos, viajar y hacerse notar. Su belleza no podía quedar oculta para siempre, y pensaba explotarla.

Una sonrisa anodina le afeó esas facciones de las que tanto presumía. Era su oportunidad y no la iba a desperdiciar. Hamous venía, esa vez, para llevársela con él.

—Ya es la hora...

El padre se acercó a la tienda donde mantenían en suspenso a su hija. El arreglo lo complacía con creces. Por cada año compartido recibiría, además de la dote actual, un rebaño de cabras y ovejas de excelente calidad. Raisha era joven y de buena salud. Era un negocio redondo.

Al verla aparecer, el jefe torquí quedó deslumbrado. Era de una belleza particular y exquisita. Distinta a las damas de su pueblo. La piel, además de su tersura, era de un marrón dorado. Mostraba una esbeltez y elegancia llamativas. Ojos almendrados y nariz aguileña. Lo sorprendió el cabello fino y no encrespado y tupido como el de las mujeres que conocía. La muchacha lucía hermosos collares de cuentas que encandilaban con la luz.

Ella lo miró y le sonrió. Hamous se derribó solo con imaginarse que pronto sería suya. Raisha supo al instante que lo tendría en un puño. Vio en sus ojos la admiración típica que despertaba en

los hombres su belleza, un arma poderosa para tenerlos a su merced. «Pero debo ser cauta», se dijo. No se trataba de un hombre simple. Era un guerrero, jefe de los caminantes del desierto. Algo de él avivaba su recelo, no se confiaría. Su instinto jamás le había fallado.

Luego de la ceremonia, las mujeres rodearon a la novia trayendo sus regalos para formar su nuevo hogar. Parte de ellos quedaría en casa de sus padres dado el largo viaje que le esperaba junto con su marido.

—Ve con tu esposo.

Recién cuando su madre le habló, Raisha tomó conciencia de la decisión que había tomado. Caminó erguida hasta la tienda que las demás mujeres habían preparado según la tradición, su lecho nupcial.

—Acércate, querida —escuchó decir a su marido.

Se trataba de un hombre con el pelo casi blanco. La piel, oscura y muy curtida por el sol, daba cuenta de su tarea de haber cruzado las áridas dunas a lo largo de sus años. Tenía los ojos enrojecidos, seguramente por el viaje, y una necesidad insatisfecha que, como descubrió enseguida, pensaba dejar cumplida esa misma noche.

La ayudó a desvestirse para luego observarla embelesado.

—Eres linda... —le habló mientras acariciaba sus redondeces—. Y lo sabes con creces, ¿no es así? —Al ver que ella asentía sonriente, continuó—: Pero nunca olvides, mi pequeña niña... —Fue entonces cuando la tomó fuertemente del rostro y la enfrentó con el suyo—. Que eres mía, de nadie más. ¿Lo has entendido?

Por el tono que usó, la sonrisa de la muchacha se esfumó como un suspiro. Agachó la cabeza varias veces y dijo que sí. La verdad se hacía presente y de un modo por demás perverso. No serían los hechos tal como se los había imaginado, o debería hacer un gran esfuerzo y ser muy cuidadosa para no despertar la ira de su flamante marido.

Muy temprano por la mañana, la despertaron unos brazos fuertes, pero con delicadeza. Su mano flaca y fría la recorrió con suavidad, lo que le trajo a la memoria la noche pasada. Esperaba que lo de sus largos viajes fuera realmente cierto. Entonces, intentaría que esta unión no se tratara solo de una mala decisión.

—Debemos partir, mujer. —Luego de observar por un largo rato cómo se desemperezaba, dijo más para sí que para ella—: Ya habrá tiempo para retozar cuando llegues a tu nuevo hogar. Date prisa para aprovechar que aún el calor nos permite movernos con mayor soltura.

Raisha se levantó y se vistió. Ansar no le quitaba los ojos de encima. Notó que la jovencita ya había yacido con otros hombres antes que él. Pensó que era mejor, no estaba para pasar por ese momento. Había podido gozar de una noche tan plena como se la había imaginado, y le daban sus fuerzas.

Capítulo 5

REGRESA A MÍ

(Carmen)

Tuve un despertar placentero a pesar de descubrir que el otro lado de mi cama se hallaba vacío. Inhalé profundo y suspiré. «Ahh —me dije—, todavía está su olor en mi almohada». Mejor así, que se hubiera ido. Resultaría más fácil para ambos no volver sobre el tema.

Nos quedamos hablando hasta casi ver los primeros rayos del sol asomarse por el visillo de las persianas y pudimos aclarar nuestra situación. No volveríamos a estar juntos. Y Osmar intentaría convencer al resto de los integrantes de la productora de que mi destino estaba en sus manos. Mi renuncia continuaba en pie, salvo que recapitulasen sobre la designación de mi compañero como corresponsal.

A lo único que me comprometí fue a continuar en mi puesto mientras tanto se resolviese la cuestión. Me presentaría ante la pantalla en el noticioso de más audiencia del país. Pero no debía hacerse ilusiones. Mi cabeza estaba en otro lado. Mi objetivo, enfocado en vivir una aventura que me insuflase de bríos. No aguantaba la pasividad de ser una presentadora. Creía en mi capacidad para enfrentar ese desafío y llegaría hasta las últimas por concretarlo.

Mi ingreso al plató donde se grababa el informativo trajo consigo un murmullo que no pasó desapercibido a los operadores de cámara, que se voltearon sorprendidos, descuidando su labor. ¡Qué pronto se olvidaban de una! Resultaba demasiado evidente que daban por certero que no volvería. Entonces, ¿a quién tendrían para reemplazarme? Aunque la decisión de irme era mía, no dejaba de sentir un retorcijón en el estómago —de esos que te hacen contar hasta diez antes de empezar a lanzar palabrotas por el desapego, ante tus ojos, de quienes creías tus amigos— imaginando a mi reemplazante.

La curiosidad me puso ansiosa. Podía percibir en mí un mar de sensaciones. La idea de viajar estaba firme, pero algo era cierto: el noticiero me había formado y hecho de mí la periodista incisiva que todos admiraban.

«Cámara 4, regresa y haz foco en ella. Así..., bien». La voz de uno de los productores me llegó tan clara que alcancé a reconocer cierto fastidio. No estaban felices con mi regreso, y eso me lastimaba. Amaba el canal y había puesto todo de mí para que cada emisión saliese a gusto de los espectadores.

Cuando comencé a oír la música habitual de *Carta de ajuste*, me la puse a tararear. Sabía que no faltaba mucho para iniciar el programa. Sin dudar, me dirigí a los camarines para

encontrarme con mi equipo de maquilladoras y vestuaristas. En breve debía estar frente a la pantalla.

—¿Carmen? —escuché que me llamaban desde arriba.

La luz brillante no me permitía distinguir quién era, pero sí escuchar la voz con claridad. Traté de hacerme sombra con la mano y dirigí mi mirada hacia donde Pedro manejaba los controles. Su pulgar en alto sobresalía de la cabina, y le sonreí. «Al menos uno», me dije, y me deshice en saludarlo.

—Gracias. Tú, siempre tan atento.

Se trataba de uno de los pocos compañeros leales que había conseguido en ese mundillo tan competitivo como trepador. Estaba segura de su alegría ante mi presencia (casi ausencia). Sin embargo, todavía me faltaba advertir quién estaría sentado en mi sillón del vestidor. Porque lo presentía, alguien estaba designado para aparecer frente a las cámaras.

La situación me trajo a la memoria otro momento. Era chica y mi madre lloraba ante una vieja película de Anthony Quinn, donde una mujer todavía no había muerto y las vecinas estaban disputándose sus bienes. «¿Me ven? Aún estoy aquí», faltaba que dijera.

En mi camino por el pasillo, algunas cabezas se asomaban, y no terminaban de sorprenderme sus gestos de extrañeza. Hacía tan solo un día que les había caído mi renuncia y ya habían ocupado mi sitio. Estaba claro que no se podía dejar sin cubrir el programa en horario central, aunque igualmente me dolía. No era de esas que iban por la vida despotricando por todo, pero más de uno me había mostrado los dientes por tantos años que verlos tan como si nada ante mi marcha, bueno, ya les dije, dolía.

La puerta de mi camerino estaba entornada y, cuando estaba por llegar, escuché la risita de a quien consideraba una mujer sin códigos ni límites. Aun así, sus ojos se abrieron como platos al verme entrar.

—Carmen..., has vuelto —dijo Ornella Bianco.

La italiana siempre había deseado ser una primera figura. «Buen momento para presentar batalla», imaginé. La mejor ocasión.

—Cierto. Y por lo que veo, tú no lo esperabas.

—Elena fue precisa y hasta «la plana mayor»... —Ese término lo usábamos todos para mencionar a los directivos del canal—... aseguró que habías salido de la casa decidida a no volver. No pensé...

—Nunca lo haces —objeté con humor—. Pero me convencieron. Al menos por el tiempo que tardan en retomar mi caso, continúo a cargo de los informes. Por eso, ahora, ¡fuera! —le grité haciendo un gesto con la mano—. Luego puedes quedarte con mi puesto si es lo que querías.

Por un segundo compuse la imagen de ella y Osmar juntos, y estuve a punto de sacarla a los tirones.

—No es así. Tú te habías ido... —murmuró pareciendo compungida la muy...

—Es verdad. Aunque aún mi butaca estaba caliente cuando aceptaste, ¿no es cierto? Tan apurada... No obstante, no debes preocuparte —aclaré desdeñosa—, se trata solo de un momento antes de mi partida a una experiencia mucho mejor. Tenlo por seguro. Ahora vete.

—¿Los convenciste de que te nombraran?

Su tono de yarárá, serpiente venenosa del norte de mi país, me hizo observarla un rato con la mirada entornada. Bruja... Estaba detrás de algo, o bien iba por todo.

—No lo sé —respondí vagamente—. De todas maneras, seguiré insistiendo.

En mis planes aún me negaba a sincerarme con esa trepadora. Mejor no se la seguía. Me sentía

indignada y, en el fondo, no tenía motivos. La que se había ido... «Ya sé —pensé—, pero me molesta igual». Y dejar a Osmar como un plato servido... Me la veía venir. Su próximo movimiento sería insinuársele con total provocación.

La llegada de uno de los colaboradores de Pedro nos interrumpió.

—Carmen, debes apurarte. En breve sales al aire.

Sus palabras fueron mágicas. Se inició un movimiento general. Me ubicaron rápidamente y, mientras se esmeraban por ayudarme, acabé cambiada y peinada en un santiamén. La maquilladora comenzó a difuminar un polvo suave en mi rostro para quitar la humedad de mi frente. Mis sentidos recibieron el impacto que provocaba la pantalla en mí. La adrenalina bullía de manera rotunda y, casi sin darme cuenta, estaba lista para aparecer ante la audiencia.

—Muy buenas tardes. Aquí, Carmen Morales, compartiendo con ustedes las noticias del día...

Había terminado el informativo del horario central. Aun así, se trataba de un sector donde jamás se descansaba. La noticia estaba ahí, cambiando, evolucionando y produciendo su propio canibalismo de datos que se desestimaban por otros más recientes.

Osmar caminó por el pasillo atestado del personal que a diario daba vida al espectáculo. Y como tenía bien en claro, la imagen, en esos casos, hablaba de un carisma particular. Además de inteligencia, quien enfrentaba la cámara debía poseer tacto y empatía por el suceso narrado.

Del otro lado se hallaban miles de espectadores con distinto grado de captación y de realidades diferentes. De ahí que admirasen a Carmen. Ella los eclipsaba. Una cuota de candor y esa magia que no todos solían ser capaces de expresar: ese era su estilo. Y dentro de poco tiempo más, la perdería por su afán de aventurarse a un mundo peligroso y diferente. Sin embargo, no dudaba de su sagacidad para conseguir traer, desde esa lejana tierra, una historia maravillosa.

Reconocía que le costaba desprenderse de la muchacha. Él también había caído bajo su embrujo, cautivado por ese manejo de la situación, una mirada tan particular de los hechos que despertaba sentimientos encontrados entre quienes la observaban a través de la pantalla y quienes estaban frente a ella también...

La puerta se abrió y casi se chocaron.

—¿Y? —lo interrogó la joven ansiosa.

«Está hermosa», pensó Osmar. Su pelo, oscuro, ensortijado y con tonalidades rojizas. El cabello de una niña revoltosa: largo hasta la cintura. Los ojos también eran oscuros, de pestañas tupidas que se arqueaban solas. Casi nunca se pintaba. Un poco de rímel y alguna base que disimulara su blancura. Pero tenía un cuerpo glorioso. Las generosas curvas con las que deleitarse hablaban de una constitución firme. Sin dejar por ello de ser esbelta, de una altura que imponía respeto. Y él sentía que amaba cada centímetro de esa mujer.

La sonrisa del hombre la conmovió. Entendía sus emociones, sabía lo que le costaba desprenderse de ella. Justo a un ser tan egoísta... Por eso agradeció el esfuerzo con un beso apasionado y en esa boca que tanto placer le podía dar.

—Está hecho.

—¿De verdad?

El sonido inseguro de su voz fue motivo de una mirada sorprendida.

—¿No era lo que querías? —la interrogó aun conociendo su respuesta.

—Es que no me lo acabo de creer.

Deseaba algo y él acababa de conseguirlo.

—Pues créelo. Te prometí que lo haría...

Osmar se arrepintió al instante. La vio esplender, irradiar una luz tan especial en esa sonrisa nacida en los ojos y proyectada hacia el universo que tuvo miedo. La perdía. Cuando regresara —si es que lo hacía alguna vez—, ya nada volvería a ser igual. Carmen quería volar y él le había conseguido las alas.

(Carmen)

Entre la excitación que me causaba el programa en vivo y las palabras de Osmar, me sentía flotar. Lo había logrado. Iba a ser la corresponsal del canal en Oriente Medio... Mi máximo sueño.

—¡Viva Argentina! ¡Viva España! —grité dando una voltereta, mientras algunos me miraban pensando que estaba loca.

No era para menos. Además de conocerme como una gran periodista, lo harían por la gran proeza de ser la primera mujer que cubriese una noticia en medio de un conflicto. Porque, si bien en esos momentos habían firmado un acuerdo de paz, era como estar sentado sobre un volcán dormido que comenzaba a hacer ruido. No se quedarían con un arreglo que los perjudicaba. Irían por más. Y ahí estaría la suertuda de Carmen Morales cubriendo la nota.

Salí del canal y, en lugar de subir a mi auto, comencé a caminar. Lloviznaba, pero no me importó. Mis lágrimas fluyeron de un modo incontenible. Estaba por ocurrir la odisea más extraordinaria que transportaba mi cabeza a otra realidad. Viajaría a Oriente. Me internaría en pleno desierto, en la caravana de los tuaregs, los llamados «hombres azules» por su vestimenta. Lo que siempre había deseado: un viaje exótico y cubrir una noticia interesante, diferente a todas. Un mundo místico que se abría ante mí para que lo descubriera.

Dentro de poco tiempo volaría hacia tierras ignotas, repletas de historias que contar y de personas y costumbres que describir. No tocaba el piso con los pies, sentía que flotaba paralela al ras del suelo. Igualmente, sabía adónde iría. Necesitaba compartirlo con alguien que me trajese de vuelta a mi tierra. Mis padres, la familia. Mi país.

La calle estaba casi desierta. La lluvia se intensificó y entré en un bar para guarecerme. Me senté en una mesa cerca del televisor. Comencé a tener frío por la humedad de mi ropa. Pediría algo bien caliente para entrar en calor. Un chocolate...

El hombre detrás de la barra seguía atento un informe sobre el clima. La lluvia continuaría por unas horas más. Recién al día siguiente empezaría a despejar, según el pronóstico, y la llegada del sol —eso lo agregué de mi cosecha— calmaría la nostalgia, esa que no se nos iba a los que estábamos fuera y recordábamos nuestra tierra.

Al terminar el programa, lo vi dirigirse hacia el aparato y, entonces, notó mi presencia.

—Señorita Carmen... Pero mire cómo se ha puesto.

Le sonreí. Don Manuel me traía recuerdos de mi país. Era argentino, como yo, cordobés. Aunque no me lo había dicho, el acento lo identificaba clarito.

—Me agarró la tormenta en pleno paseo —traté de explicarle.

Lo vi ir tras la puerta y volver con una toalla.

—Vamos, trate de secarse, o le dará un resfriado.

Acepté gustosa. Estornudé y un escalofrío me llevó a temblar. No me permitiría enfermarme, era mucho lo que estaba en juego. Alcancé a reparar en que comenzaba a emitirse el noticiero y mi imagen salía bien perfilada. Se trataba de un éxito, eso era indiscutible. La gente dejaba lo que estaba haciendo y se disponía a escuchar lo que tenía para contarle. Creía a pie juntillas mis informes y respetaba mi objetividad.

Pero no lo era todo. El llegar a la cima no bastaba. Buscaba algo más que un simple triunfo. ¿Alguna vez descansaría de ir tras las noticias? Quizás después de esa experiencia. Iba a marcar un hito como la primera mujer que tuviese acceso a una labor, hasta el momento, desempeñada solo por hombres. Coronaría mi trabajo en nombre de todas ellas.

Capítulo 6

LOS OJOS DEL DESIERTO

(Carmen)

—*Assalamualaikum*^[2].

La voz vino desde un lugar remoto. Tan distante que hasta pensé que mi imaginación me jugaba una mala pasada. Me estaba mareando por el calor y podía estar alucinando. Pero no. La sentí de nuevo, aunque más cerca y con otra profundidad, como si brotase del centro de la tierra. Un espeso manto de arena y una bruma que cubría el cielo impedían reconocer con claridad lo que ocurría a pasos nuestros. Igualmente, esa voz me retenía en mi sitio. Después... después, los vi.

Estábamos esperando, desde hacía largas y ardorosas horas, la llegada de la comitiva que nos trasladaría al campamento bereber. Tenía la ropa completamente empapada de sudor, y mi perfume era excesivo para ese sitio, donde la frescura resultaba necesaria. Así y todo, humedecí mi frente con mi único pañuelo limpio y la refresqué con Safari, de Ralph Lauren, mi preferido, y por unos instantes reviví. Había traído el envase con forma de lágrima conmigo, sin pensar que era demasiado penetrante para tanta sequedad. Me reí pensando que, si bien ellos captaban mi atención por su exótica apariencia, yo lo haría con mi aroma avasallante.

Surgió, entonces, esa visión imprecisa. Hombres vestidos de oscuro que manejaban un hato de camellos rebelados contra un fondo nebuloso. De a ratos se levantaba una ventisca suave que ensombrecía todo por la arena que elevaba en su trayecto. Recién cuando los tuvimos a unos pasos, llegué a distinguir que su ropa era de un azul fuerte, casi negro.

Resultaba imposible precisar sus caras. Uno de ellos se destacaba del resto por su tamaño y por ser el único que viajaba a pelo subido a un hermoso caballo azabache, un ejemplar que respondía a su amo con inteligencia y movimientos ágiles; muy diferente a los demás, que lo hacían sobre los dromedarios. Con lo que adoraba a los caballos, capté la comprensión que había entre la montura y su amo. Ojos oscuros y expresivos observaban el sitio por donde se desarrollaba la escena. «Se trata de un corcel en quien se puede confiar», pensé segura de no equivocarme. De prescindir de una referencia tan precisa como la lealtad de un animal, debía ser fácil perecer tras la cortina de arenilla intensa que veíamos por la forma en que subía con el batir del viento.

Escuchamos hablar a los recién llegados. Lo hacían en su lengua, intrincada y con un sesgo árabe. Algunas veces, parecía inteligible hasta para ellos mismos, como si fuesen de distintas

regiones. A pesar de mi conocimiento de varios idiomas, se trataba de un sonido complicado y sin vocablos fáciles de articular, de un matiz extraño y acompañados por gestos. Luego supimos que era *tamasheq*, su dialecto madre, o también llamado bereber o *amazig*.

—¿Carmen? —llamó.

La voz logró impresionarme. Su tono grave y persuasivo me trajo de vuelta ante la majestuosidad del desierto. Mi cuerpo supo darle la bienvenida, incendiado tanto como reaccionaba por el agobiante calor tropical. «Empezamos mal», me dije. La primera vez que lo veía, y me eclipsaba de ese modo.

Para nada le costaba pronunciar mi nombre, a pesar de que antes lo había escuchado expresarse de forma tan intrincada. Reconocía que había perdido la sutileza ante los ojos más azules vistos en mi vida.

—Soy yo —respondí casi gritando, mientras me acercaba al grupo. Se trataba de varias personas. A medida que salían de la zona brumosa, se notaba que eran más—. Encantada, su alteza —le dije sintiendo que debía guardar cierto decoro.

El caballo, sumado a su posición destacada delante del resto. Supuse que me hallaba ante un individuo con alguna jerarquía.

Me había estado informando un poco sobre las costumbres de ese pueblo, uno de los más abiertos a mostrarse al mundo occidental. Una mujer fue quien había actuado como contacto, algo increíble si pensamos en los hábitos tan arraigados a la cultura islámica.

Varios se rieron, incluido él. Su mirada, un tanto atrevida, se posó en mí y pude precisar la tonalidad de esos ojos, que hacían juego con la ropa que vestía. Tuve que ejercer mucha presión sobre mi intelecto para dejar de admirarlo de un modo demasiado vulgar para una periodista de mi rango. Pero es que no lo podía creer, tenía ante mí la escultura viviente del hombre más atractivo y sensual que había visto en toda mi vida.

—No es necesario que me llame así. Mi gente es simple. Aun siendo costumbre en mi raza destacar las posiciones dentro de nuestro gobierno, no es este el caso.

En sus palabras percibí la incomodidad. Me di cuenta de que le había molestado la burla en la mirada de sus acompañantes.

—Lo siento —dije compungida. Temía ofenderlo dado lo que nos había costado conseguir la visita. Estaba arrancando, con el otro pie, la entrevista que tanto había soñado realizar. «Carmen, más atenta. ¡Tú puedes!», me dije. Hice memoria sobre las palabras que había logrado aprenderme y avancé—: *Assalamualaikum*.

Mi forma de pronunciarlo debió de resultarles divertida, ya que volvieron a carcajear. «Está visto que seré quien les alegre el día —me dije enfurruñada—. Puedo llamarlo por su nombre si me lo dice».

A mis palabras le siguió una sonrisa hermosa que me alegró lo suficiente para hacerme olvidar de mis derrapes, del calor que pasaba mi piel blanca como la leche y de mi infeliz decisión de realizar semejante viaje.

—Mi nombre es Iyad Ag Ou-Fenait y puede hablar conmigo en español sin problemas...

Por un lado, me sentía liberada al no tener que utilizar un traductor. Me habían asignado un estudiante que hablaba varias lenguas locales, pero, por lo visto, no sería necesario. Al menos, para dirigirme a él.

Mientras conversábamos, el resto iba cargando nuestros baúles en esas terribles bestias con sus jorobas, que me daban cierto temor. Sabía andar a caballo, pero no sabía cómo no se me había ocurrido que el viaje sería en camellos o dromedarios del desierto. Tampoco que, apenas

llegaran, partiríamos hacia nuestro destino final.

—Mi madre, junto a los jefes de varios clanes, es quien organiza la caravana.

Sus palabras las escuché esforzando mucho mi oído. Mientras hablaba, no perdía tiempo. Me alzó y cargó sobre la grupa de un animal echado que, al sentirme encima, se irguió, lo que me llevó a chillar de un modo histérico y a ruborizarme.

Todos se rieron. Incluso los que venían conmigo. Sentí que, por ser la única mujer de mi grupo, iban a hacer de mí su mascota. Me juré que no se saldrían con la suya. Iba a empezar a estar más atenta, a poner cara de divertida ante los próximos papelones.

—¿Tienes alguna noticia de la comitiva? ¿Llegaron bien?

Aunque la pregunta era por todos, Osmar sabía que el interés de Elena estaba puesto solo en Carmen. Ella continuaba empeñada en mantenerse en contacto con la muchacha aunque la reportera había sido muy clara antes de partir: él sería el único vínculo entre ella y el resto. La cuestión había quedado zanjada en la última reunión: el productor transmitiría las novedades a los directivos y se mantendría comunicado con la joven.

La reseña de su viaje fue nota de portada en los periódicos más importantes de todo el mundo. Por primera vez, una mujer se trasladaba a cubrir una historia tan dramática en un sitio de permanente conflicto. Los tuaregs resignificaron el concepto de libertad en un Oriente descontento.

—Hace unas horas hicieron contacto con la tribu del desierto. Aun así, estoy nervioso...

Sus palabras llevaron a que Elena se irguiese y le fijase la mirada.

—¿Qué os preocupa? —lo interrogó expectante, percibió la angustia en él y fue suficiente para lamentarse por haber aprobado esa visita.

—Perderemos la comunicación hasta que sea tiempo de volver —dijo terminante.

—Sabías que sería así... —lo interpeló angustiada.

—Claro. Pero se habla de una revuelta. Los motivos son cada vez más osados y dudo que ella acate la orden de regresar simplemente porque habrá enfrentamientos.

Su temor era tan grande como el de Elena. Demás está decir que tenía armada una salidera en caso de que el asunto se pusiera muy feo.

—Nunca dijiste esta posibilidad —reclamó la mujer con fastidio. Tenía en claro que, cuando se lo proponía, Carmen podía ser muy insistente. También pensaba que, aun teniendo una guerra encima, no lograrían convencerla de regresar a España—. De haber sabido...

—¿Qué habrías hecho? El viaje estaba resuelto. Carmen no cedería por más planteos vuestros. Oremos que solo se trate de alguna que otra escaramuza. En definitiva, es lo que siempre soñó.

La mirada de Elena se perdió por la ventana. Era una tarde hermosa. Brillaba el sol y se imaginó la misma inmensidad, pero en Oriente. Había tenido la oportunidad de conocer el desierto en dos viajes maravillosos, y se trataba de una experiencia única. Su egoísmo no podía interceder con el destino de la muchacha. Si por ella fuera, le estaría reclamando que volviera ya. Carmen jamás se lo perdonaría, por eso entendía la postura de Osmar. Debían permitirle la posibilidad de alcanzar ese hito en la historia del periodismo mundial. La joven sabía sobre los riesgos a los que se exponía. No obstante, también, que su valor les abriría el camino a muchas otras mujeres con sus mismas ambiciones.

—Esos pueblos no suelen ser tan belicosos —se conformó Elena—. Recemos para que vuelva pronto y no haya nada de que arrepentirnos.

Osmar no estaba tan seguro con respecto a los enfrentamientos entre grupos rebeldes al Gobierno. A pesar de la amnistía alcanzada durante el año anterior, no todos los pueblos estaban conformes con lo pactado. El Movimiento Popular del Azawad se había disuelto —luego de la Llama de la Paz celebrada en Tombuctú, donde se quemaron tres mil armas—, pero muchos de sus integrantes aún seguían en actividad incitando a la sublevación.

—La líder con la cual arreglamos la visita tiene fama de ser una mujer de principios. Quedó claro que nuestra corresponsal regresaría ante una situación de conflicto. Se perjudicaría la imagen de la nación tuareg y no es eso lo que buscan justamente... Aun así, no tengo planeado dejar que Carmen corra peligro. Eso tenéis que saberlo...

—Imagino que no. Pero me preocupa que la cuestión se vaya de vuestras manos.

—No ocurrirá. Puedo jurarlo.

—Quiero creerte. Lo deseo fervientemente. También la conozco lo suficiente para imaginarme su parecer ante un repliegue luego de lo que ansió esta oportunidad.

Ambos se miraron un rato hasta que Osmar agachó la cabeza. Comprendía lo que suponía Elena, lo sabía de primera mano. ¿Quién, si no él, había escuchado durante horas los sueños de la muchacha?

Elena salió de la habitación con un mal presentimiento. Por más promesas hechas, si ocurría lo peor, Carmen no regresaría voluntariamente.

Osmar salió y cerró la puerta de su oficina agotado de darle vuelta a esa necesidad de resguardar lo que ya consideraba como propio. Y eso, algo que hacía solo algunas horas, le había terminado de entrar en la cabeza.

Tenía la urgencia de caminar entre la gente. Por eso, apenas dejó el canal, se dirigió a la plaza. Estaba bastante fresco, pero era un día soleado. Muchos niños jugaban; jóvenes, y no tanto, hacían *running* mientras un grupo de ancianos se entretenía con las bochas. De haber tenido otra ropa, tal vez le hubiese venido bien correr. Aunque vestía demasiado formal para algo que no fuera sentarse en un banco.

La extrañaba, y no solo su cuerpo. Quería todo y decidió que le había llegado la hora. Se sonrió imaginando la cara de susto de la muchacha cuando escuchase su pedido: «Cásate conmigo». Más todavía si le hablaba de formar una familia, de tener hijos igualitos a ella, a él. A los dos.

Una pareja pasó de la mano y Osmar los siguió con la mirada. Reaccionó tarde a la pregunta del millón: ¿y si ella no quería? ¿Le había dicho alguna vez si lo amaba? Pensándolo bien, él tampoco había sido expresivo. Lo suyo había comenzado como una relación puramente sexual. Se veían y se deseaban de un modo que no se la aguantaban. Más de una vez habían acabado apasionados en el ascensor, en el cuarto de limpieza de la productora o en el baño de su oficina.

Luego habían llegado otros tiempos, de conversar tranquilos en su dormitorio o tirados en un sillón. Habían descubierto sus gustos parecidos por la música. Carmen, una ferviente seguidora de Jarabe de Palo, igual que él. Los había tenido como invitados en una fiesta en su honor antes de relacionarse con ella. La muchacha había abierto los ojos embelesada y odiada por no haber

podido ir. A su regreso, se había prometido que invitaría a Pau a cenar con ellos. Tan solo para enterarme de la cara que ponía. No veía la hora de que sucediese ni el momento de tenerla nuevamente entre sus brazos.

Capítulo 7

LA COLA DEL LEÓN

(Carmen)

La noche en el desierto era inmensamente hermosa. Jamás había imaginado algo parecido. Sin viento y una luna amarillenta. Los animales estaban silenciosos y el resto de la gente dormía. Las estrellas me recordaron, alguna vez, esa clase de Astronomía donde el profesor nos había llevado a divisarlas por un telescopio enorme que había en la universidad. Desde Regulus, pasando por Denébola, la estrella blanca de la constelación de Leo se alcanzaba a distinguir con claridad. Esta última, también llamada La cola del León, me daba la impresión de titilar al compás de mis latidos.

Mi tienda estaba en una duna. La fogata y los vigilantes armados que hacían la guardia los tenía muy cerca. Según nos habían comentado, sería un día más de viaje hasta alcanzar la caravana, lo que para mí significaba continuar sin poder bañarme. Apenas nos refrescábamos, el agua era primordial para beber. Para el resto, se hacía cuando se podía.

Escuché una risa y traté de buscar de dónde provenía. No estaba al tanto de cuántos formábamos el campamento. Había distinguido a varios hombres del clan de los tuaregs y, quizá, a alguna mujer. Imposible asegurar con total certeza, dado que se cubrían casi completamente con sus mantos azules.

Antes de viajar había estado investigando sobre quiénes eran esos personajes que vagaban por el desierto a su antojo, en un mundo cada vez más limitante. Durante el trayecto me habían llegado comentarios de una posible sublevación de algunos pueblos ubicados en el norte. De todos modos, prefería no hacer ninguna mención ante mis anfitriones. No deseaba ser despedida. Ese era el sitio donde quería estar.

Con la intención de absorber el aire fresco que marcaba una gran diferencia con el calor que se había respirado hasta entrada la tarde, caminé unos pasos y me senté a observar nuevamente el cielo. Presentí que no me hallaba sola y busqué con la mirada de quién se trataba. Cuando vi una figura dirigirse hacia mí, ya era imposible volver a mi refugio. Igual, me habría arrepentido. Tenía ante mí al glorioso targui que me había despertado toda suerte de sensaciones.

—¿Por qué no duermes?

A pesar de hablarme en un tono relajado, parecía una orden encubierta. Descubrir que se trataba del hombre que comandaba al grupo comprometido a llevarnos a destino me trajo cierta tranquilidad. Pero no pensaba descuidarme. Al sentir cómo se me erizaba la piel, comprendí que

mi instinto me decía que era peligroso.

Por el traductor que había entablado relación con el resto de sus hombres, me llegó la noticia de que se trataba del hijo de quien regía el destino de la tribu. Una especie de consejera en las decisiones más importantes. La sorpresa, al saber que una mujer contaba con tanto poder, me hizo pensar en gente muy diferente a lo que esperaba encontrar. Un pueblo que brindaba su hospitalidad casi sin pedir nada a cambio, solo la verdad con respecto a lo que estaba por sucederle a esa generación con conceptos y cultura tan arraigados como los de sus ancestros.

Según había leído en su momento, el nombre de tuareg les había sido dado por los árabes que, antes de su conversión al islam, los consideraban «abandonados de Dios». En sus comienzos, el aspecto físico se componía de raza blanca. La captura de esclavos de piel negra, quienes se ocupaban de cuidar el ganado y servir a sus amos, había terminado oscureciendo las pieles y modificando sus rasgos.

Por lo visto, Iyad no era la excepción. Su fisonomía decía mucho sobre esa mezcla de sangres, al igual que el maravilloso color de sus ojos. Además, era más alto que el resto de sus hombres. Podía notar, bajo las telas, un cuerpo sólido y de miembros largos. Me llamó la intención que no tuviese, como los otros, armas de fuego a la vista. Solo una espada, a la que denominaban *takouba*. Evidentemente, se trataba de una nación guerrera, pero con varios detalles interesantes para tener en cuenta.

—La verdad es que no. Mi ansiedad supera con creces mis ganas de estar reposando.

Mi sinceridad debió de agraderle porque se sonrió. La expresión de su cara cambió y me dejó hechizada como cuando había distinguido a Denébola entre todas. Además de ser apuesto, su sensualidad acompañaba sus gestos. La boca ancha y de labios llenos me detuvo la mirada. Me hallé, sin reparo, observando cada detalle de ese rostro exótico y hablando en español. Me recordó a esa vieja película con Peter O' Toole, que interpreta a Lawrence en *Lawrence de Arabia*. Mágico y arrebatador. No podía negar mi admiración, se me escapaba por los poros de la piel.

Sus ojos me hicieron notar que era consciente de mi escrutinio. Debí haberme ruborizado porque, mirando la fogata, me sugirió irme a la tienda.

—Le convendría descansar. Mañana nos espera una larga jornada. El calor la hará agotar mucho más rápido que lo normal. —Lo vi agacharse, tomar arena con su mano y dejarla rodar entre sus dedos. El gesto me mantuvo hipnotizada. Deseaba que esa mano de dedos largos y, en apariencia, delicados se ocupasen de mí y mis necesidades. Pensé que él intuyó las emociones que bullían en mi interior, porque se rio por lo bajo y mi cara se puso como un tomate. Estaba irreconocible. Si no paraba de hacerme de tantas ideas, no solo sería impensable dormir, sino que mi imagen ante el joven se iría deteriorando minuto a minuto—. No volveremos a detenernos hasta alcanzar a los nuestros —dijo con intención de dar por terminada la charla.

—¿Es un territorio difícil? —Pero ¿qué me pasaba? Estaba haciendo todo lo posible por retenerlo junto a mí—. Por lo que estuve leyendo, cruzaremos una zona en disputa y por eso es conveniente hacerlo sin detenernos, y menos de noche.

—Excelente su información. Solemos tener buen trato con quienes gobiernan el desierto, pero no es conveniente descuidarse. Algunos no poseen nuestra idiosincrasia. Le reitero mi consejo: será mejor que trate de dormir todo lo que pueda. Haremos el resto de una sola vez.

Luego, desapareció entre las sombras, como había llegado.

Sus palabras me hicieron reflexionar, por un instante, sobre en qué me había metido. Aunque fue solo un minuto. El resto del trayecto hasta mi tienda lo pasé vanagloriándome por lo acertado

de mi decisión. Sería una experiencia única e irrepetible. Por fin podría relatar lo visto por mis propios ojos de un sitio tan remoto como alucinante.

—*Aberdud izem*, la mujer quiere saber si podemos detenernos un momento... —le habló el traductor azawadí al jefe de la comitiva tuareg.

A Iyad algunos lo llamaban como era reconocido por los hombres de la niebla, el «último león». Respondía con su sangre a la estirpe de los pioneros. Su madre era la hija de un valiente moro, comerciante de esclavos. Su abuela había sido raptada en un enfrentamiento con los saharauis. La cruce de razas había dado un resultado devastador: un pueblo aguerrido y renegado contra el sometimiento.

—Le he dicho que no podemos detenernos.

Sin más, Iyad se encaminó hacia donde la mujer venía casi acostada sobre su montura, a punto de caerse. La tomó por la cintura y, alzándola, la acomodó junto a él. Le dio de beber y vio que se recuperaba. Un sombrero de cuero cubría su cabeza y contenía el calor. Se lo quitó y le cruzó uno de sus velos. La mojó con un poco de agua y apreció como revivía.

—Gracias... —balbuceó la muchacha al sentirse mejor.

—Perdone por no poder cumplir con su pedido. No podemos detenernos justo aquí, pues este sitio no es recomendable. Falta poco para alcanzar la caravana. Resulta absurdo perder tiempo y que nos tiendan una emboscada.

—Me lo dijo y pido disculpas por mi insistencia. Es que no puedo sostenerme erguida. Estoy exhausta y a pesar del peligro que me informaron...

Casi terminó en el suelo. Unos brazos poderosos la sostuvieron y levantaron por el aire hasta acomodarla delante de su cuerpo.

—Ahora viaja conmigo. La tendré firme para que no caiga —le habló rozando su oreja con su ropa. El tono de su voz le hizo darse cuenta de que se estaba riendo. Por eso quiso enderezarse, su orgullo reclamaba el esfuerzo—. Shhh. No se mueva o terminará sobre la arena hirviendo.

—¿Puede darme agua? Tengo mucha sed.

—Tome, beba despacio —le dijo luego de apoyar el odre de cuero de cabra sobre sus labios, con delicadeza—. Trate de acomodarse contra mi pecho —concluyó una vez que la joven había saciado su sed.

—Está bien, pero cuénteme algo sobre su tribu... Necesito distraerme para ignorar el calor del sol y las ganas que tengo de llegar a destino.

El inspiró unos instantes y comenzó a relatar con esa voz que la hacía estremecer.

—Hace muchos años, las caravanas de mi pueblo cruzaban el desierto transportando sal, oro y, especialmente, esclavos. Mi madre, la actual líder, fue concebida por una pareja tan ardiente que le resulta imposible a mi gente no adorar la magia del acoplamiento.

Un leve ronquido le hizo comprender que la joven se había dormido. Y él, que quería dejarla perpleja ante su comentario. No faltaría oportunidad...

El sueño...

(Carmen)

Un aroma muy sensible me trasladó a otro momento de mi vida. Sol y pieles sudorosas. Las caricias de una joven virgen se vinieron de golpe a mi cabeza encendida. Mi primera vez con aquel compañero de escuela. Respiré profundo y cerré los ojos. El vello de mi cuerpo se puso de punta, aguardando. Unos brazos poderosos me rodearon más fuerte, como si supieran que estaba a punto de salir volando. El calor me hacía imaginarme escenas que me obligaron a gemir de delicia.

Me dejé llevar por el cansancio del viaje. Fue inútil tratar de mantenerme sin acabar apoyada en un conjunto de miembros firmes que irradiaban afiebrados. Alguien me sostuvo cruzando su brazo por mi delantera. Un escalofrío me recorrió igual que un reguero de pólvora. Porque, aún sin terminar de despertarme, el roce obligado a mis pezones me transmitía una descarga que reverberaba por mi anatomía. Incluso, creí haber dado muestras del placer recibido.

El sueño volvió a poseerme. Excitante y perturbador, me tuvo en vilo por el resto del camino. No lograba percibir la cara del hombre con el que yacía, pero hacíamos maravillas con nuestros cuerpos. Aunque me suponía que era él y me besaba hasta aturdirme. Esa boca de labios llenos me recorría con paciencia, tomándose su tiempo en cada uno de mis recovecos.

Me desperté sobresaltada. La agitación era tan real que mis latidos se aceleraron. Estaba sola. Alcancé a distinguir que estábamos sobre un sitio fresco y rodeado de vegetación de un verde intenso. El sonido de agua que caía me producía, a partes iguales, calma y ansiedad. Volví a recostarme mientras me desperezaba. De pronto, lo sentí cerca. Logré advertir el manto azul bajo mi cuerpo y esos ojos tan añiles que resultaron inconfundibles. Había recuperado mi vitalidad habitual. No recuerdo haberme sentido más plena en mucho tiempo.

—Debemos irnos... —Estaba visto que esa voz tan gutural no dejaría de impactarme. Me costó reaccionar, pero cuando lo hice reconocí su mirada perdida por mi cuerpo, que estuvo mostrando mis atributos de manera vergonzosa. Me bajé la camisa y busqué mi sombrero para cubrir mi rostro con urgencia. Había desaparecido. En su lugar hallé un velo similar al que usaban los hombres tuareg—. Úselo hasta que lleguemos —dijo señalando la tela azul—. Es su piel demasiado clara para soportar tanto reflejo.

—Estaré lista en un minuto —respondí inquieta y esperando que se fuera. Deseaba adecentarme. Mi camisa tenía algunos botones desprendidos. Mi cabello, alborotado, daba muestras de haber pasado por un cruce por el desierto. Además, necesitaba orinar. No esperaba causarle tan mala impresión, y apenas comenzábamos a tratarnos. Él debió advertir mi incomodidad porque se levantó dispuesto a irse. Pero quise saber, siempre se me ocurría de preguntar hasta el último minuto—. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

Imaginarme otra vez sobre la grupa de un camello agotó mi paciencia.

—Lo hemos hecho. Hace algunas horas nos reunimos con los retrasados de la gran caravana. Pensé que le convendría descansar antes de ser presentada al resto...

—¡Oh!, cuánto lo siento, debí de prestar más atención. ¿Cómo dejó que me perdiese el encuentro con su gente? ¡Qué va a pensar su madre de mí!

—Señora Morales... —Me pareció que trataba de expresarse sin mostrar su irritación—. Nuestros jefes y, en especial, Bella saben del tremendo esfuerzo que han realizado para llegar a nuestra tierra. Prefirieron esperar como una gentileza a su gente. —Me dio la mano para que me levantara. Un suave mareo me hizo agarrarme firme de su brazo—. Venga conmigo. La llevaré hasta su tienda para que pueda ponerse cómoda y, luego, la presentaré ante la consejera de la tribu.

Conseguí mirarlo tan seria como pude. Lo de ponerme cómoda aún estaba por verse. Era una occidental muy bien vestida para un pueblo que marchaba continuamente por el desierto. Pero eso de «señora» me las cobraría alguna vez. A rencorosa no me ganaba nadie.

Capítulo 8

KEL TAGELMUST («EL PUEBLO DEL VELO»)

La llegada de Iyad al campamento siempre causaba ese alboroto. Despertaba un júbilo distinto: risas y un ulular de lenguas marcaban su paso entre hembras felices de tenerlo de regreso en casa. Estaba visto que las mujeres lo adoraban, tanto jóvenes como ancianas.

Las más viejas veían en él su tremendo poder, el nuncio de sus mayores, la rebeldía de los caminantes del desierto a través de la historia. Proyectaban en el hijo de Bella el triunfo sobre sus enemigos. Glorificaban esa fusión de razas que les otorgase como premio a un indiscutido semental, noble guerrero y merecedor de su legado.

Iyad no ignoraba ese aprecio. Más aun, lo enorgullecía. Hacía un rito de su ingreso a la caravana luego de cada viaje. Su reencuentro con su hogar lo agradecía cumpliendo con las cinco oraciones diarias y besando su amuleto, con los versos del Corán escritos, que lo protegía de todo mal.

Desde niño expresaba su fe invocando el Shahada, al creer y confesar a Alá como su Dios y a Mahoma, su profeta. Entonces ellas veneraban su culto y lo acompañaban en su ritual de bienvenida.

Con el correr del tiempo, había aparecido su belleza masculina como un talismán. Estaban perdidas y lo adoraban sin tapujo. Imposible negar que se trataba del preferido de todas al momento de elegir con quién yacer. No obstante, el muchacho hacía sus elecciones. Había terminado siendo un honor contarse entre sus amantes.

La llegada de Raisha había sido un atentado a los pueriles sueños de más de una. Pero, al ser hijo de la líder, debía primar la armonía y el buen trato con todas ellas. Por eso se tomaba el trabajo de saludar a cada una en particular. A veces, tardaba horas en arribar a la tienda de su madre. Incluso, si se detenía en la de Raisha, podía extenderse hasta el día siguiente. La muchacha lo aguardaba ansiosa, y en especial si su marido no se hallaba con los suyos.

Ese día no sería diferente. Con una caída de ojos muy tentadora, ella le habló y se lo prometió sin palabras. Luego supo que su marido estaba de viaje; de otro modo, no se hubiese atrevido a salir a saludarlo. Él le sonrió y, de repente, se topó con la mirada iracunda de la reportera. El rostro, levantado hacia él, lo observaba tal como si supiera lo que había ocurrido entre los amantes. Era evidente que algo le molestaba de su actitud. ¿Estaría celosa? Ante la sola idea Iyad soltó una carcajada y salió al galope, lo que obligó a Carmen a recostarse otra vez sobre su

pecho, o acabaría en el suelo.

(Carmen)

Anduvimos un corto tramo hasta subir la loma de considerable altura que, rodeada de peñascos rocosos cubiertos apenas de una mustia vegetación, daba cierto cobijo a miles de tiendas asentadas en medio de la nada.

Fue recién en la bajada cuando alcancé a distinguir la inmensidad de ese pueblo vagabundo. Se me perdía la vista hacia donde la fijase. El suelo no solo estaba cubierto de tiendas de distintos tamaños, sino también de construcciones en barro que, por el humo, supuse serían usadas para cocinar. Un espacio alejado de la mayoría lo destinaban a los animales. Cabras, bueyes, camellos y asnos constituían lo más valioso de sus posesiones. Creí reconocer, además del caballo de Iyad, otro blanco impecable, con una silla lujosa y colorida a sus pies.

Entre las mujeres divisé una gran variedad de formatos de rostros. Una mezcla de pueblos que le daban una nueva identidad. De piel blanca y rosada, viraba a otras de un negro lustroso. La fisonomía también cambiaba, pero en todas podía reconocerse una singular belleza interior que las hacía brillar. Seguras de poseer un mundo entero a sus pies.

Una de ellas destacaba sobre las demás. Su cara me hizo evocar una muñeca rusa, salvo por el color de su piel amarronada. El cabello trenzado con una coloración de reflejos caoba. Sin saber muy bien por qué, sentí que perdía mi posición de privilegio ante Iyad. Hasta el momento había sido la única mujer a la que los hombres solían contemplar con cierta admiración. Y las había a montones. Pero esa joven despertaba en mí la emoción propia del conquistador desplazado, la del cazador que acababa de perder a su presa...

La joven bonita se había ido. Noté un intercambio de miradas con Iyad y supe que eran amantes. Más allá de mi condición natural por llegar siempre primera a cualquier parte, estaban las sensaciones que le provocaba a mi cuerpo el príncipe targui. Cuando me sorprendió mirándolo con mi peor gesto, no me pude contener y traté de alejarme de su amplísimo pecho. Él pareció comprender la situación. Me dolió terriblemente escucharlo reír como burlándose de mis sentimientos.

Se detuvo delante de una de las tiendas más lujosas que había visto. Las pieles que la cubrían brillaban al sol, y dentro se podía observar una refrescante oscuridad. La mujer que salió de ella a recibirme me impactó por su prestancia. Reconocí los rasgos de Iyad, de una hermosura muy particular y de un cutis tan blanco como el mío.

—Yemma... —lo escuché decirle. Enseguida la mujer comenzó a hablar en esa lengua intrincada. Él me tradujo algunas palabras, aunque seguramente no todas—. Mi madre se alegra de tenerte con nosotros. —Al verme asentir, prosiguió—: Espera que tu estadía con nuestro pueblo resulte de tu agrado y que, cuando les escribas a tus jefes, logres contarles sobre nuestra lucha constante por permanecer libres y no sobre una nación oprimida por quienes detentan el poder.

—Dile que le doy las gracias por su generosidad al recibirme. —Hablabla mirándola a los ojos—. Estoy segura de que será una gran experiencia para mí y le prometo que el mundo sabrá lo bien que me acogieron en su hogar.

Mientras iba traduciendo mis palabras, notaba como se ablandaba la expresión en los ojos de Bella. Su hijo tenía una mirada similar. Entendí que no habían logrado mantener buenos vínculos con otros occidentales, de ahí su natural desconfianza. De todas maneras, no quise agregar nada hasta comprender sus realidades. A veces, los conflictos iban más allá de tierras y religiones. El respeto debía ganarse de modos bien distintos según las diferentes etnias que habitaban ese lugar, tan alejado de los restantes países.

Perdida en mi análisis, descuidé mi atención. Comenzaron a llegar algunas mujeres que me observaban interesadas, pero sin aparente maldad. Me agradaron sus modos suaves al caminar. Parecían muy felices en ese lugar, donde faltaban aquellos elementos esenciales que, hasta el momento, no sabía cuánto empezaría a valorar como nunca antes lo había hecho.

—Ellas te acompañarán hasta la tienda que mi madre te ha dispuesto. Luego, alguna de las muchachas te acercará agua fresca y todo lo que necesites. En la medida de lo posible, tratarán de brindarte la comodidad que poseemos. Seguramente, notarás lo limitado de nuestro mobiliario... En fin, te irás acostumbrando.

—Está bien —dije, asintiendo con la cabeza, a la mujer que me observaba con detenimiento.

Me hubiese gustado hacerle muchas preguntas, pero supuse que no lo vería con buenos ojos. Debía proceder con cautela si deseaba sacar el mayor provecho de mi visita. Además, soñaba con poder bañarme de alguna manera, aunque daba por sentado que resultaría difícil, más después de haber escuchado esa especie de declaración que había recibido del hombre sensual. Si no fuese tan presumido, le sacaría una foto para mandársela a mi hermana Patricia en otro momento. Se le caerían las medias en cuanto lo viese. «Está para comérselo a bocaditos», me dije.

Por suerte, tuvimos que irnos y se me acomodaron un poco las ideas. Caminábamos entre gente que nos miraba tanto a Iyad como a mí. Supe, después, que muchos estaban en desacuerdo con mi llegada. Mis ojos se iluminaron al reparar en varias mujeres que cavaban en la arena. El agua comenzó a surgir de los pozos, y ellas emprendieron el llenado de sus vasijas. Su risa era contagiosa. Empezaron a cantar, más bien a tararear, y una calma arrulladora se posó en mi alma.

La tienda donde pude dejar mis pertenencias tenía una especie de catre y algunos utensilios para comer. A pesar de que el sol caía recto, seguía escuchando afuera un movimiento continuo de las mujeres que acarreaban el agua. Me tendí en la que sería mi cama por largo tiempo y cerré los ojos por un instante. No podía creer lo que estaba viviendo. Me hizo feliz pensar que, gracias a mí, el mundo sabría sobre esa gente maravillosa...

Raisha presintió su llegada. Hacía dos noches que la excitación no la dejaba dormir. Trataba de calmarse acariciando su cuerpo, pero solo conseguía aumentar el deseo de estar con él. Tenía ganas de verlo. Lo necesitaba. Estaba ardiendo por ese hombre y haría lo que fuese por poseerlo.

Hamous hacía más de un mes que no se encontraba en el campamento. En un primer momento, había estado con un chiquillo que la había perseguido hasta tenerla. Había sido divertido. Luego, había aparecido el hombre que haría de ella una mecha encendida. Sabía que el muchacho no se había resignado a ser un segundón y no debía perderlo de vista. Su marido tenía cierto encono contra su actual amante, pero, como Raisha no pensaba dejarlo, era necesario seguirle el rastro en todo momento.

Esa tarde trajo agua y se bañó con esmero. Puso detalle en perfumarse con la esencia de

ládano que su esposo le había regalado en uno de sus viajes. Un aroma cálido y almizclado se extendió por su piel—incluso allí, en ese sitio donde a él más le gustaba detenerse al recorrerla—, y logró una tersidad que sabía que al hombre lo enloquecía. Cubrió su pelo con un manto, ocultando también parte de su rostro, y se dispuso a esperarlo. Esa noche se amarían hasta la llegada de la primera luz, momento en que, como tenían los tuaregs por costumbre, los amantes regresaban a su tienda.

Lo oyó entrar y buscarla en la semioscuridad de su jaima. Ella descubrió su cabello y aguzó sus sentidos al verlo aproximarse. Él se echó con suavidad entre sus piernas y las separó dejando en claro lo que deseaba. El aroma de hembra en celo despertaba su pasión, abrumada por la pasividad de su tiempo en el desolado desierto.

Ella se quedó inmóvil, esperando. Su respiración agitada era el único sonido. Iyad alargó la mano hasta su vello púbico. Cuando introdujo dos dedos y, con el pulgar, comenzó a frotarla en círculos, la mujer exhaló un lamento. Raisha elevó sus caderas buscando más, ¡cuánto placer le daba! Hubiese deseado poder gritar, hacer vibrar su garganta describiendo el goce pleno de su cuerpo.

En el momento en que el joven reemplazó sus dedos por su lengua, no se pudo contener y un grito salvaje salió expulsado por la necesidad de colmar de gloria su orgullo varonil. Se sabían espiados. Hablarían de sus logros al día siguiente.

Las manos, con gran sensualidad, redondeaban sus pezones erguidos. Toda ella palpitaba rumbo a lograr la máxima satisfacción. Entonces, él la montó y comenzó a moverse alzándola con cada embestida...

Iyad ansiaba estar en su interior, había soñado con ese momento durante buena parte del viaje. Aunque, una vez que había conocido a la periodista, su compañera en el idilio cambió. Con movimientos certeros logró situarse de una manera para tenerla asida de las nalgas, para lograr profundizar su introducción. La penetró con fuerza e intensidad. Quería llegar. Lo requería con urgencia.

Perdida en su propio éxtasis, ella lo acompañaba. El corazón de ambos palpitaba con frenesí. El tiempo que habían estado separados reclamaba ese reencuentro. Fue entonces cuando él bramó y la joven quiso retenerlo. Iyad se salió con frustración, pero sabiendo que hacía lo correcto. Raisha lo sintió eyacular sobre su pierna. La muchacha lo entendía. De todos modos, no impidió que un instante de tristeza opacara la alegría de esa noche.

Chekkadh se despertó acalorado. La piel de la mano le ardía como si la hubiese estado frotando. Buscó su amuleto y lo apretó entre los dedos. Si algún *djinn*—un espíritu—iba tras él, poco podía hacer.

Luego, recordó su sueño y supo que la culpa la tenía esa mujer que lo despreciaba, que prefería yacer con el príncipe del desierto que con él.

Le faltaban algunos años para poder usar el velo que cubriera su rostro. Pero, para el resto, era todo un hombre. Decidió, en ese instante, que trataría de acercarse a la mujer que había llegado con Iyad. No le parecía tan atractiva como Raisha, lo que sí al menos molestaría a su protector.

Con esa idea en la cabeza, fue cayendo nuevamente en una duermevela que le hizo imaginarse al hijo de Bella montando a la esposa de Hamous. Las imágenes se iban sucediendo en su mente,

mezclada con sus propias vivencias y las veces que había estado espiando sus encuentros con el jefe de los hombres del camino.

Su cuerpo estalló sin poderse aguantar. Sintió que se mojaba y tuvo que cubrirse con su manto para no despertar sospecha por la mañana. Su familia pasaría cerca de él al levantarse, y esperaba no ser descubierto. La situación le molestó. Y le endilgó toda la culpa al hombre que, en esos instantes, ocupaba su lugar. Pero su venganza sería poderosa. La mano del gran Hamous se la cobraría por él.

Capítulo 9

FEDUDA

—Feduda... —llamó el joven que la aguardaba en los confines del campamento.

Su sombra se agrandó al traspasar los límites de las tiendas y adentrarse en los establos. Cada tanto, el silencio era interrumpido por algún graznido. La noche era plena y la luna iluminaba con la suficiente claridad como para descubrir el rostro acalorado de su amada.

—Marli... Estoy aquí—dijo ella al acercarse al hombre, que la miraba con dulzura.

Lo había aguardado desde que su padre la había dejado libre. Tuvo que mentir nuevamente para poder salir, o tenía que hacerlo con una de sus esposas. Las esposas... Era uno de los tantos males que Feduda debía soportar.

Él la miró con tanto amor que venció cualquier duda al respecto. Valía la pena hacer el sacrificio si el premio era ese hombre tan increíble. Y la amaba a ella, una pobre chica esclava de una familia demandante y con una pierna torcida.

Al instante, unieron sus manos y se miraron a los ojos. Se trataba de aquel que la había solicitado en matrimonio y había sido rechazado, aun poseyendo todo lo necesario y más, para hacerla feliz. Esa desidia solo Sidi Mohammed podía cometerla. Su crueldad respecto de ella era *vox populi* entre los que poblaban la caravana. Pero su riqueza acallaba cualquier intromisión. No era fácil meterse con él sin salir golpeado de alguna forma.

—Tranquila, mi padre volverá a insistir. Sidi Mohammed está equivocado si piensa que voy a resignarme a vivir sin ti.

Hamous era un rival a su medida. Como padre de Marli, insistiría hasta vencerlo, se lo había prometido a su hijo.

Desde que Feduda supo el interés del joven por ella, había tratado de comunicarle su sentir y la negativa de su padre. Habían logrado mantener cierto contacto en los encuentros habituales de las familias. Existían miradas sugerentes y, con el pasar de los días, iban surgiendo coincidencias y descubrimientos que los acercaba cada vez más.

Feduda, al principio, había recelado de los motivos del joven. ¿La riqueza de su padre? ¿Por qué habría de querer emparentarse con una mujer en sus condiciones pudiendo elegir la que deseara?

A pesar de las dudas, era imposible que la muchacha no asistiese a las citas. Con el tiempo se hicieron más osadas y permisivas. Los ojos claros de Marli le recordaban a Feduda la arena caliente del desierto. Su atractivo derribaba cualquier defensa autoimpuesta. Al igual que su

amigo Iyad, su amado integraba la milicia del movimiento por la liberación de su pueblo. Vestido con su turbante y su manto azul oscuro, despertaba el embeleso de las jóvenes del poblado, incluida Feduda. Su montura, tan blanca, se destacaba cuando lo veía galopar tras la huida del sol, que en un instante lograba desaparecer y dejaba sus vidas sumidas en una profunda oscuridad.

Él tomó sus manos y se las besó. Luego, la acompañó hasta un reparo donde lograron sentarse a conversar. Si ella hubiera sabido desde cuándo la quería, no habría estado temerosa de sus sentimientos. Alcanzaba a leer la incertidumbre en sus ojos y le dolía su recelo.

—Mi padre no cederá... —habló compungida—, prefiere tenerme en su casa ocupada con sus mujeres. No necesita camellos. Nunca nos dejará en paz.

Lo había estado pensando y no veía una posible respuesta satisfactoria a esa relación.

—Si te animaras...

Con su silencio Feduda reconoció entender sus palabras. Le sugería que desafiaran a Sidi Mohammed y se casaran después de todo.

—Lo haremos. Será como tú digas.

La decisión y coraje de la joven lograron conmovirlo. Sus ojos se llenaron de ternura.

—¿Estás segura?

Había tanta emoción en sus palabras que la muchacha le acarició el rostro barbado con devoción.

—Tenlo por cierto. Por ti haría lo que fuera...

Marli amaba a Feduda desde que la había conocido. Eran niños cuando se había peleado con otros ante su ataque. Ella era tan dulce y delicada. Él no veía su cojera, solo su rostro amoroso y con una sonrisa que le recordaba imágenes que su madre cristiana solía mostrarle. La joven era algo mayor que él y no parecía interesarle su defensa.

Siendo apenas un adolescente, se había jurado que sería suya. Por eso, cada vez que alguno la observaba por demasiado rato, hacía lo posible por desalentarlo. Si la joven hubiese conocido la verdad de su amor, no habría pensado que nadie se interesaba por ella. La mayoría había descubierto los sentimientos de Marli, menos Feduda.

Al crecer y hacerse hombre, era su imagen la que lo acompañaba en las noches de recorrida por las dunas. Más de una vez, le había quitado el sueño pensando cuánto faltaba para que su padre le hiciese caso y lo propusiera como marido ante Sidi Mohammed.

Fue el momento que eligió para declararle lo que sentía, la inmensidad de su cariño y que nunca se arrepentiría de hacerla su esposa.

—Mujer..., quiero que te enteres de lo infinito de mi amor. No descansaré hasta que seas completamente mía. Y si eso significa que escapemos juntos, así será.

Feduda lo miró parpadeando tras un torrente de lágrimas que pugnaban por salir. Jamás hubiese supuesto que aquel muchachito, al que supo haberlo visto espiándola, devenido en un magnífico ejemplar masculino, sintiese tanto por alguien tan simple como ella.

—Voy a pedirle a Iyad que interceda por nosotros.

—¡No...!

El modo en que Marli respondió a su propuesta la desconcertó.

—¿Qué sucede? Iyad es mi amigo. Es el único que puede ayudarnos ante mi padre...

La razón por la que Marli desconfiaba del hijo de Bella era bastante intrincada. Su fama de seductor transcendía al grupo de mujeres. De imaginársela con él, una furia demencial se esparció y nubló sus sentidos. Reaccionó de un modo que la asustó. La tomó por los brazos y le habló

frente a su cara:

—Lo haremos a mi manera o nada.

Cuando lo vio retraerse y soltarle las manos, Feduda lo trató de calmar.

—¿De qué hablas? —lo interrogó sintiendo que se estaba perdiendo de algo.

Él no se comportaba así.

—No quiero que te veas con él. Más aún, te lo ordeno...

La mirada de Marli se oscureció y la muchacha se sintió herida.

—Entonces, dejemos las cosas como están. No parece ser el hombre que yo pensaba. Iyad es mi único amigo. Jamás me atrevería a verlo de otro modo. Si no lo ves así, será mejor que olvidemos toda esta locura...

Cuando ella quiso irse, Marli la apretó contra su pecho. La besó como nunca y Feduda comprobó su desesperación al suponer que la perdía.

—No... Espera, de verdad lo siento. Quizás exageré...

La joven se sonrió.

—¿Quizás?

A medida que notaba la mirada de preocupación en los ojos de Marli, entendía que eran los celos los que no lo dejaban ser justo. Por suerte, captó enseguida los sentimientos de su amado, y supo que era su amor por ella y pensarla con otro lo que manejaba sus emociones.

—Está bien. Es que sé lo que provoca tu amigo en las mujeres y tengo miedo de perderte.

Por fin lo había dicho. Y ella estalló en una carcajada.

—Ay, mi amor... ¿Puedes creer a Iyad fijándose en mí? Tiene la mujer que desee...

—¡Pero no la mía!

—Claro que no —dijo la joven mientras se colgaba de su cuello—. ¡Qué tonto eres! Nada ni nadie puede quedarse con «tu mujer» —habló remarcando las últimas palabras.

Fue el comienzo de un desencadenante de besos ardientes y unas manos que buscaban atravesar el vestido de ella y el manto de él. La necesidad de tocarse era mutua. Y no tenían pensado quedarse con las ganas. Con sumo cuidado, Marli la recostó en su túnica y la muchacha lo dejó hacer. Quería verlo feliz. Darle todo lo que pedía a cambio de ser su mujer. Tenerlo en su interior fue la gloria misma y un momento que jamás olvidaría.

—Oh, cariño. No sabes cuánto esperé este momento...

Feduda lloró en silencio. Jamás terminaría de darle las gracias a Alá por ese momento. Y a Marli por haberse fijado en ella y salvarla de la soledad a la que la había condenado su padre.

Ya aliviados, mientras su brazo contenía a Feduda, Marli confesó su verdad.

—Tienes razón. Mis celos nublan mi entendimiento. Te pido perdón... Pero no me dejes nunca, por favor.

—¿Y cómo crees qué podría hacerlo? Oye, mi vida, con Iyad nos queremos como hermanos. Si en alguien puedo confiar con total certeza de que no va a traicionarme, aparte de ti, es en él. Hará lo que esté a su alcance por ayudarnos.

Al escucharla, el corazón de Marli se aceleró. Ella le pertenecía, como siempre había soñado. Su boca buscó, entonces, la de su amada. No pudo ser todo lo tierno que hubiese deseado. Todavía no. La angustia formaba parte de sus emociones. El beso fue duro, marcó territorio. No podía compartirla con nadie. Y a pesar de reconocerle su punto de vista, no le gustaba que Iyad fuese tan transcendental en su vida. Comprendió que, si Feduda notaba su inseguridad, se enojaría, por lo que se prometió aprender a no ser tan transparente respecto de mostrar sus sentimientos.

Feduda no deseaba verlo enojado. Entonces, venciendo su timidez, se puso en puntas de pie y lo besó. Cuando Marli reaccionó, la acarició con dulzura. Ella respondió de un modo femenino e inocente. Él adoró esa manera tan cálida de tratarlo, de traerlo de vuelta de su enojo. Por eso, después, se permitió recorrerla con suavidad, tomándose su tiempo en aquellos sitios que, sabía, lograban despertarle un gemido, temblar de emoción.

Su amor lo hacía poderoso, y pensó que iba a necesitar ser fuerte. La jovencita aún no tenía ni idea, pero faltaba poco para que los hombres del movimiento por la libertad estuviesen otra vez defendiendo a su gente.

La muchacha suspiró al comprender que lo peor había pasado. Ocupada su cabeza en buscar la manera de acercarse a esos hombres que tanto le importaban, no llegó a notar el instante de angustia en la mirada del joven. Y fue mejor. Sería otra carga más a la que su padre les imponía por su egoísmo desmedido.

En parte, le agradó ser querida con tanta pasión. Alguien tan insignificante como ella despertaba, en el soldado de la arena, un sentimiento tan intenso. Pero estaba interesada en lograr que Marli e Iyad llegaran a conocerse. Ambos eran buenas personas y podían ser tan leales que valdría la pena fomentar esa amistad.

Se dio cuenta, entonces, de que tenía que marcharse si no quería que su padre se enterara de su demora y empezase a buscarla.

—Debo irme...

—¿Tan pronto?

Para él siempre era poco.

—Mi padre comenzará a sospechar —contestó la joven mientras le acariciaba la barbilla con suavidad—. Le dije que visitaría a una de mis tías, hermana de mi madre, que sabe lo nuestro. Puede, incluso, hasta que salga a averiguar...

—¡Esto debe de terminar!

—Y será así —selló ella, que tocó su rostro para calmarlo.

Él cerró los ojos ante el efecto que provocaba su caricia. La deseaba tanto... Su alma le había pertenecido desde siempre y su cuerpo, apenas había descubierto las exigencias varoniles.

—Pronto. Por Alá.

Su afirmación la acompañó con el gesto.

Ella sonrió antes de cubrirse el cabello con su manto y atravesarlo para ocultar su cara. Marli la siguió con la mirada hasta verla desaparecer entre las tiendas. Su pecho se hinchó de emoción al saber que le correspondía. Por años había tenido sus reservas al sentirla tan unida al hijo de Bella. Pero, de ser honesto, jamás había llegado a sus oídos otra versión más que la amistad mantenida. Iyad la defendía tanto como él. Se burlaban de su pierna lisiada. Él, simplemente, la amaba.

Capítulo 10

NIDO DE SERPIENTES

La mujer escuchó el diálogo entre Osmar y Elena. Sin un ápice de vergüenza, se preparó a atacar. El lugar dejado por Carmen venía siendo ocupado alternativamente por variadas figuras. Era hora de que le permitiesen actuar.

Dos segundos más y la puerta se abrió para dar paso a una Elena desencajada. No entendía cómo se le había ido todo de las manos. La joven bajo su ala estaba en un sitio remoto, y resultó que se hablaba de rebelión, lo que, con el paso del tiempo, podía acabar siendo una guerra sin fin.

Ese día Ornella se había vestido para alentar la mirada masculina del plató. Para nadie pasó desapercibida su intención. Iba al ataque. La batalla por ocupar cada sitio dejado por Carmen implicaba un nuevo desafío para la muchacha. El más hercúleo de todos sería quedarse con las atenciones de Osmar, quien ya la habría rechazado en varias ocasiones, antes de la llegada de la joven argentina.

Ornella esperó un momento y entró en la habitación donde Osmar, después de servirse un whisky, hacía memoria de la última vez que había tenido a Carmen en sus brazos. Había sido unos días antes de su marcha. La idea del viaje la tenía excitadísima. Con poco había logrado llevarla a la gloria en un encuentro inolvidable. Cerró los ojos y revivió el placer del rostro acalorado y de una tonalidad diferente a su palidez habitual. Y lo había conseguido él, luego de amarla con pasión, con rebeldía por aceptar sus exigencias a pesar de no desearlo. Pero el amor era así...

—Hola...

Cuando él abrió los ojos, por un instante pensó que sus sueños se harían realidad. Al ver de quién se trataba, volvió a cerrarlos, cansado.

—¿Qué quieres?

Sabía que no estaba siendo muy educado, pero deseaba estar solo. Llevaba un rato bebiendo y su mirada estaba algo turbia. Aun así, cazaba al vuelo cualquier insinuación. La mujer lo venía provocando hacía meses y él prefería ignorarla. No quería enemistarse con Carmen por un instante de placer.

—Dime, ¿qué deseas? Sabes que no eres santo de mi devoción...

La mirada de ella resultó inconfundible.

—Vamos..., como si no los supieras.

Mientras lo decía dio una vuelta a la llave de la puerta y, con una cadencia pausada, comenzó a desvestirse. No llevaba sostén, por lo que sus pechos se deslizaron pesados y tentadores, y atrajeron la mirada de su jefe.

Osmar la observaba sin ningún asombro. Se trataba de una mujer hermosa, ¿quién podía dudarle? Solo era cuestión de tiempo para que sucumbiese a sus encantos. Y más, borracho. El hecho estaba destinado a acontecer de todas formas, porque la conocía lo suficiente para entender que no cejaría en su empeño por avanzarlo. No sería él quien lo contuviera. Para nada. La chica necesitaba darse cuenta por sí sola que no era Carmen.

De un manotazo barrió con todo lo que había sobre la mesa. Una mirada cargada de deseo lo acompañó hasta la joven desnuda; la alzó y la acomodó en el escritorio donde más de una vez se habían concretado negocios millonarios. Su mano buscó la entrepierna y, al notarla húmeda, se sonrió y fue derecho a su pantalón. «Ah...», la escuchó gemir. Cada cabeza elucubraba ideas distintas. Ella, convencida de que, a partir de ese momento, pasaría a ser la nueva compañera del jefe. Él se cuestionaba cómo fue que terminó cayendo tan bajo.

Chekkadh no dejaba de maldecir su suerte. Los varones de su pueblo, habiéndose percatado de su caída en desgracia con Raisha, no cesaban de hacerle bromas al respecto. Si bien no tenía nada en contra de Iyad, pensaba tomar venganza de la pequeña zorra.

El gran Hamous Ag Ansar bramaría de furia al enterarse de a quién le otorgaba sus favores su esposa. Le guardaba un cierto encono al hijo de Bella desde una vez que los había enfrentado una discusión sobre la cantidad de hombres que se sumarían al movimiento independentista. Hamous pretendía desgüarecer la caravana enviando a la mayoría de los jóvenes a la lucha. El primero que se había rebelado fue Iyad. Sus motivos eran tan razonables que la votación final había sido unánime y el jefe de los caminantes había quedado con la vena del cuello que le latía desbocada.

«Cuida a tu hijo, mujer», había bramado antes de abandonar el recinto donde se había llevado a cabo el encuentro.

Todos lo habían observado molestos y hasta alguno había hecho mención a su falta de criterio. A nadie le quedaban dudas de que, primero, estaba el destino de la caravana. Los tuaregs protegían con la vida la posibilidad de continuar errando por la tierra que, para ellos, le pertenecía por herencia. Pero no formarían parte de un ejército con una bandera política que buscaba adueñarse del poder. Se decía de Ansar que había alcanzado ciertos acuerdos que, a la fecha, lo comprometían con algunos jefes aliados.

Más tarde la propia Bella había hablado con Iyad pidiéndole que estuviese atento. Ansar no era hombre habituado a perder, lo tendría entre ceja y ceja. Y luego había surgido ese romance de su hijo con la esposa de Hamous. Era algo a lo que debía ponerle fin para evitar una guerra en su propio campamento.

Los rumores integraban el diario hacer de las familias, que cumplían la función de difundir información necesaria. También, junto con ellas, viajaba lo que formaba parte de la vida de las personas y lo sabroso del chisme. Chekkadh decidió, ese día, que él sería quien le contaría, con detalles, del amorío de Raisha a Hamous. No implicaba una falta dentro de la tribu, pero, conociendo al jefe targui, no se la dejaría pasar, en especial a Iyad.

Decidió que los hallaría de camino hacia el campamento. Y si se lo permitía, colaboraría con

la justa reparación contra Iyad por fijar la vista en quien poseía dueño. Esa misma madrugada, se adentró guiado por las estrellas y, a escasos kilómetros, dio con la partida que regresaba feliz de haber hallado el sitio que buscaban.

Descubrir a Chekkadh puso un gesto de sorpresa en sus caras. Luego, de temor. ¿Qué podía motivar al joven a salir tras sus pasos?

—¿Atacaron la caravana? —preguntó uno de los hombres antes que ninguno saliese del estupor.

—No es eso. Tan solo traigo un mensaje para Hamous de su esposa.

Sus palabras produjeron más emoción que si se hubiese sabido que el campamento estaba ardiendo.

—¿Desde cuándo la confianza de llamarme por mi nombre? —preguntó el jefe del grupo, con una cara que daba miedo—. Ansar... Gran jefe Ansar para ti. Y ahora dime, ¿qué tienes tú que hacerle de mensajero a mi esposa?

Sin duda la noticia no había caído bien en el marido. Cuando vieron que caminaba sigiloso a interceptar al muchacho, algunos se adelantaron a contenerlo.

—Déjalo estar, Hamous. Nunca fue muy pillito desde niño. ¿Le harás caso a lo que te diga este ladino?

La mayoría sospechaba que de esta visita no saldría nada bueno. Pronto se corrió la voz de que la joven mujer del caminante estaba insatisfecha. Lo que nunca se había pensado fue que, a pesar de la diferencia de edad entre Ansar y su esposa, eso iba a ser un problema. Años de fertilidad hablaban de su poderío como semental, pero no podía competir con la juventud y atractivo de aquellos que lideraban la lista de amantes más solicitados. Por eso se imaginaron la furia que levantaría en Ansar cualquier comentario del muchacho.

Hamous lo tomó de un brazo y lo llevó hacia un aparte. El resto se dispersó comprendiendo que era mejor no estar cuando hablaran del tema.

—Dime lo que trajiste para mí.

A Chekkadh el miedo lo hizo dudar. Pero era más el odio que le inspiraba haber perdido su lugar en la cama de la mujer.

—Raisha tomó por amante a Iyad.

Estaba dicho. Que hiciera lo que deseara. El esposo, primero, se puso pálido. Luego, casi sin esperar, comenzó a descargar su enojo contra un Chekkadh que no atinó a defenderse.

—Mentiroso... Eso no es verdad.

Mientras gritaba intentaba golpearlo. Los demás, al escuchar los lamentos del joven, tuvieron que ir a socorrerlo y trataron de calmar al desquiciado Hamous. Eran tres los que lo contenían para que no se le fuera encima al asustado muchacho.

Apenas lograron sosegar a Hamous, se soltó de la presión de sus hombres.

—Nos marchamos —ordenó sin cavar.

Muchos no estaban de acuerdo. Aún restaba camino y los animales debían descansar. Igualmente, nadie se atrevió a contradecirlo, era como meterse en las fauces de un león.

Mientras cerraba la fila de hombres que cruzaban el desierto, Chekkadh se preguntaba si había hecho lo correcto. La reacción de complicidad que había esperado del viejo nunca había ocurrido. Todo lo contrario. Se la había tomado contra él, y lo había tratado de mentiroso.

Por un momento, hasta pensó en no continuar junto a ellos y seguirle el rastro a un grupo de caravanas que se alejaba de las demás. Seguro su jefe iba tras otro destino. Al primer intento de mover su montura, sintió una mano que se cruzaba y la mirada fiera de uno de los veteranos de

los caminos que le impidieron desviarse.

—Tú comenzaste con esto... Repetirás cada palabra ante nuestro pueblo.

Chekkadh quedó más que convencido de que había cometido un grandísimo error.

Capítulo 11

LA ESPÍA

(Carmen)

«Que el hábito no hace al monje», diría mi madre, nunca mejor usado que para esa ocasión. Había logrado acostumbrarme a algunas prácticas, las más arraigadas y necesarias, ya que deseaba formar parte del mundo de los tuaregs. Como tomar un té caliente a pesar de sentir que, por dentro y por fuera, me estaba derritiendo. Pero tienen otras. La leche de camella recién ordeñada constituye un placer para este pueblo. Hasta el tecito, llegaba. Lo otro se los quedaría debiendo.

El agua es una de sus mayores posesiones. Elemento vital e imprescindible. Se cuida. Su uso está digitado para cada ocasión. «Ay, Carmen —me dije—. Olvídate de esos baños que a ti tanto te gustaban». Me los tuve que saltar a cambio de una lavada concienzuda. Mis lociones y perfumes —obvio que también había traído algunos muy cítricos, no era tan sonsa— igual me resultaban tan nauseabundos que acabé utilizando un emplasto de vegetales usados por las lugareñas.

Había tomado como hábito sentarme a observar cómo amanecía ante la presencia diáfana de un sol inmenso que iluminaba hasta el lugar más profundo y secreto. Muchos niños jugaban felices y las mujeres, bajo la sombra de la tienda grande, se reunían a conversar y filosofar. Sí, lo que les digo. Hablaban sobre la vida misma...

Al principio, hacían silencio al verme llegar. ¡Como si pudiese entenderlas! De a poco conseguí que una de ellas, que hablaba español, me ayudase traduciendo algunos vocablos. A pesar de mi capacidad para las lenguas extranjeras —incluso sabía algo de ruso—, me costaba pronunciar sin que estallaran en sus carcajadas refrescantes, para esta mujer acostumbrada a una existencia tan contaminada. Hermosas, bellas mujeres, orgullosas de serlo y de defender su postura ante los demás. Eran quienes manejaban la casa y protegían la familia.

Se trataba de una tarde agobiante. La peor de todas las que había pasado. Apenas se escondió el sol, sentí la necesidad de salir a caminar. El suelo desprendía, todavía, el calor acumulado. Irónicamente, apelé a mis botines con una pieza de goma en su base. Lo primero que había aprendido al llegar a este exótico lugar fue a combatir el ardiente clima de la forma menos coherente. Aislando mis pies de la arena caliente, estaba mejor. La noche se acercaba, lo que daba un respiro que se disfrutaba a pleno.

Sin darme cuenta fui alejándome del apiñamiento de tiendas. La luna comenzaba a asomarse

con la luz necesaria para poder moverme con cierta soltura. Un tropezón inesperado y sentí que caía torpemente al suelo. Maldije por lo bajo y, cuando me disponía a levantarme, los escuché. Llegó hasta mí un sonido tan sensual que mi cuerpo se tensó al instante. Volví a caer y opté por quedarme quieta, tratando de enterarme de lo que ocurría.

A través de una rotura de la jaima, alcancé a distinguir a una pareja desnuda. Las ventanillas de mi nariz aspiraron buscando aire. Los observaba danzar en una cópula increíble, de una belleza absoluta; se movían cadenciosos y en perfecta armonía. Si bien no se veían sus rostros, podía apreciar la satisfacción que expresaban con gemidos y el ronco bramido ante el placer que les proporcionaba lo que hacían. Ella se elevó y el hombre la sujetó por las caderas para dejarla moverse a su gusto; buscaba prolongar el desenlace. La culminación estaba cerca, pero su control les daba más tiempo para saborearlo.

La mujer comenzó a sacudirse y a gritar con más apremio, y entonces el joven la volvió a recostar y aumentó las pulsiones dentro de su cuerpo. Acto seguido, los dos gritaban y ella, en un agónico final, aulló su nombre.

Fue entonces cuando yo también grité, imaginándome ese mismo goce en cada ramificación de mi cuerpo, y él se volvió, buscó entre las grietas de la tela por donde la luna filtraba su luz, y me halló tan tiesa y sin manera de escabullirme. Su mirada, salvaje por lo ocurrido, logró paralizarme del todo. Sus ojos me observaron a través de la misma hendidura por la que había podido presenciar la escena. Una sonrisa tan sedienta como lujuriosa me hizo ponerme de todos los colores. Me había reconocido. La peor voyerista de la historia, la que no consiguió quedarse callada. Lo primero que hice fue levantarme a los tropezones. Lo segundo, salir corriendo como alma que se la llevaba el diablo.

Iyad salió de Hennu con mucha calma. Unos metros más atrás, separados apenas por un cuero de cabra, dormía su familia. Ellos estaban al tanto de su visita, pero hacían oídos sordos a lo que oían mientras que el joven se marchase cuando estaba previsto.

Al verlo que se movía como para irse, la mujer lo interrogó:

—¿Te marchas? Pero si todavía es temprano...

—Debo prepararme para el gran viaje. Tengo que descansar antes de que salga el sol.

La muchacha aceptó la respuesta a regañadientes. Supuso que eso no terminaba con una sola vez. Sabía que el hombre era insistente, pero no le retrucó. Siempre habría otra oportunidad si lo dejaba irse sin reproches. Por la mañana estaría en boca de todas que había yacido con ella, y con eso le bastaba.

Iyad salió apenas vestido. Lo terminó haciendo de camino. Tenía en la cabeza una sola idea y no pensaba echarse atrás. Por eso siguió hasta donde se bifurcaba la senda de jaimas y se halló ante el sitio dispuesto para Carmen. El hecho de estar un poco aislado del resto le permitió jugar con su imaginación. Si estaba dormida, él le daría un despertar que jamás olvidaría...

(Carmen)

Después de lo vivido, creí que no lograría conciliar el sueño. Y si lo hacía, él estaría presente y yo, en un limbo celestial.

A pesar de todo, la caminata me cansó porque, al rato de estar recostada, sentí que lograba entrar en el trance previo a dormirme. No tardé mucho en comenzar a tener la mente poblada de imágenes por demás eróticas, cargadas de figuras que se retorcían de placer. Mi cuerpo se tensaba ante las sensaciones que, por cierto, hacía meses que no tenía.

Aprecié la crudeza de su barba apoyada en mi ombligo y su lengua. ¡Dios bendito!, iba acercándose con total calma hasta lamer mi centro. Sus manos ayudaron a separar mis piernas y, aunque muy flojas, las ubicó sobre sus hombros, antes de hundir su cabeza en mi interior con tal voracidad que no pude dejar de emitir un sonido tan desconocido por mí que me llevó a abrir los ojos y reconocer que no soñaba. Frente a mí estaba el hombre de mi tremendo sueño desenfrenado. Y esa mirada azul, que tanto alababa, brillaba cual dos zafiros por el deseo de cumplir lo que se había propuesto.

Hizo de mí una masilla blanda y preparada para recibir lo que quisiese darme. Elevé mi pelvis para aumentar su llegada y comencé a restregarme contra esos labios tan suaves como pecaminosos, a los que añoraba besar. No me importaba nada. Lo único que rogaba era que durase hasta el infinito.

Pero sabemos que no sería así. Aún jadeando y luego de sacudirme como posesa ante un orgasmo descomunal, sentí su miembro endurecido entrar en mi carne empapada por el placer recibido y con creces. Ya despierta del todo, continué moviéndome a su ritmo y acabé nuevamente. El sonido que tanto me había subyugado lo escuchaba junto a mi oído. Estaba convencida de que se trataba del mejor sexo que había tenido en toda mi existencia y, también, de que después de esto mi vida pasaría a estar bien jodida.

Bella contempló un largo rato el sitio donde le habían contado que dormía su hijo. Los descubrió mirarse con demasiado anhelo. Era una cuestión de tiempo que eso ocurriera. Él la había deseado apenas la había visto. Se trataba de algo distinto a todo lo acostumbrado. Incluso la fulani había dejado de atraerle cuando la había conocido. Pero no podía permitir que el hecho trascendiera. Por eso se quedó pensando en lo que hablaría con Iyad.

Cada vez le resultaba más difícil tomar una decisión al respecto. Iyad, su indómito Iyad, no acataría sus órdenes aunque se pusiera firme. Desde niño había renegado por su condición de único hijo varón de una de las mujeres más importantes de la caravana.

Escuchó voces a su lado y advirtió el regreso de los hombres del camino, aquellos que salían a buscar un mejor lugar para yacer con sus animales. Se imaginaba que, en su ignorancia, el jefe Hamous vendría a pasarle el parte enseguida. En el peor de los casos, se enteraría de las andanzas de su esposa y, o bien mordería el polvo aceptando que no había nada que hacer, o buscaría interceder por la participación de Iyad en su desgracia.

Cuando vio descender a un Ansar completamente exacerbado, que se adentraba en la tienda que compartía con su esposa, agradeció saber dónde se hallaba su hijo. Por un momento, hasta pensó en asegurarse de lo que le habían dicho. Pero la fuente jamás le había fallado.

De repente, escuchó gritos y Raisha, que salía disparada hasta chocarse con ella, tenía los ojos colorados y un miedo descomunal.

—Quiere matarme... —confesó ocultándose detrás de Bella.

En eso vieron aparecer al marido. Su rostro se había transformado en una máscara maléfica. Lo único que la salvó de que no acabase con la vida de la muchacha fue haberla encontrado durmiendo en soledad.

—Dime, mujer, ¿tienes idea dónde está tu hijo? ¿Piensa esconderse por mucho tiempo más?

El tono del hombre la incomodó. Bella sabía que habría problemas, pero la obsesión de Hamous por Iyad iba más allá.

—Mi hijo no es de los que se esconden. Por cierto, si te interesa saber dónde está, comparte el lecho con la periodista. Quiero agregar en su favor que, siempre que yace con otra mujer, lo hace por haber sido invitado. Por otra parte, no es el modo en que tú debes dirigirte a mí, aun tratándose de mi hijo. Esto lo hablaremos con el resto de los jefes.

—Que así sea —respondió Ansar sin quitarle la mirada.

No permitiría que la hembra se saliera con la suya. Estaba al tanto de su posición, pero él también podía conseguir ayuda de la familia de su esposa y ya vería de qué modo le hablaría.

Refunfuñando se introdujo nuevamente en su tienda, antes de echarle un último vistazo a Raisha, que continuaba oculta.

—Por esta noche permanecerás conmigo —le habló Bella a la muchacha—. Mañana decidiremos qué hacer. Lo que debe quedarte en claro es que mi hijo no volverá a tener nada contigo. —Entonces tomó su rostro con una mano y la miró directo a los ojos—. ¿Lo has entendido? Tengo otros planes para él y no es con una fulani con quien pienso emparentarme.

Raisha no podía dejar de llorar. Enterarse de que Iyad estaba con la extranjera caló más hondo en ella que cualquier desagravio que hubiese intentado su marido. La odiaba con todas sus fuerzas. Ambos tendrían que vérselas con una mujer celosa y despechada. Pero, primero, pediría el divorcio. Su esposo había querido matarla sin causa, pues la joven no había hecho nada en contra de las leyes de su pueblo de acogida. Sabía que bastaba como motivo suficiente para tener a todos los jefes a su favor.

Capítulo 12

SEDUCIDA

(Carmen)

Luego de haber pasado la noche con él, me desperté sola y con una sensación extraña. Por un instante imaginé que realmente lo había soñado. Pero estaba desnuda y mi piel, cargada de caricias y de besos lánguidos que recordaba como ciertos.

Mi corazón se detuvo cuando vi el rastro azul dejado por su ropa sobre la tela de mi cama. El tinte añil delató su presencia en ella y suspiré agradecida por que no hubiese sido solo mi imaginación. Daba las gracias por descubrir la muestra de que había estado un hombre cubierto con su túnica o gandores. Ese hombre que, por momentos, había llegado a enloquecerme.

Me vestí y salí a buscar agua hasta donde se hallaban los pozos. Me detuvo verlos abrazados. Raisha e Iyad, escondidos tras una carreta. Ella lloraba sin consuelo, apretada contra ese pecho que me había entretenido acariciando gran parte de la madrugada. Cuando la vi besar sus labios, creí morir; algo se rompió en mi corazón.

¿Cómo pude haber creído que su ardor se calmaría solo conmigo? ¿Tan ilusa había sido? «Iyad es de todas y de ninguna», pensé. Y siempre sería de ese modo. Si no aprendía la lección, sufriría un duro golpe cada vez que lo viese junto a una mujer. Y eran muchas las candidatas.

Fue mi culpa no haber entendido su lenguaje emocional. Ellos no se comprometen de igual manera que lo hacemos en Occidente. La sexualidad es vivida como un acto cotidiano. Lo que me hizo sentir aún peor fue reconocer que había puesto en juego mis sentimientos en un momento que, para él, no significaba nada. Una inocente por creer que había conquistado al hombre más seductor del campamento.

Por suerte, no me lograron descubrir. Regresé a mi tienda con el alma por el piso. Me tiré sobre el sitio que habíamos compartido y sollocé sin consuelo. Debí haberme dormido porque desperté acalorada por la ropa que aún conservaba puesta. Pude mirarme en un pequeño espejo de mano. Los ojos hinchados delatarían mis lágrimas y no lo iba a permitir. Por lo pronto, me quedaría donde estaba. Contra todo pronóstico, aguantaría el medio día en mi sitio y recién saldría nuevamente cuando calmara la temperatura.

Aproveché el tiempo para escribir parte del informe que remitiría a Osmar. La producción fue bastante puntillosa respecto de lo que esperaban de mí. Cada nota tendría como aliciente descubrir ese mundo tan distinto al nuestro, pero con una mirada occidentalizada, algo que costaba más aceptar. Ser imparcial, enamorada de uno de ellos, no resultó mi mejor decisión.

Quizás, el trabajar bajo tanta presión y a más de cuarenta grados me llevó a estar muy cansada. Cuando me quise acordar, había vuelto a dormirme, y el viraje climático entre la mañana y el comienzo del atardecer me destempló el cuerpo hasta hacerme tiritar. Me desperté escuchando su voz.

—Ven, déjame que te tome, quiero abrazarte...

Las palabras sonaron como un bálsamo a mi corazón herido. No pensé en nada y me lancé a sus brazos. Sentí cómo se tensaba al cobijarme. Me apretó contra su cálida piel y me acercó a un pequeño fuego que ardía a pasos de mi puerta. Estaba helada. Me cubrió con una manta. Todavía no había conseguido adaptarme del todo a los cambios bruscos de temperatura entre el día y la noche. Cuando calculó que me sentía mejor, me llevó nuevamente a la tienda.

Con total conocimiento de lo que hacía, me recostó en mi lecho. Llevó mis manos hasta colocarlas por encima de mi cabeza e indicó con la mirada que debían quedarse ahí. Luego, percibí que circundaba uno de mis pechos, lo que hizo que mi pezón despertase. Nuestras respiraciones aumentaron el ritmo. Entonces, empezó a tomar posesión de mi boca de una manera exquisita. Sin dejar de acariciarme, sostuvo mi nuca para profundizar la llegada a toda ella. Torturaba mi cuerpo, depositaba besos efímeros en mis labios hambrientos. Jugaba con ellos. Los mordía y me azuzaba, mientras su palma abierta giraba sobre mi seno.

La necesidad de más me obligó a gemir iniciando el reclamo. Sin quitarme el abrigo, calentó su mano frotándola contra su pierna y comenzó el avance lento por todo mi ser. Lo sentía agradecido por aquello que descubría. Me destapó una parte de mi ropa y acarició mi otro pezón antes de lamerlo, degustarlo y recorrerlo con su lengua. Me arqueé al sentir su bulto presionando con fuerza mi cadera.

Perdida en un mundo de pasión, solo buscaba alcanzar ese estado tan anhelado desde la primera vez que lo había visto gozando con la mujer de otro. Analicé mi perversión como parte del encanto de una raza con ideas distintas. Si mi padre supiera en dónde acabaron sus enseñanzas del respeto por la familia, se habría horrorizado.

No creí que él se imaginase lo que pasaba por mi cabeza. Solo supe que grité al sentir sus dedos dentro de mí, entrando y saliendo hasta un punto y volviendo a deslizarse en mi interior. Rogué por que no parase de hacerlo. Su pulgar hacía maravillas en mi centro, y descubrí que iba a estallar. Cerré los ojos ante la inevitable urgencia de aislarme y concentrarme en la demanda de mi cuerpo. Entonces sentía como me alzaba y ubicaba en un revoltijo de mantas y se subía para acoplarse a mis movimientos.

Entró en mí un total conquistador. Empezó a agitarse a un ritmo lento y sensual, el que acompañé completamente sumergida en él. Su sonrisa de dientes blancos destacaba sobre ese rostro que, de tan hermoso, despertaba en mí una lujuria profana. Estaba con el más espectacular de los machos de la especie y disfrutaría cada instante.

—¿Estas bien? —me preguntó luego de habernos sentido transportados a otro momento.

Ambos habíamos entendido esa conexión particular que tienen ciertos privilegiados como algo único y supimos sacarle provecho. Su gemido ronco y varonil le avisó hasta al último integrante de la tribu lo que su príncipe había estado haciendo. Mentiría si no reconociese mi orgullo. Era yo quien había logrado tal prodigio.

—Gracias —alcancé a murmurar tratando de ocultar la contradicción de lo que sentía.

Cuando nuestras respiraciones se calmaron, se incorporó sobre sus codos y me observó un largo rato. Entendí su interrogante, pero mi orgullo me impedía reconocer ante él que los celos me habían convertido en esa mujer asustada por la magnitud de mi pena.

Después, lo vi acomodarse sobre mi costado y taparme. No se me ocurría cómo hacer para salir a lavarme sin que nadie me viera, por lo que me quedé como estaba. Por la mañana pensaría en la mejor forma de solucionar lo de mi higiene personal y con qué cara miraría a mis vecinos de tienda.

Desde su regreso y luego del altercado con Bella, Hamous no le había vuelto a hablar. El consejo de los jefes tribales debía reunirse y decidir su situación. Mientras tanto, Raisha era obligada a permanecer en su tienda sin salir para nada.

Las demás mujeres se habían solidarizado con su causa; si bien le guardaban rencor, tratándose de Iyad, tampoco darían el brazo a torcer ni se quedarían sin la posibilidad de tenerlo con ellas una que otra vez.

Lo que más preocupaba a Raisha era la mirada oscura y cargada de odio que le echaba, cada tanto, su esposo. La situación se agravaba por el hecho de que su familia no aceptaba la posibilidad de que se divorciara de Hamous, al que consideraban su marido hasta su muerte o la de él.

Para terminar de complicar la situación, Iyad se había fijado en la mujer que había llegado de Occidente. Raisha jamás había supuesto que podía lograr atraer su atención alguien como ella. El color de su piel le producía rechazo, tan blanca y sin vida. Por eso, al enterarse, había llorado enloquecida de pena. La muchacha quería liberarse de Ansar para casarse con su amante y, aunque Bella le había anticipado que se quitase esa idea de la cabeza, no estaba dispuesta a perder la esperanza.

Pero saber que el joven se veía con esa periodista había acabado con su ilusión. Los había escuchado. Las demás mujeres se habían acercado prontas con la noticia. No le permitirían jactarse de una exclusividad que, bien sabían, no existía.

Estaba por salir a buscar agua cuando entró Chekkadh. El muchacho tenía algunas marcas en la cara y la miró con tristeza.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Después de todo, se había portado bien con ella. Al final, supo aceptar que ya no serían amantes sin hacerle ninguna escena.

—Lo siento... —dijo el joven agachando la cabeza—. Es que te extrañaba demasiado y quería volver contigo.

Las palabras le resultaron incomprensibles. Raisha no entendía, no llegaba a comprender... hasta que todo se ubicó en su lugar. Y entonces supo cómo Hamous había estado al tanto tan pronto de su romance con Iyad. El pequeño espía, una vez más, la había estado observando y le había ido con el cuento a su marido.

—¿Tienes idea de lo que estuvo por suceder? ¡Casi me mata! De no haber sido por Bella... —Lo empujó con fuerza—. ¡Fuera!, ¡vete de aquí!

Chekkadh salió corriendo hacia donde nadie pudiese verlo. No podía soportar que lo descubrieran llorando como un niño. La había perdido para siempre.

No muy lejos de allí, Hamous observaba la escena. Sediento de venganza, no hallaba paz en su corazón. No concebía la idea de que su mujercita hubiese contraído un amante tan rápido. Que habían sido dos. Y uno de ellos, justamente, el hijo de Bella.

Pero, más que rumiar su odio, todavía nada podía hacer. Era sabido que pronto iban a partir. Se reunirían con el resto de las tribus que luchaban por la liberación, y la marcha hacia la frontera calmaría las aguas por un tiempo. Su mente no dejaba de pergeñar una salida honrosa. Seguramente, entonces, no faltaría oportunidad.

—Padre...

Al mirar hacia su costado, el hombre distinguió la figura de su hijo descendiendo de su caballo. Marli era su primogénito, su mayor orgullo y en quien depositaba toda la gloria de su linaje. En él veía el futuro de su casta. Y por eso se había sorprendido al conocer su decisión de elegir como esposa a la hija lisiada de su amigo.

—Dime —dijo Ansar sabiendo de qué se trataba.

A pesar de su rechazo, su hijo estaba empecinado con la muchacha. Hamous no entendía sus intenciones. Si la quería, pues podía yacer con ella sin comprometerse. Teniendo la posibilidad de elegir entre las que quisiera, prefería a la peor. Encima, su padre no deseaba el matrimonio.

—Le pido que vuelva a conversar con Sidi Mohammed. No pienso marchar a la frontera hasta haber dejado resuelto mi compromiso con Feduda.

—Sigo sin poder creerlo... Mi hijo, mi heredero, detrás de una mujer tuya...

No llegó a terminar la frase cuando vio la furia en la mirada de Marli. El muchacho había sacado su puñal y lo estaba dirigiendo hacia su cuello.

—¡No hable así de ella! —gritó amenazante.

—¿Serías capaz de matar a tu padre por una mujer?

La pregunta fue retórica. Estaba visto que lo haría.

—Por una mujer, no. Por Feduda. Daría hasta mi vida por ella.

Hamous asintió. Llevaba las de perder. Era evidente que, de seguir así, acabaría solo.

—Está bien. Hablaré otra vez con su padre. Pero ha sido claro, no va a dejar que se case. Ni contigo ni con nadie.

—Padre... Si espera que sea parte de su tropa, debe conseguir que el padre me acepte.

—¿Y qué harás si no lo consigo?

Aunque no se lo dijese, se lo imaginaba.

—Me iré con ella. Nos escaparemos. No la dejaré aquí sin mí.

El hombre asintió convencido de que debía exigirle a su amigo que reconsiderara su decisión. No podía perder a su hijo en la batalla. Era magnífico en la lucha y lideraba los grupos de rebeldes como ninguno. Si Mohammed no cedía, él mismo los ayudaría a hacer realidad su sueño.

Capítulo 13

LA FIESTA DEL DIVORCIO

Raisha, al saber de su divorcio, se sintió más feliz que cuando supo que un jefe poderoso y de otra tribu la pretendía por esposa. Su familia no estaba muy de acuerdo con que se divorciase de Hamous Ansar —lo primero en lo que habían pensado era en el hato de animales que dejarían de recibir del marido—, pero la actitud de ese ante la vista de la máxima consejera le valió su completo apoyo, y a Ansar no le quedó otra que aceptar su derrota.

Los hombres de su propia etnia lo miraban mal. No logró demostrar su virilidad al permitir que otro la sedujera, como tenían por costumbre hacer entre los suyos, incluso no reconociendo las reglas de cortesía por las que debía ser gentil con el amante.

Para cualquier hombre, Raisha sería, desde ese momento, una mujer muy codiciada. Además de poseer experiencia sexual por haber tenido otros hombres en su vida, se quedaba con la gran tienda del jefe y con una valiosa cantidad de cabras y bueyes que yacían en los establos. Los camellos continuaban con Hamous por afectarlos a su trabajo en beneficio de la comunidad.

Por su parte, como Hamous no deseaba volver con sus parientes, según marcaban las reglas, y disponía de varias tiendas, se trasladó a una de ellas junto con su hijo Marli. No planeaba casarse nunca más y, hasta tanto no confirmase la veracidad del embarazo de Raisha, se dedicaría a buscar la forma de perjudicar a su principal oponente. Iyad sufriría la misma humillación de ser abandonado por la mujer en la que estaba depositada su codicia. Porque por todos era sabido de su gran interés por la periodista occidental.

Mientras, en la tienda de la nueva divorciada, estaban de festejo. La llegada de Feduda y Dassin puso contenta a la mujer libre. Se había vestido para la ocasión con sus mejores galas. Una especie de gorro hecho con cuentas y piedritas de colores, las que se movían junto con su cabeza al bailar una danza para el ritual de bendición, *guedra*, donde bailan arrodilladas y sacuden su largo cabello y sus manos. El sonido del *imzad*, como un violín que solo las mujeres tuareg podían tocar, acompañó los cánticos y los bailes hasta altas horas de la tarde.

El ritual era bien visto por la cultura de ese pueblo sahariano. La que se casaba más de una vez poseía mayor valor para el público masculino. Esa fiesta comunicaba al resto de los hombres de la tribu donde vivía que estaba nuevamente en el mercado.

Por la tarde, Dassin leyó fuerte un *gaf* o poesía popular sobre las mujeres, escrito exclusivamente para Raisha. Su boda había sido importante por haber ocurrido entre integrantes de distintas tribus saharauí, pero la actitud nefasta del esposo, ante la vida amorosa de su mujer,

habían concluido con la relación.

La extranjera se acercó a pesar de no haber sido invitada. El encono de la divorciada con ella era evidente para todas.

—No la dejes entrar —dijo Raisha a una de sus amigas.

La joven se interpuso cuando Carmen quiso avanzar, y ambas se miraron a los ojos. A la periodista no le quedaron dudas sobre el motivo de su rechazo a formar parte del ritual.

Faltando poco para que concluyese la reunión, las mujeres entonaron un ulular de lenguas para la joven mujer que comenzaba una nueva etapa de su existencia.

Para Hamous la vida había perdido sentido. Por años había deseado tener una esposa joven y fértil que le diera hijos sanos y fuertes para continuar su dinastía como hombres del camino.

Demás está decir que culpaba de todo a Iyad. Su caída en desgracia era producto de la codicia de ese muchacho protegido por su madre. Aunque a sus oídos también llegó que no había sido su único amante, era quien le había hecho perder el control. Él sabía que una muchacha como Raisha no se conformaría con un solo semental, pero ni en su peor pesadilla había sospechado que el tunante se atrevería a realizar una avanzada en su territorio.

—¿Quieres un tazón de leche caliente? —le preguntó su compañero Anur—. Acabo de ordeñarla. —Hamous asintió y el hombre lo acompañó sentándose con él a la mesa—. Debes quitártela de la cabeza... —agregó al verlo tan triste.

Hamous le hizo un gesto con la mano para que se callara. Comenzó a beber despacio la cuajada de camella y chistó a su amigo. «Como si fuera tan fácil...», pensó ante el consejo de Anur.

Supo de la fiesta que daba su exesposa en su tienda con motivo del divorcio. Por más de que se tratase de una costumbre ancestral, tenía el corazón en un puño y el alma compungida. La muchachita lo había cegado con su hermosura, y había caído bajo su encanto como un bobo. Un jovenzuelo que ya no era.

De no reponerse rápido, se convertiría en el hazmerreír de todo el pueblo. Bastante con que ya debía soportar el verla crecer en poder ante sus propios ojos. Tendría que habérsela devuelto a su padre apenas había percibido en ella ese ardor desmedido en alguien de su edad. Pero fue tarde cuando descubrió que se había enamorado...

—Hamous...

La alegría le cambió la cara. La llegada de uno de sus hombres de avanzada en la línea de frontera le dio la pista de que algo se venía gestando. Se trataba de la mano derecha de Safián, quien comandaba las fuerzas rebeldes desde su nacimiento.

Con un simple gesto lo invitó a sentarse. Anur se acercó con otro jarro con leche, que el visitante aceptó gustoso.

—He sido enviado a convocar a ti y a tus compañeros a un encuentro en los próximos días.

La mirada huidiza lo predispuso a sospechar que se trataba de algo serio.

—¿Por qué no ha venido Sufián contigo? —lo interrogó esperando lo peor.

Sufián era el jefe que lideraba la contienda. Buen negociador, era uno de los que había consentido la paz hasta lograr recomponer las fuerzas libres.

—Fue tomado prisionero y no supimos más de él.

La cara del targui acusó el golpe. Solo unos pocos pensaban en deshacer el camino andado al firmar una tregua y oponerse de lleno a la idea de una nación asentada en un territorio dispuesto por las autoridades de Bamako, ante el avance de la población azawad.

—Es muy grave lo que dices... —respondió Ag Ansar ante la información.

La cuestión se mantenía en un punto sin retorno. Si hacían hablar a Sufián estaban perdidos. El joven guerrero masai era de confianza, pero existían métodos que aniquilaban cualquier tipo de resistencia.

El final se acercaba y era momento de reunirse con el resto de las tribus a parlamentar. No eran los únicos a quienes deseaban expulsar. Unidos harían un frente represivo de considerable importancia.

—Mi gente me envió a solicitarte ayuda. Debemos estar más en acuerdo que nunca.

—No lo dudo. Pero corresponde que tengamos un tiempo para rearmarnos.

—Debe ser ahora. Antes que las palabras de Sufián delaten nuestra posición y los planes que venimos trazando desde hace tiempo.

Los hombres del campamento se reunieron para decidir sobre los destinos de su pueblo. ¿Querían seguir siendo así de libres? Bueno, debían posicionarse y abrazar la bandera del movimiento independentista. Y ese era el momento.

Se preparaban para una nueva rebelión como consecuencia de la represión y marginalidad de la que habían sido objeto a lo largo de la historia. La parte sahariana del territorio de Malí era recorrida por las tribus pastoras tuaregs. También se ocupaban del comercio de sus animales, pero su principal distinción residía en su existencia nómada.

Como consecuencia de hallarlos divididos, habían acallado sus reclamos. Se les habían sumado muchos más. La insurgencia estaba integrada por miles de rebeldes que buscaban la independencia de esa nación tan castigada por la búsqueda permanente de su subsistencia, sin quedar sitio para organizar un merecido ejército. Debían unirse con otros y conformar una fuerza con intenciones de imponerse.

Bella, sentada casi al final, escuchaba las palabras de los oradores. Verdaderas ponencias en materia de reclamos, pero ninguna estrategia que encaminara la revuelta. La voz rotunda de Hamous se oía atemperada por los gritos de sus camaradas, que incitaban a prestar batalla. Sus palabras marcaban la ruta hacia una guerra segura. «Resultará difícil hacerlos desistir ante un orador tan hábil», pensó la mujer.

—Incluso, si nos dejamos convencer ante el mantenimiento de esta paz que no nos brindó ningún beneficio duradero, estamos entregando la posibilidad de mantener nuestras costumbres por la necesidad de unos pocos.

—Pero ¿y entonces?, ¿qué propones?

La pregunta, viniendo de Iyad, descolocó a su jefe. Una ira incontenible lo llevó a erizarse como un puercoespín. Imaginárselo junto a su bella Raisha acabó con su control e hizo de él un energúmeno que bramó su odio. En lugar de ser quien guiase los destinos, fue visto como un desquiciado.

—¿Con qué derecho me preguntas algo que no te corresponde saber?

Ante el silencio de todos, sumado a la sorpresa de la intervención del hijo de Bella, el

ambiente se caldeó.

—Con el que le asiste por ser con quien discuto mis razones antes de responder mis conclusiones. Es el hijo de la consejera de los tuaregs. Sus palabras se deben tomar como salidas de mi boca.

Hamous quedó tembloroso por la ira contenida. «No se trata del momento ni del lugar», se contentó. Dejó que las voces retomaran su arenga y, cuando consiguió que no hubiese otra alternativa que hacer frente a la contienda, cerró filas con la idea general de que debían marchar contra el enemigo, que buscaba nuevamente la pérdida de identidad del pueblo que tanto amaban.

Iyad se acercó a su madre y ella lo paró con el gesto.

—Vete. Luego hablaremos en mi tienda...

Bella caminó los pasos del veterano jefe y lo miró a los ojos.

—Quisiera pensar que esto no se ha transformado en algo personal.

—Piensa lo que desees. Les dije sobre la desaparición de Sufián y la venida de su aliado a solicitar que nos sumemos a la lucha.

—Es inútil que trates de ocultar que tengo razón. Solo quiero prevenirte. Se trata de mi hijo y no descansaré hasta destruirte a ti y a tu descendencia si algo le sucede por tu culpa.

El jefe targui sabía que la mujer no hablaba en vano. Se tendría que esmerar en su plan para vengarse de Iyad sin quedar comprometido. Sería tarea fácil una vez que hiciese desaparecer a la muchacha por la que bebía los vientos. «Luego —se dijo—, deberé armarme de paciencia».

Capítulo 14

LA REBELIÓN

(Carmen)

Salat, el miraj del musulmán

La revuelta comenzó como ocurría con todo en esa tierra: sin palabras, pero con hechos que marcaban su propia trayectoria. Enterada de la reunión de los jefes, me dispuse a contarle al mundo sobre lo que acaecía en el interior del continente africano. Este sitio maravilloso donde hombres y mujeres existen amándose y respetándose de un modo que los occidentales tardaríamos siglos en aprender.

Mi papel de objetiva periodista se hallaba contaminado por unos sentimientos profundos hacia esa gente que, descreída de una solución pacífica, iba a la guerra sin conocer sus consecuencias. Reconocía a muchos de ellos como mis amigos; sabía lo que hacían durante el día, sus anhelos con respecto al significado de ser parte de la caravana nómada más vieja del mundo. Pero, además, tenía trato con sus hijos, su música, sus danzas, sus animales. Y hasta me había enamorado de uno de sus líderes.

Entonces descubrí que lograr ser imparcial resultaría imposible. Mi camuflaje emocional con esa gente era total y exclusivo. No podía dejar de sucumbir a sus encantos como nación en su búsqueda permanente por la supervivencia, libre y soberana.

Me supe confundida, en más de una ocasión, respecto de si debía sincerarme, o no, sobre algunos de sus hábitos arraigados desde siglos atrás y sacarlos a la luz. Comprendí que Occidente no vería con buenos ojos su forma de entender la libertad —como pegada en la frente—, el máspreciado de sus bienes. Así mismo, conformaban los motivos que habían sido desencadenantes de la refriega. Enterada de que no cederían un palmo de sus principios sin pelear, me dispuse a ser parte de la línea de avanzada, o al menos eso intentaría.

De todas formas, me encontraba en un punto sin retorno con respecto a mi situación, en una plaza donde se avecinaba un conflicto bélico ineludible. Enojada con la vida, sentía, algunas veces, mi voluntad en manos de un hombre que, ante cualquier posibilidad, no perdía la ocasión de amedrentarme en total desacuerdo con mi intervención, y mucho menos al escucharme interrogar a quienes integraban el movimiento independentista.

Grupos de aliados se reunían en distintos pueblos saharianos para parlamentar y desarrollar estrategias pensadas con inteligencia militar. Esos hombres, los que solían salir de ese grupo de

pastores que atravesaban año tras año el Sáhara completo, estaban comprometidos con la liberación de Azaward, territorio ubicado en África occidental que forma parte de la República de Malí.

Estaba visto que me negaba a marcharme. Me necesitaban para que relatase los hechos, y en mi corazón deseaba ser parte activa de esa rebelión.

Mi cámara captaba imágenes que jamás olvidaría. Hablaban por sí solas de un mundo diferente, con el desierto en el fondo de una postal que mostraba de mil formas diferentes la permanente búsqueda de salir a flote. Su destino estaba donde sus animales pudiesen alimentarse. Perseguían la ruta del agua. Miles de fotos atravesarían territorios inhóspitos hasta llegar a manos de quien se encargaría de publicarlas. Niños, bellas mujeres a cara descubierta y hombres a quienes solo se les veían los ojos. Los soldados, quienes más tarde se enterarían de que serían expulsados por sus propios aliados.

El enfrentamiento se avecinaba, y Bella había jurado y perjurado a su contacto con los productores del canal, quienes le habían otorgado la oportunidad de manifestarse, que el corresponsal regresaría al tener cualquier noticia concreta sobre una posible operación reservista. Aunque ella siempre supo que jamás cumpliría. Inmolaría su acuerdo junto con su imagen ante Occidente. Mientras la información llegase a todas partes, su misión sería un éxito. Tenía la intención de que el resto del mundo fuese partícipe de esa lucha desigual de los hijos de su nación por la liberación del yugo de los poderosos imperialistas.

Había decidido, hacía mucho, que necesitaba a la periodista con ellos. Y la mujer daba muestras de pensar lo mismo...

—Bella...

—¿Qué quieres?

Aunque sabía lo que su hijo le preguntaría, prefirió esperar.

—La mujer...

—Vendrá con nosotros.

—No.

Bella se alarmó al notarlo inquieto. Nunca antes había cuestionado su decisión y era el primero en apoyarla. Al principio, dudó de si estaría haciendo lo correcto, hasta observar sus ojos y distinguir la inequívoca expresión de sus emociones ¿Se habría enamorado de la periodista? Teniendo a cualquier mujer...

Respiró profundo para serenarse. Si sus sospechas eran ciertas, su mirada se enfocaría de otra forma. Vería la manera en que la muchacha se marchase. Por su temperamento centrado y el amor por su pueblo, Iyad no los traicionaría. Pero, luego de resolverse el conflicto..., ¿se iría tras ella?

Sin imaginarse los pensamientos de su madre, el joven prosiguió:

—Dijiste que se marcharía si comenzaba el conflicto. Tú sabes que se trata de lo que estuvimos aguardando durante meses. Corre peligro con nosotros y nos traerá problemas. Si algo le sucede, nos considerarán bárbaros e incivilizados. ¿No fue invitada para que sea vista la injusticia de los tiranos? Estaríamos a su misma altura...

La ira de su hijo la perturbó. Le brillaban los ojos, esos ojos igualitos a los suyos, tan

temperamentales como delatores.

—Silencio... No sabes lo que dices. —Buscó desestimarlos—. Debemos bregar por los nuestros y no por una extranjera que solo vino a lograr fama a costa de nuestra lucha. Deja de preocuparte por ella y hazlo por los tuyos.

Iyad la miró como si la desconociera. La sabía una persona con carácter, pero también con principios. La palabra dada debía cumplirse siempre. El joven no podía ocultar la furia provocada por la indecorosa actitud de la mujer en quien había confiado plenamente.

—Si no respetas el acuerdo, puede que en Occidente halles un verdadero enemigo. Más peligroso todavía al saberse tu falta de honor.

Luego Bella se plantearía por qué no se controló. La cachetada voló instintiva contra la mejilla de Iyad. Fue más la sorpresa que el dolor. No recordaba haber recibido algún golpe de ella con anterioridad. Siendo niño la hubiese comprendido. Ya era un hombre. No podía quedarse por más tiempo en el campamento.

Bella se quedó con la mano pegada a su cuerpo. La humedad en sus ojos habló del arrepentimiento ante el gesto. Pero estaba hecho. Y si conocía a su hijo, entendía con mucho dolor, que lo había perdido.

Cuando Iyad dejó la tienda, salió a buscarlo, pero él se le adelantó y fue imposible alcanzarlo. La madre suspiró y descubrió que, en adelante, estaría sola en la contención de un pueblo que amenazaba, desde lo más interno de su gesta, con rebelarse.

Lo poco que se enteró Feduda de lo conversado en la reunión lo supo por su amigo. Iyad entendía sus miedos y, también, lo inevitable de que Marli integrase la lista de hombres que conformarían su ejército de rebeldes.

Esa tarde organizó verse con su amado. Su tía les guardaría el secreto y le dejaría la tienda libre para que pudiesen cortejarse como era debido, lo que implicaba ir más allá de lo permitido a una mujer soltera.

La joven llegó temprano y acomodó el lugar donde esperaba entregarse a Marli. Hablarían. Quería que él le prometiese que al volver se casarían. No iba a esperar más. Lo amaba demasiado para continuar sin tenerlo y poder llamarse su esposa.

Sentada en un rincón observaba la puerta. No quería pensar en cuándo volverían a poder estar juntos. El cuero se levantó y no aguantó más. Un sollozo que no deseaba le impidió ser la mujer fuerte que su hombre necesitaba.

Marli la levantó y se la acomodó en su regazo. La dejó llorar un rato mientras la calmaba con besos suaves que bebían la sal de su dolor. Por último, la apretó contra su pecho y le dijo cuánto la amaba.

De repente, ella se calló y se separó para observarlo de frente. Sin esperar que nada la detuviese, comenzó a desnudarse y a regodearse en la mirada de puro deseo que descubría en él. Él presintió lo que suponía su actitud y la ayudó a desprenderse de lo que faltaba.

—Eres preciosa... —exclamó mientras recorría con su mano la curva de su espalda.

Le dio un beso apasionado, con tanto ardor guardado para ella desde toda su vida. La quería como a nada, y verla entregada a su amor lo conmovió hasta las lágrimas.

—Te amo —le dijo mientras la recostaba para poder besarla a su antojo.

—Te amo —repitió ella entretanto buscaba despejarle la túnica del pecho para poder acariciarlo.

Él le llevó la mano hasta su miembro, lo que logró que su rostro se coloreara. A Marli su sexo le reclamaba con urgencia sentir las caricias de su Feduda.

—Guíame. Quiero darte placer —dijo la muchacha entretanto acariciaba la vara de su amado en toda su longitud.

Sintió su suavidad y el temblor que provocaba al recibir su atención. Por instinto, quiso besarlo como al resto de su cuerpo. Al escucharlo jadear entendió cuánto le gustaba a su hombre y se lo introdujo en la boca.

Marli estaba en otro mundo. Marcó el ritmo apropiado apoyando una mano en la cabeza de Feduda, mientras con la otra trazaba círculos alrededor de uno de sus pezones. Sentía que estallaría en cualquier momento y no quería perderse la oportunidad de tenerla antes de marchar. Por eso la detuvo y a la mirada interrogante de la joven le respondió con un beso arrollador.

—Ya habrá tiempo para que suceda. Hoy quiero que me recuerdes mientras esperas mi regreso. Porque voy a volver a reclamarte, lo prometo.

Feduda no pudo aguantar las lágrimas. Tenía tanto miedo de perderlo que no concebía imaginar la vida sin él.

—Quiero tenerte en mi interior..., quiero tu semilla en mi cuerpo. Y quizás, ojalá Alá escuche mis ruegos...

—Shhh. Te quiero, mi pequeña. Voy a besar cada parte de tu cuerpo para grabarla en mi memoria cuando no pueda verte.

Feduda no podía hilar un solo pensamiento sin sentir como se deshacía por dentro. Una experiencia por demás adictiva que guardaría para siempre en su cabeza.

Y así lo hizo. Ingresó despacio, esperando que la joven se acostumbrase a esa dulce invasión.

—Mírame, por favor... No cierres los ojos —suplicó odiado al descubrir deslizarse lágrimas por sus mejillas.

Daría lo que fuera por lograr lo inevitable. De manera instintiva ella se arqueó y él pudo atravesar la barrera que frenaba sus deseos. Buscó su boca y se apoderó de los labios suaves. Trató de hurgar con su lengua, imitando esos movimientos tan particulares que hacía con su cadera, hasta que percibió que la muchacha se aflojaba. Sus músculos internos respondían a sus estímulos y escuchó, con claridad, un gemido que lo enloqueció. Suya. Suya para siempre...

Tuvieron tiempo de amarse, de llorar, de jurarse estar juntos por toda la eternidad.

Capítulo 15

LOS IMOSIAG, LOS «LIBRES»

(Carmen)

En la caravana del desierto sahariano, 1998

Estaba por tomar una decisión fundamental. Meditando en ella toda la noche, casi no había dormido. Por eso me había levantado cansada y había estado sin hablar gran parte de la mañana. Mi mal humor podía ser tremendo. Por otro lado, tenía que dejar salir a los fantasmas que ponían indeciso a mi corazón.

Escribí hasta quedarme sin lumbre. Palabras y palabras volcadas en un informe especial. El farol a kerosene se había acabado y continué usando mi linterna de pilas, la que tenía solamente para urgencias. No podía detenerme. Se acercaba un momento en que debía decidir. Pero me hallaba ante un paso crucial. Mi seguridad estaba en juego y competía con la importancia de una nota como la que siempre había querido poder realizar.

Los tuaregs. Me sorprendí descubriendo cuánto habían llegado a significar para mí. Una tribu, una nación que ansiaba ser dueña de su destino y de su tiempo. ¿Sería tan difícil de comprender para un mundo tan domesticado como el nuestro? ¿Podría, con mi historia, lograr cambiar la imagen que tenían de ese pueblo? Lo intentaría con todas mis fuerzas. Buscaría que les dieran una oportunidad. Trataría de mostrar la descarnada realidad de caminar hacia el agua. Igual que como habían hecho sus antecesores.

Occidente renegaba de ese tipo de desorden. Cada día que pasaba me sentía más targui y menos extranjera. Había descubierto, con el correr de los meses, que lo terminaría pagando muy caro. Mi corazón jamás se desprendería de lo que había vivido con ellos.

—¿Quieres café? —dijo Iyad cerca de mi oído.

Fue tan parecido a una caricia lujuriosa que me estremecí; la piel se me erizó al recordar sus besos. Sabía lo que le hacía a mi cuerpo, lo noté en su cara satisfecha.

—Pues claro. Siempre me puedes sobornar con café —deslicé buscando tentarlo.

Ambos sonreímos y una mirada ardiente se cruzó, comedida, entre los dos. El placer de estar juntos era bienvenido, pero alcancé a distinguir que algo nos dividía.

—Lo tomaré en cuenta.

Sus ojos se agrandaron y, por un instante, me sorprendí por lo que vi en ellos. Un sentimiento parecido al temor. ¿Qué podía asustarlo tanto? Rápidamente cambió su actitud. Me sirvió solícito

una bebida oscura y fuerte a la cual denominaban café y yo, bomba molotov. Después nos sentamos cruzando las piernas y bebimos en total mutismo. Presentía su necesidad de decirme algo. También, que no sabía cómo empezar.

—Debemos hablar...

Su sonrisa y la mía se esfumaron juntas. Su rostro adquirió la frialdad del trato brindado a sus hombres cuando salían de patrulla. El tema era serio.

—Entonces, dime —dije ansiosa.

Lo sentí inspirar profundo y, luego, comenzó:

—Recibí órdenes de dejar el campamento y marchar con mis hombres.

—¿A dónde? —Su silencio fue absoluto. Lo observé cómo dudaba por lo que iba a contarme. Pero daba igual, había tomado mi decisión al respecto—. Iré contigo.

Su cuerpo se sacudió tal como si lo hubiesen golpeado.

—Imposible. No tenemos permitido llevar mujeres al frente.

Sabía que me estaba mintiendo. Aun así, insistí.

—Pero lo mío es distinto. Mi trabajo consiste en estar presente cuando ocurren los hechos. Quiero que el mundo se entere por qué fueron a esta guerra. Mi jefe espera un informe.

—Puedes decirle, entonces, que no fuiste porque yo te lo impedí.

—No lo creo —dije furiosa, me enojaba su certeza de que no permitiría que fuese con ellos.

—¡Carmen...! —reprochó afanoso. Mi estado cambió al mirar sus ojos. Comprendía su desesperación. Era igual que la mía al pensar que él también partiría a luchar—. Aunque no seas occidental, no habrá diferencia si te atrapan. Odiarás haber nacido... —me gritó tratando de ubicarme.

—Entonces no permitas que me atrapen.

—Si vas, estaré pendiente de ti y no de mi formación —culminó afligido.

Por supuesto entendía sus sentimientos. Me acerqué y lo olí. Amaba su aroma, como todo en él. Se mezclaba el calor de la arena con la tinte índigo de su ropa. Luego, comencé a besarlo. Sus labios eran tan agradables a pesar de la naciente barba muy rubia que cubría casi toda su mandíbula de huesos fuertes.

Un hombre diferente al resto. Lo había visto llorar ante la muerte de un joven, de un niño, peleando por sus ideales; tratar con sumo respeto a sus mayores, adorar a las mujeres de un modo encantador. Por un momento me encontré pensando en que me gustaría tener hijos con él. Sería un padre maravilloso.

Pero estábamos en otro tiempo. Un imposible.

—¿En qué piensas? —me interrogó con la mirada cargada de ternura.

¿Habría podido adivinar lo que se cruzaba por mi cabeza?

—Nada. En que hablaré de esto con tu madre...

—¡Carmen! ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca, mujer?

Esperaba su enojo. Lo que me asombró fue la transformación de su rostro. No quedaba nada de su dulzura al mirarme.

—No voy a quedarme aquí mientras ustedes pelean. Ella me dejará ir...

—¡Se lo prohibiré!

—Sabes bien que no puedes hacerlo.

—Carmen...

Me tomó fuerte por los hombros y me zarandeó... y me besó. Y luego, volvió a sacudirme como queriendo que entrase en razón. El último beso terminó por perderme. No pude dejar de

colgarme a su cuello y devolvérselo con pasión. Para cuando nos soltamos, estábamos jadeantes y temblorosos.

—Tienes que decidirte —reclamé sintiéndome floja.

Deseaba mucho más que ese beso, aunque comprendía que parte de ese ardor era producto del enojo. Lo entendía, vaya que sí. A la perfección. En el fondo, yo tampoco sabía bien qué hacer conmigo.

Lo vi poner cara de haber dado en el clavo.

—Me contactaré con tu jefe. Dejó muy en claro que, ante todo, estaba tu seguridad.

—Tardarás demasiado en poder hacerlo. Ya para entonces, estaré rumbo a la frontera oeste junto con los demás.

Estaba vencido. Comprendió, al fin, que había perdido.

—Te lo ruego...

Reconocí que algo en mí se quebró. Sus ojos delataban lo mucho que le estaba doliendo mi postura. Su miedo era sincero y aceptable. También me preocupaba. Pero si había llegado hasta aquí, no pensaba irme sin relatar esa historia que me tenía tan comprometida.

Sentí su resignación como un paso al costado. Me soltó. Alzó los brazos para abrazarme y lo vi arrepentirse. Nos observamos por un rato. A veces, los ojos expresan más que un montón de palabras. Nuestro amor estaba intacto, aunque el conflicto de intereses se interponía. Se levantaba un muro entre nosotros y, luego, nos esperaba un gran abismo... Lo amaba, pero no lo suficiente para ceder a sus pretensiones. Me resultaba imposible no cumplir con lo propuesto al viajar desde tan lejos.

—Lo que usted diga, señorita Morales.

Fue lo último que le escuché decirme por varios días. Lo siguiente fue dirigido a todos los que partiríamos a enfrentar al opresor. Y yo iba con ellos.

(Carmen)

Bien temprano. De madrugada. Aún el sol era una posibilidad ante la niebla que nos envolvía...

De pronto, empezaron a surgir de las tiendas muchas mujeres. Comencé a escuchar un ulular, un grito largo y agudo, emitido al mover las lenguas y marcando un ritmo impactante. Después me contaron que era el rito de despedida a sus hombres que se iban a la guerra. Se llamaba *zaghareet*. Lo usaban también en los casamientos y para otras ceremonias. Me llenó de una profunda emoción. No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas. Era probable que muchos de ellos, algunos muy jóvenes, no regresaran.

Iniciaron la marcha con un calor arrollador. El clima no favorecía. Se estimaba que hacían unos cincuenta grados, y aún faltaba un largo trecho para la primera parada.

La preocupación de Iyad por su caballo Amalu lo llevó a detenerse y a darle de beber. Tenía el lomo muy sudado y había comenzado a jadear. Todavía faltaban algunas horas para llegar a los

próximos pozos de agua. Debía ser medido para que no escaseara.

—Debiste de haberlo dejado... No es montura para este viaje —oyó decirle a su amigo Idir y, como tenía razón, no le respondió.

Estaba arrepentido de su empecinamiento, pero ya era tarde. Lo único que podía hacer era darle de beber de su propia ración más seguido.

Su cabeza iba erguida al retomar la marcha. Aun así, su mente se mantenía ocupada por la mujer que transitaba oculta casi al final de las filas. Aunque trataba de no perderse en sus ojos oscuros como una noche sin luna, no lograba dominar su corazón anhelante por ella. ¿Se habría enamorado? ¿Conocería al fin ese sentimiento tan sublime del que hablaban los poetas en sus *gaf*?

En poco más de un día, alcanzarían el campamento rebelde. La realidad era más cruda de lo esperado. Se conocía el movimiento de las tropas de guerrilla contra algunos campamentos militares. Por otro lado, les llegó la noticia de que las autoridades buscaban negociar la paz nuevamente.

Empezaba a anochecer y se decidió descansar cerca de los últimos pozos de agua que hallarían antes de arribar a destino. Iyad no aguantó más y la buscó para que se quedase junto a él. Si bien no todos conocían de quién se trataba, no pensaba arriesgarse a que alguno se le ocurriese vender su paradero y, luego, pedir rescate.

La encontró dormida. El cansancio se reflejaba en la cara. El ceño apretado mostraba que algo la había mantenido enojada por mucho tiempo. Iyad le acarició ese frunce con los dedos hasta notar cómo se le aliviaba la expresión. Luego, la cargó junto a su pecho y la llevó consigo. A pesar de continuar con los ojos cerrados, ella se colgó de su cuello, y supo advertir una sonrisa que se disolvió al ocultarse en su cuerpo.

La quería. No iba a seguir negando un hecho indubitable. Lo que haría con ese amor era otro tema. Porque, hasta donde llegaba su cabeza al imaginarse un futuro juntos, no había forma de lograrlo.

(Carmen)

Observé de reojo a Iyad en todo momento. También lo noté hacer lo mismo conmigo varias veces. Decir que estábamos unidos por algo más que nuestro deseo era adelantarme a un porvenir por demás incierto.

Pero hizo carne en mí su voz, sus ojos, sus manos, su boca, su aroma... Perdida en ese mundo tan extraño al mío, había hallado el amor. Un amor tan visceral como la arena caliente y tan espiritual como la sombra de una nube en lo alto del cielo. Cerca de Dios, de Alá o el nombre que quisieran ponerle.

Me sentía muy angustiada por el malestar entre nosotros. Sumado a que había pensado que tendría tiempo de escribir para mandarle un informe a Osmar, pero resultó un fiasco. La marcha fue sin descanso; el calor, sofocante, y ni hablar de sacar fotos. Todos cubiertos por sus túnicas y velos oscuros... Tampoco me daban pie para poder hacerlo.

Traté de continuar oculta tras la ropa que me habían preparado para el viaje. Recién al anochecer pude quitarme parte del velo y recibir en mi rostro el fresco que tanto esperaba.

Apenas pude bajar de mi camello, caí sentada al suelo. Acomodé mi manto como almohada y me recosté. Me pareció que al instante estaba dormida.

Capítulo 16

TORMENTA DE ARENA

(Carmen)

La «nación que se levanta en la tormenta...»

Poème de Bila, circa 1900

Fue solo cruzar la parte alta de las dunas cuando oímos los primeros disparos. Ese coraje que parecía haberse adueñado de mí en el camino ya no estaba. Había comenzado a temblar y a castañetear los dientes. Como no quería que se descubriera mi sentir, alargué mi velo hasta cubrirme el rostro por completo.

Ese día Iyad me había dejado sola. Entendía su posición y lo que deseaba manifestar con su desapego. Mi unión a ese grupo había sido un gran error. Y esa era su forma de mostrarme su enojo.

Decidí que no sería por mi culpa que desatendiese sus tareas. Podía cuidar de mí a la perfección. Poseía un pequeño puñal que no había sido confiscado al recibirme y que se ocultaba bajo mi cabeza para dormir tranquila.

Esa vez era distinto. Mi vida estaba decididamente en juego y sabía lo que podría ocurrirme si me atrapaban. Odiaban a los extranjeros y más a los que tenían por cometido ventilar sus vivencias personales, su cultura, su forma de pensar y resolver los conflictos.

Muchos de esos hombres rudos acabarían con mi proyecto de acercar el sufrimiento de los pueblos nómadas ante el peligro de su sumisión. Pero seguía estando presente. La primera parte de mi historia estaba en viaje. Había partido justo antes de iniciar nuestra marcha. Pero se venía lo más duro. Una porción grande de mi ser ansiaba estar a buen reparo. La otra arengaba, sin remedio, cubrir la nota.

Busqué inconsciente a Iyad y supe que no estaba entre nosotros. Se me acercó Marli y me calmó. En un murmullo me explicó como el hijo de Bella había cruzado la línea para pactar con los que habían iniciado la revuelta. Entonces fue imposible esconder mi miedo. Mis temblores eran intensos. Odié no poder contenerlos. Me ocurría desde niña, cuando algo me asustaba. El temor me arrebatava el control y debía serenarme. ¡Si pudiese hacer meditación! El yoga me habría dado resultado. Pero quedaría en evidencia ante esos hombres de un modo indecoroso.

—Él sabe cómo cuidarse...

El que me hablaba era Marli. En parte, me sorprendió que se tomase el trabajo de hacerme saber lo que estaba pasando. Sabía por Feduda de sus celos. Comprendí que los habría superado

al percibir la relación que mantenía Iyad conmigo.

—¿Y ahora qué? ¿Crees que lo escucharán? —El joven se sonrió de un modo encantador. Me caía muy bien. Era mi paladín al saber que amaba a una jovencita tan adorable como Feduda—. Si no lo escuchan a él, estaremos perdidos.

Al rato lo vimos volver. Estaba ofuscado. La interpelación resultó demasiado ardua y, posiblemente, debió ceder más de lo que tenía permitido. También imaginé por qué lo había hecho. Me protegía. ¿Me había antepuesto a cuánto? Deseaba, con todo el corazón, que luego no me odiase por eso.

—Cuando pase la tarde vendrá uno a llevarnos por un camino que solo ellos conocen. Deberemos llevar los ojos vendados. Así llegaremos al campamento amigo.

Mi corazón no soportó ver su rostro, acostumbrado a ser quien daba las respuestas, abocarse a obedecer.

—No llores —lo escuché decirme. No sabía en qué momento habían comenzado a deslizarse por mis mejillas lágrimas que reservaba para mi soledad. Pero él estaba demasiado atento a mí para no detectarlas—. Son rebeldes y van por todo. Igual, no son tontos. No van a tirarse en contra de mi pueblo. Llegaremos bien. Trata de serenarte y duerme hasta el momento de partir.

Me pareció que su primera intención fue la de abrazarme. Luego, lo pensó mejor. Ellos no debían enterarse de que había una mujer en el campamento y de que, por si fuera poco, era su debilidad.

No había podido pegar un ojo. La ansiedad se respiraba en el ambiente. Algo no estaba bien. Lo podía presentir. Eran muy pocos los que estaban acostados. Los que lo hacían conversaban con sus compañeros. Como si se estuviese a la expectativa de que la situación diese un viraje. La «calma chicha» de plena mar a causa de un viento que no azotaba para mover las velas.

Cuando una mano tapó mi boca, casi lanzo un grito de terror.

—Shhhh —dijo Iyad en mi oreja.

Despacito observé atónita como me llevaba hacia atrás, hacia un sitio de mayor oscuridad. Era arriesgado lo que hacía, pero si lo pensaba bien podría tratarse de una despedida. Se me humedecieron los ojos y él me abrazó contra su pecho. Había abierto su túnica para acomodarme en contacto con su piel. Luego me besó con tal voracidad que creí ahogarme. Apretó su boca y la pasión nos envolvió; comencé a quemarme, a arder, como sucedía cada vez que me tocaba. Aunque esa vez sería distinto. Dentro de poco tiempo más, estaríamos a merced de un grupo de rebeldes que nos marcarían la ruta. Nuestros ojos, vendados, y quién sabe lo que sucedería a partir de entonces.

Sus manos levantaron parte de mi ropa. Sentí su dura vara apoyada en mi espalda, conteniéndose. Separó mis muslos y, muy despacio, se enterró en mi interior y comenzó a moverse. Lento y cadencioso. Cuidando de no hacer demasiado ruido, pero penetrando hondo con cada embestida. Una mano en mi boca, seguramente, buscando que no gritase. Lamí sus dedos, jugué con esa sensación de poder al verlo arquearse contra mí. Lo sentí latir hasta el final.

Luego, fue todo caricias. El cálido roce de su aliento en mi nuca y sus manos, recorriendo mi cuerpo. Parecía tener una necesidad insatisfecha. Como si deseara grabarlo en su memoria a través del tacto.

Escuchamos a alguien que se acercaba y pasaba de largo. Iyad salió de mi cuerpo y me bajó la túnica. Con delicadeza me fue dejando nuevamente en el lugar donde solía dormir. Por alguna razón, cuando se fue, mi corazón se quebró. La soledad que me embargaba era dolorosa y odiaba esa sensación de que podía perderlo para siempre.

La barba de Hamous, herencia de algún antepasado llegado de otro continente, le comenzó a picar. Le resultaba gruesa y pinchuda si no lograba rasurársela apenas asomaba. Por eso tomó su daga de mango corto y, usando un emplaste que solían prepararle, dio inicio el proceso de afeitarse.

A unos pasos de él, Anur lo observaba tratando de asimilar lo que su amigo y jefe le había ordenado hacer. Al caer la noche, marcharía hasta la base de un grupo de aliados que podían comunicarse por una frecuencia radial y mandaría un mensaje según lo acordado por los jefes tuaregs. Lo que más molestaba a Anur era la máxima reserva del contenido de la información. Hamous era su líder, pero era normal que las decisiones se hablaran entre ellos antes de que fueran un hecho.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó Ansar a su amigo.

Desconfiaba de su silencio. Usualmente, hablaba hasta por los codos y, desde que lo habían comisionado a dejar el campamento, se lo notaba callado.

—Sí. Es lo que pensaba hacer... —respondió enseguida el hombre.

Hamous se detuvo en lo que hacía y lo miró de frente. Al sentir los ojos fijos en él, Anur se preocupó. Su amistad con su jefe se cuestionaba, pero Iyad Ag Ou-Fenait no se merecía ser traicionado. Como si le leyera el pensamiento, el viejo le marcó el camino.

—Tu lealtad es para con tu pueblo. Debes cumplir con lo que te ordeno porque soy quien te lo dice y porque haces lo correcto. —Anur agachó la vista y asintió. No estaba en sus manos cambiar los hechos. Con el tiempo sabría si era tan así lo dicho por Hamous. Por lo pronto, cumpliría con su mandato—. Ah... Una cosa más. El hijo de Bella no tiene por qué enterarse. Se trata de una decisión de los jefes.

Después de hablar, Ansar continuó con lo que estaba haciendo. En cierto modo, desconfiaba de la forma en que se había puesto Anur al enterarse del recado por llevar. Lo sabía un hombre fiel a su pueblo, pero también, durante su juventud, gran amigo del padre de Ou-Fenait. Protegía a Iyad de una manera especial, y habían discutido más de una vez cuando lo escuchaba a Hamous reclamarle al joven el haber yacido con su esposa.

Por lo pronto, no le perdería pisada hasta verlo en camino. El hombre no desobedecería una orden dada por él. Aunque podía hallarse tentado a comentar su mensaje a Iyad. Esa noche dormiría cerca de él para controlar que, cuando amaneciese, abandonase el campamento.

La reunión con los líderes se venía dilatando. Les habían prometido cruzar la frontera y la decisión parecía estar en manos de alguien extraño al conflicto. Cualquier escaramuza bien organizada podía devenir en una gran rebelión. La preocupación se reflejaba en la cara del joven targui de manera inconfundible. Algo no estaba como debía, lo presentía. A esa altura correspondería que se hallasen junto a los otros.

—Toma... —La taza contenía algo caliente, lo que bastaba para esa noche tan fría—. Ella está bien.

Con un gesto de la mano, Iyad lo hizo callar. Nunca antes había tenido miedo, pero saberla entre este grupo de bárbaros lo ponía a temblar.

—¿Qué dijeron sobre cuándo partiríamos? —lo interrogó.

Marli había conversado con algunos de los rebeldes reunidos alrededor de un pequeño fuego. Era lo único permitido para no delatar la posición del campamento.

—No saben nada. Al igual que nosotros, esperan órdenes.

Iyad lamentaba no haber dispuesto una segunda opción ante ese resultado. Si cometían una encerrona a sus hombres, poco podrían hacer para defenderse. Estaban a su merced en varios frentes.

—Marli..., ve a descansar. Luego te despierto y me cubres.

El otro asintió. Le resultaría difícil poderse dormir, pero el cansancio les hacía perder ese estado de alerta tan útil entre enemigos.

Iyad se acomodó cerca de Amalu y trató de no pensar en que, a pocos metros de él, Carmen estaba inquieta por no tener idea de lo que ocurría. El tiempo pasaba lento y, salvo por el ronquido de algún camello, el silencio era total. Demasiado total.

De pronto, el lugar se iluminó. El campamento se alumbró con las luces de camiones y camionetas repletas de soldados armados hasta los dientes. Cuando Iyad quiso correr, recibió un golpe en la sien que lo atontó. Como pudo y sin saber del todo lo que hacía, caminó tratando de llegar al sitio donde debería estar la joven. Entonces, vio a dos hombres subirla a uno de los vehículos. La escuchó gritar y él le contestó:

—Carmen, mi amor... —dijo lo más fuerte que pudo, pero no fue suficiente; la camioneta arrancó y él sintió que se sumía en la más absoluta oscuridad.

Despertó algunas horas después, atado de pies y manos a un tronco. No habría pasado mucho porque aún no amanecía. Entonces recordó y comenzó a gritar. Pedía por ella, por Carmen. Y otra vez volvieron a dejarlo inconsciente.

Capítulo 17

EL RESCATE

«La periodista Carmen Morales, quien se habría encontrado atrapada en medio del conflicto entre tribus de la estepa saheliana, fue rescatada con vida el día de ayer por un grupo comando de las Fuerzas Aliadas Reunidas por la Paz Mundial».

La noticia apareció publicada en los más importantes periódicos de cada capital destacada. La pregunta que todos se hacían era sobre lo acontecido en Medio Oriente. ¿El acuerdo de paz había fracasado? Por lo que se informaba, solo un grupo, una parte de las milicias, se había vuelto a reunir para iniciar otra revuelta contra quienes no deseaban aceptarlos como una nación sin territorio propio. Se trataba de un pueblo reunido por costumbres heredadas, una cultura distintiva y un particular modo de vida.

Semanas antes...

Osmar había organizado la salida de Carmen. Su contacto le había hablado de la movilización por producirse en breve, y no estaba garantizada la seguridad de la joven periodista. Oriente era díscolo e impredecible. Por eso dispuso de todo lo necesario, y pronto estaría nuevamente en territorio español... y con él.

Hacía casi cuatro días que no regresaba a su casa. En su despacho tenía ropa y un sitio donde dormir. Quería estar preparado para cualquier decisión por tomar. Miraba por la ventana. El paisaje era el de siempre, pero en ese instante le resultaba desolador. Ella corría peligro. Le dolían hasta los huesos de solo imaginarse su situación.

La puerta se abrió de repente y lo tomó por sorpresa.

—¿No sabes que debes golpear y esperar a que te permitan entrar? —interrogó con enojo a Elena—. Cada vez me dejáis menos espacio para respirar...

Las palabras la hirieron, pero tenía razón. Por eso se sonrojó y pidió disculpas.

—Lo siento. Es que me enloquece pensar lo que puede estar pasando.

—Nada os da derecho a irrumpir en mi oficina de este modo, atropellando y sin consultarme.

Caminó hasta el sillón frente a su escritorio y se sentó. Se sentía más seguro allí, como si pudiese dominar lo que sucedía a miles de kilómetros.

—Es verdad lo que dices —respondió la mujer pasándose las manos por la cabeza, como

queriendo acomodar sus ideas—. De todos modos, no me conformarás con evasivas. Necesito saber en qué situación se halla Carmen.

—Siéntate —le ordenó él. Después de todo, ambos estaban penando por lo mismo—. Estoy ocupándome de que vuelva sana y salva.

—Las noticias que se oyen son terribles. Los grupos guerrilleros se levantaron nuevamente y quieren ser reconocidos como un pueblo libre. Algo que, decididamente, no pasará jamás.

—Yo lo sé, tú lo sabes. Ellos no tienen ni idea.

—¿Y entonces?

—Entonces la traeremos de regreso.

—Siempre y cuando quiera hacerlo...

—Por eso no te inquietas. No le quedará otra opción.

(Carmen)

Tenía el cuerpo entumecido. Parecía que había estado apoyada demasiado tiempo sobre un lado. Empecé, despacio, a tratar de recuperar la movilidad en mis extremidades. Estaba bastante oscuro, por lo que se me ocurrió que la noche resultaba larga. Necesitaba volver...

Cuando la puerta se abrió y una mujer vestida como enfermera de hospital encendió la luz, pensé que no era yo quien estaba en ese cuarto. Al descubrirme despierta, hizo sonar una alarma y, al instante, me encontré rodeada de varias personas: hombres y mujeres de guardapolvo blanco y, otros, de traje. Mis ojos se achinaron por el repentino reflejo de una cámara de fotos que me enfocó sin piedad. Comencé a gritar su nombre. El nombre de él, de Iyad. Cada vez más fuerte lo llamaba esperando verlo entrar y quitarme de encima toda esa bataola, esa parafernalia armada en torno a mí.

Alguien vino por detrás con una jeringa y me inyectó lo que sospeché sería un calmante. Porque comencé a caer como desde lo alto de un risco. ¿Dónde estaba mi amor?, ¿qué había ocurrido con su gente?, ¿cuándo llegué hasta ese hospital? Tuve la suficiente conciencia para darme cuenta de que algo tremendo habría acontecido para que Iyad me hubiese dejado marchar. Poco a poco, caí en un sopor que me negó poder hilvanar un solo pensamiento más...

Más tarde y cuando volví a despertar, la cara de Osmar me observaba con detenimiento. Unos metros tras él, estaba Elena. Ambos me miraban como esperando que les hablase. Intenté enderezarme y me mareé. Osmar vino solícito hasta mí y trató de sostenerme.

—Quieta, Carmen. Ya podrás hacerlo más adelante. Por el momento, trata de no moverte.

Recién entonces caí en la cuenta de que no se trataba de un sueño. Estaba otra vez con ellos y no con los tuaregs. ¿Iyad?

—¿Por qué estoy de regreso? ¿Qué les sucedió a las personas del campamento? —grité asustada. Comprendí tarde que si estaba aquí era porque algo malo les había ocurrido. Comencé a sollozar sin poder controlarme. Elena intentó contenerme y la empujé sin reparos. Osmar ni siquiera lo pretendió—. ¿Por qué lo hicieron? No quería regresar y ustedes lo sabían. Les escribí una carta junto con el informe... Hay mucho por hacer para ayudar a esa gente —le reclamé con enojo.

—Siempre supiste que, al primer problema, te traería de regreso. Me llegó la información de

que se estaba armando una jugada inconveniente para el grupo donde estabas. Sus aliados tenían planes de traicionarlos, iban a entregarlos a sus enemigos, y no iba a permitir que te ocurriese nada.

—¿Y qué les sucedió? —pregunté temblando de dolor y angustia.

—No lo sabemos. Nuestros hombres llevaban la orden solo de traerte.

La misma furia me dio fuerzas para sentarme. Entonces sí, Osmar se arrimó y pude tomarlo del cuello con ambas manos y hablarle mirándolo a los ojos.

—Prométeme... Debes jurarme que me ayudarás a que vuelva con ellos. Tengo que enterarme de qué les pasó. Necesito saber, ¿lo entiendes? —Su cara estaba pálida, pero me calmó ver que asentía—. No. Quiero escuchártelo decir...

—¡Osmar! —escuché el reclamo de Elena.

—Lo juro. De ser necesario, iré contigo.

Sus palabras lograron quietarme. Volví a recostarme y me di vuelta para poder dedicarme a llorar sin que nadie me molestara.

—Dime, Osmar, ¿acaso os habéis vuelto loco? —lo interrogó Elena a su compañero en la productora.

El joven caminaba cabizbajo. Su corazón le decía que algo había sucedido en ese exótico lugar con la muchacha. No era la misma mujer que se había marchado. Su mente trabajaba a toda velocidad imaginando supuestos escenarios para retener a esa Carmen que se le escapaba de las manos. Ella le pertenecía. No cabía en su cabeza la idea de que alguien había logrado penetrar en sus emociones al punto de no protegerse. Le había jurado cuidarse y regresar ante el menor signo de violencia. Lo peor era que él le había creído.

Mientras tanto, Elena observaba su reacción. Lo desconocía. Su altanero y seguro productor estaba quebrado. Nunca lo había visto así.

—¿Qué os sucede? No puedo creer que le hayáis prometido llevarla nuevamente a ese lugar. Casi la perdemos de no ser por esa organización que se prestó a socorrernos en esto.

Elena se sentó en el amplio sillón y elevó las piernas. Estaba harta de discutir y tratar de desviar la atención, ante los restantes canales, del regreso de la periodista top de su programa. Carmen Morales era una estrella y, como tal, difícil de ocultarla de la mirada del mundo.

—¿Y qué queríais que hiciera? —la interrogó Osmar tan superado como ella—. Necesitaba calmarla. Después veré cómo la convengo de que es imposible.

—Es muy capaz de irse por su cuenta.

—Sí. Fue por eso que le prometí que me ocuparía. Es de vital importancia recuperar su atención en el programa y una propuesta que se irá dilatando lo máximo posible.

Elena lo miró comenzando a entender. Por más que intentaran manipularla juntos, la situación se les pondría difícil.

—Carmen no es tonta.

—Exacto. Por eso voy a necesitar tu ayuda para que me crea.

Elena vio el cansancio y la desolación pintados en el rostro de su amigo. Y supo que Osmar la amaba tanto o más que ella. Estaba dispuesto a todo con tal de no perderla.

—Estoy de tu lado. ¿Qué tienes en mente? —preguntó la mujer sin esperar una respuesta tan

rotunda.

—Por lo pronto, traeré a sus padres.

Capítulo 18

KEL EHAD. «LOS DE LA NOCHE»

Por momentos, Iyad se despertaba y el silencio lo hacía suponer que nada había ocurrido. La oscuridad absoluta ayudaba a mantener ese estado obnubilado de su mente.

Pasaron días hasta llegar a sentir que recobraba la voluntad, y fue entonces cuando entendió, por fin, que era un prisionero. Lo insospechable era de quién o quiénes. De haberse enterado, tampoco lo hubiese terminado de comprender. O sí, si pensaba por un instante en lo que estaba en juego. Estaba aislado, sin enterarse sobre el paso del tiempo. Daba igual. ¿Por qué vivir?

Sabía que las horas transcurrían. Las calculaba por la cantidad de veces que le traían comida y agua. El balde lo cambiaban, también, con cierta regularidad. Al menos, no tenía compañía de alimañas, por lo que supuso que la intención era solo retenerlo. De otro modo, ya lo habrían torturado.

Pasada, según sus cálculos, una semana, la puerta se abrió e ingresó por ella su madre junto con Hamous. La mujer lo buscó en esa oscuridad nauseabunda, no podía creer el estado en que se hallaba. Quiso abrazarlo y él se corrió. Se daba asco, como aceptar su acercamiento. Más aún, que lo tocara.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —lo interrogó.

A pesar de su intento por separarse ella, le tocó la cara.

—Te he dicho que no —replicó Ansar por Iyad.

Ella lo observó con furia y el jefe de los caminantes le quitó la mirada. «Si por mí fuera —pensó Hamous—, lo hubiese matado de hambre». Pero sabía que tendría que dar demasiadas explicaciones y perdería su posición de privilegio. De todas formas, no pudo dejar de exhalar un resoplido para mostrar su descontento.

Mientras, los sentidos de Iyad estaban nuevamente alertas y no le resultó necesario atar demasiados cabos para darse cuenta de que algo habían tramado. Confabulados en lo insólito de ese ataque. No pararía hasta encontrar la verdad. Debían de poseer motivos muy importantes para que se hubiesen comportado de manera tan desleal.

—¿Cómo está ella?

La pregunta fue dicha a su madre, pero no dejó de percatarse de la sonrisa ladina de su enemigo.

—Donde debe. Con los suyos —replicó la mujer elevando el rostro ante el estupor de su hijo—. No podía continuar permaneciendo con nosotros. Prometimos devolverla si se desataba un

conflicto. Si ella se quedaba, se enteraría de que se trataba de un ataque perpetrado por nuestras propias fuerzas. De saberse, tendríamos a Occidente en contra.

—¿Y cómo lo hicieron? —preguntó Iyad azorado.

Todavía no terminaba de comprender lo ocurrido. Quería reunir la mayor cantidad de información para saber lo que haría después, porque estaba convencido de que no dejaría la cuestión así nomás. Ella no se había marchado voluntariamente, y él iba a recuperarla a cualquier precio.

—Vinieron de las fuerzas de paz a buscarla... —comenzó a explicarle Hamous.

—Tú no —reclamó Iyad.

—Vamos, hijo. Tienes que entender que hicimos lo mejor para todos.

—No para mí.

—Por sobre todo, pensando en ti. —Bella estaba desolada. Sentía que no recobraría la confianza de su hijo así nomás. Por lo pronto, trataría de despejar sus dudas para no aumentar ese recelo con que la miraba—. Sus jefes estaban al tanto de que Carmen no se iría de otro modo. Uno de ellos, en especial, parecía demostrar demasiado interés por ella. Fue el mismo que armó la visita, el que me hizo prometer que no la expondría a una situación de peligro. Debe de quererla mucho, porque movilizó un grupo comando de primera línea para su rescate.

Sus palabras fueron, para el joven, igual que puñaladas directas a su corazón, que comenzaba a quejarse por su ausencia. ¿Tendría a alguien que aguardaba por Carmen? No se le había ocurrido preguntarle sobre su vida, ni siquiera por su familia. Se comportó como el bruto que era. Se limitó a amarla, a darle todo lo que era, eso que nunca había compartido con ninguna otra. Y por eso estaba vacío. Su espíritu la había seguido, se había ido con ella ese día funesto en que se la habían llevado.

—Ven, hijo. Debemos irnos...

Iyad comenzó a caminar junto a Bella, pero se detuvo al enfrentarse con Hamous.

—Y tú, ¿qué tienes que ver con todo esto? —El tono airado obligó al jefe de los caminantes a mirar a la consejera esperando recibir alguna indicación—. ¿Qué parte te tocó interpretar?

—Pregúntale a tu madre...

—¡Hamous! —gritó Bella.

Con su actitud, en lugar de calmarlo, estaba empeorando su berrinche.

—¿Acaso miento? Deseabas que la periodista se marchase. No podías parar al semental y terminaría huyendo con su mujer extranjera. Fue tu madre la que organizó su escape.

—No puedo creerles —dijo Iyad tomando su cabeza entre las manos.

Los días de encierro le cobraban factura. Un cansancio incontrolable comenzaba a mezclarle las ideas. Necesitaba estar en el desierto para poder pensar con tranquilidad.

—Es verdad lo que él está diciendo. Eres mi hijo. Serás quien guíe a tu pueblo hacia la libertad tan ansiada. Ella solo entorpecería tu camino. ¿Se quedaría para siempre entre nosotros? Seguro que no. Tú lo sabes. Te debes a tu pueblo... —Al darse cuenta de que no hablaría, ella continuó —: Luego de la muerte de tu padre, jamás permití que otro hombre estuviese en mi lecho. Mantuve claras las ideas y sin dejar que malas influencias contaminasen nuestro destino. El tuyo fue siempre casarte con alguien de tu casta.

—Eso será si yo lo decido —replicó Iyad.

—Tu futuro está escrito, Iyad. No puedes negarte a conducir a tu gente.

Sin pensar en lo que hacía, el joven comenzó a reír.

—Tú estás loca. No será así, te lo prometo. Frustraré cualquier intento tuyo por casarme. Y si

insistes, me iré para siempre. —Comenzó a caminar y se detuvo—. Ah, una cosa más: mi corazón ya tiene dueña y no cambiaré de parecer.

—¡Qué iluso eres! —dijo Ansar con sorna—. Es increíble que pongas los sentimientos en juego cuando se trata de gobernar nuestra nación.

—Entonces, hazlo tú, Hamous Ag Ansar. Siempre ansiaste el poder. Es tu ocasión.

—Basta a ambos —reclamó Bella—. El que te cases no compromete tu corazón. Puedes continuar teniéndola como amante.

—¿A miles de kilómetros? No, madre. Y estás olvidando mi sangre occidental; tú me heredaste. Ansío más. Quiero tenerla a mi lado, no a un costado.

—Es cierto que tienes sangre extranjera y reniego de ella. Naciste aquí. También me castigo por haberte permitido ir a estudiar a Europa. Solo logré hacer nacer en ti un desapego por tu tierra, aprecio por otras costumbres que no contemplan el respeto por los suyos.

—En eso te equivocas. Aprendí demasiado bien la diferencia entre el respeto y la traición. Es lo que hicieron conmigo. Me usaron para lograr que ella hablase de un pueblo civilizado. No cumpliré tu sueño, madre. Deseo más que decidir sobre el mejor camino a seguir por nuestra caravana y vivir junto a una mujer que no me interesa.

—Pueden ser varias... —acotó Hamous.

Era evidente que disfrutaba enormemente con la situación. Recordar lo traicionado que se había sentido al saber que Raisha lo engañaba con el joven le supo a venganza. Verlo desesperado y vendido por su madre pagaba con creces su malestar.

—Madre... —llamó Iyad sin esperanza.

—Está bien. Luego hablaremos. Ahora es momento de partir, o podemos tentar nuestra suerte. El peligro acecha y es posible que tus captores se arrepientan de dejarnos ir.

Iyad entendió que no tenía otra opción. Al salir la luz del sol, que comenzaba a ocultarse, lo terminó de prevenir. Era necesario avanzar de regreso a la caravana, o estarían expuestos a cualquier grupo interesado en hacerse con el mando de su tribu.

A unos pasos lo aguardaba Amalu, su caballo. Fue Marli quien le entregó las riendas con la mirada baja. La perfidia de su madre la entendía; la de Hamous, tarde o temprano, la esperaba. Lo sorprendió la participación de Marli. Pensaba que sus celos eran historia. El joven levantó la cabeza y le hizo un gesto de asentimiento. ¿Era probable que tuviese algo que explicar?

Subió a su caballo casi sin voluntad. Su mente recordaba, con imágenes difusas, lo ocurrido con Carmen. La había escuchado gritar y desplegar todo su carácter oponiéndose a que se la llevaran. No solo por cumplir con la noticia para la que había sido contratada. La mujer lo amaba. Estaba tan seguro como de su amor por ella.

De todos modos, su desolación era absoluta. Por más que buscase comunicarse con la joven, le pondrían trabas. Su madre, en primer lugar. Después, vendría la complicación para dejar el país. Desde las últimas revueltas, la imagen de su gente en el exterior era nefasta. Tenía la urgencia de internarse en el desierto para aclarar sus ideas. Y después, planear su vuelta... o su huida.

(Carmen)

Casi sin proponérmelo, volví a mi vieja rutina. Mi regreso constituyó el gran suceso que todos

deseaban conocer.

Tuve una serie de entrevistas donde me hicieron preguntas de diversa índole y tenor. Por mis relatos, aprendieron sobre un mundo que les parecía de una oscuridad excitante. Y lo que jamás había querido que sucediera, al fin, pasó. Los tomaron como salvajes sin decoro. Esa libertad que había impactado en mi naturaleza femenina de justicia de género fue captada como libertinaje, instinto animal. No supieron respetar y entender que se trataba de una cultura tan abierta a la independencia de su pueblo. Lloré y me entristecí por ser parte de esa generación retrógrada que no aceptaba las diferencias.

Cuando al fin me soltaron, acabé destrozada. No formaba más parte de ese pueblo estrecho de miras de la boca para afuera. Algunos hasta me observaban con conmiseración. En el fondo, debían de pensar que me habían lavado el cerebro y, lo peor, que yo lo había permitido...

De a poco sentí que me fui apagando. Volví a conducir mi programa en horario central, pero, como un autómata, cambiaba de actitud apenas salía del aire. No lo podía evitar. Era otra persona. Y esa sufría horrores por no tenerlo junto a mí.

Mi trato con Osmar estaba por demás distanciado. Una sola vez había intentado abrazarme y yo le había rehuido. Entendía su dolor, aunque no lo soportaba. Luego de esa ocasión, me trataba con cierta indiferencia que entendía muy bien que no sentía. Pero ¿qué podía hacer? ¿Volver a ser la de antes? No conseguía estar en soledad sin sentirme aniquilada. Mi corazón sabía que jamás me permitirían estar con él. Su mundo y el mío equidistaban más de lo que significaba la distancia que nos separaba. Un sabor amargo cavaba tan hondo en la huella que esa gente había dejado en mí que nada me parecía suficiente para ser medianamente feliz.

Una semana después, estando desparramada en mi enorme y viejo sofá, mirando una película vieja, las lágrimas caían sin contención. El desierto, simulado o no, me traía recuerdos inolvidables.

El timbre de mi portero me trajo de vuelta. Me levanté y, mientras me dirigía a la cocina a atender, limpiaba mi cara delatora.

—Hola... —Nada—. ¡Hola! —insistí.

Nuevamente, silencio. Creyendo en la posibilidad de que alguien se habría equivocado, volví a mi sitio. Fue entonces cuando sonó el timbre de la entrada a mi departamento. No deseaba ver a nadie, pero era evidente que a quien fuere lo habían dejado entrar.

Observé por la mirilla y no alcancé a distinguir muy bien. Entonces lo descubrí. No era cierto. Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. El bandoneón —el que, podía jurar ante Dios, pertenecía a mi padre—, solitario, como esperando ser recibido.

Abrí la puerta desesperada y me encontré con Antonio y Herminda Morales, que me sonreían cargados de ese amor único e irrepetible. Un sollozo se escapó de mi garganta mientras los iba llamando.

—Mamá... Papá...

Lloraba como hacía años. Desde que me habían ido a despedir a Ezeiza, no los había vuelto a ver. Cuando terminé de abrirles y los descubrí parados frente a mí, oculté la cara con mis manos y me arrojé sobre ellos. Ay, cuánto los necesitaba. El abrazo de oso de mi papi. Los besos dulces de mamá.

—¿Qué te pasa, mi amor? —Esa pregunta de mi madre hecha con tanto sentimiento desató un dique de palabras guardadas que comenzaron a salir con tal incoherencia que acabé riendo—. Tranquila, hijita. Ven, vamos a sentarnos y me contás un poco de esta vida loca que estás llevando. —Mirando a mi padre, le habló—: Tráele de la cocina un vasito con agua, mi amor.

Estaba otra vez en casa. Oír a mi madre dándole órdenes a ese señor grandote, que era mi padre y al que ella manejaba a su real antojo, me calentó el alma.

Hablamos de todo un poco. De mis hermanos. Tenía una nueva sobrina. La abuela debía operarse de cataratas porque casi no veía. De pronto, me pregunté por qué habían viajado tan oportunamente.

—Papis, ¿qué están haciendo aquí?, ¿cómo hicieron para pagarse el pasaje?

Ambos se miraron azorados, como si temiesen decir algo inconveniente.

—Después de todo, no nos dijeron que debíamos callar —alegó mi padre.

Era de esos a los que no se les podía pedir que guardasen un secreto porque «buchoneaba».

—Pero...

—Nada. Fue ese jefe tuyo quien nos mandó los pasajes. Primero, nos llamó una señora preocupada. —Sospeché que se trataba de Elena—. Nos dijo que estabas muy desanimada desde tu regreso de aquel viaje del que la prensa tanto habló. —Lo vi caminar de un lado a otro. Le costaba expresarse—. Como tu madre comenzó a llorar, tuve que seguir la conversación yo y, entonces, me pasó con este tal Osmar. Nos invitaba a llegar a Madrid con todos los gastos pagados.

—Está bien —comenté ya más calmada—. Además de tratarse de mis jefes, son mis amigos.

Si de algún modo sospechaban que existía algo más, no lo dijeron.

De verdad tenía que reconocer que Osmar y Elena me habían dado una gran alegría. Como el Ave Fénix, renacía de mis cenizas. Olvidar, jamás, pero al menos ese encuentro con ellos me daba una tregua para respirar sin ahogarme.

Capítulo 19

LA NOVIA MÁS FELIZ

Las tabibas

A su regreso Marli no esperó más. Habló directamente con el padre de Feduda y le dio el ultimátum. No estaba para consentirle el capricho a un hombre tan egoísta y déspota. Si no aceptaba, se la llevaría con él. Le daba lo mismo su opinión. Le informaba sobre su decisión.

Luego de lo ocurrido con Iyad y con algunos de sus compañeros, había comprendido que su lucha se hallaba minada por intereses muy distintos a los que promulgaban la libertad de su pueblo. Él seguía pensando igual, pero nunca a costa de sacrificar a su gente en beneficio de unos pocos que se peleaban por el poder.

Feduda lo recibió con los brazos abiertos. Se postró a sus pies y comenzó a llorar y a pedirle que la llevase con él; que lo amaba demasiado para no estar a su lado.

—Nos casaremos, mi pequeña. Y no importa lo que diga Mohammed.

Dichas esas palabras, la ayudó a levantarse y la besó con todo ese amor que tenía guardado solo para ella.

Lo primero que pensó Feduda fue que haría lo que él le dijera. No la detendría ni el torbellino de arena cuando batía sus alas y les marcaba, con involuntaria saña, cada parte del cuerpo expuesta a su delirio.

Luego, vino la reunión con las mujeres de la tribu encargadas de enseñar todo lo necesario para ser fértiles, con sus magias, que iban desde darle carne de chacal a su marido para que tuviese una simiente poderosa hasta aprender sobre medicinas y pociones que ayudaran a la rápida concepción. Al ser la continuadora del linaje de los Ag Ansar, Feduda se sentía muy responsable de su obligación de brindarle hijos a su hombre.

La mujer que viajaba con la caravana se encargó de hacerla sentir bien. Como poseedora de seducción, sumado a ello la *kayd* —inteligencia femenina—, sería capaz de darle felicidad. Esa tarde, había bebido, junto con Marli, el *angar*, cuya cocción era preparada por la *tabiba*; implicaba su compromiso con alcanzar con urgencia su estado de fertilidad. Era esa noche la más propicia para procrear.

La llegada de las mujeres dio comienzo a los festejos. En la tienda proporcionada por el novio a la unión, todo era alegría. Una luz mortecina apenas se vislumbraba a través de la entrada. Otro tanto ocurría en casa del tío de Marli. Su padre, poco convencido de su casamiento con la hija de Mohammed, reía y bebía como el mejor. La mirada del joven se perdía en lo que sucedía a una

distancia prudencial de la jaima. Pero era muy ruidoso el bullicio que hacían entonando cánticos y sacudiendo sus lenguas, que resultaba imposible no quedar impregnado de esa música hechicera.

La llegada de Iyad provocó un murmullo en los presentes. Su padre se puso tenso y Marli lo miró con ferocidad. Se trataba del mejor amigo de su esposa y había dado muestras de serlo también de él.

—*Assalamualaikum* —saludó el joven príncipe.

Las cabezas se giraron y el novio asintió. Con un gesto despidió a quien se hallaba a su lado para dejar sitio al invitado.

—Supongo que no la necesitas, pero tienes mi bendición —dijo Iyad mientras llevaba su mano desde la frente hacia adelante.

—Es cierto lo que dices, pero mi esposa será feliz al escucharlo. Todo lo que alegre su corazón colma de dicha el mío, hermano Iyad.

Luego de esas palabras, el clima volvió a distenderse. La leche de camello servía para calentar una noche particularmente fría.

Marli no podía quitarse de la cabeza la idea de que, a partir de ese momento, tendría a Feduda cada noche en su lecho. Era suya. Le pertenecería, además de su alma y de todas sus posesiones.

Siguió con la mirada a su amigo. Estaba triste y lo entendía como ninguno. Él había estado ahí, había escuchado los gritos de ambos luchando por que nos los separasen. Sufría por ellos imaginando la locura que significaba no poder reencontrarse nunca más. Fue por eso que, al llegar, lo primero que había hecho fue obligar a su padre y a Mohammed a concretar su boda. Sería así, o se la llevaría con él a donde fuera.

—¿No supiste nada de ella...?

Su pregunta le resultó hueca hasta al propio Marli. De ser así, de conocer su paradero, no se lo vería con ese espíritu mortalmente hundido en la pena.

—No —respondió Iyad dando un suspiro—. Mi madre se niega a darme información. ¿Sabes qué? Tengo que encontrarla. O me volveré loco.

—Te comprendo demasiado. Deja que hable con mi padre. Él seguro sabe algo...

Las palabras pusieron una pequeña luz de esperanza en el corazón del joven targui.

—¿De verdad lo crees?

—Haré todo lo posible por conseguirte esa información que necesitas.

Lo que Iyad no sabía era del odio visceral de Hamous contra él. Estaba convencido de que, en el fondo, el hombre había actuado por pedido de su madre. Jamás supo que, prácticamente, había sido el instigador de cada hecho acontecido ese día nefasto en que se la habían llevado.

La noche siguió su curso hasta la hora en que la gente comenzó a abandonar la tienda. Solo quedaban algunos cuando Marli decidió que era momento de buscar a su esposa.

Caminó, con paso seguro y colmado de expectativa, a su encuentro. Apenas descubrió la entrada a la tienda se hizo un silencio que exudaba picardía. Ellas comenzaron a tomar sus pertenencias para marcharse. No faltaron las risas y cuchicheos y los mejores deseos de una noche de pasión a una novia ruborizada.

—Mi hermosa Feduda... —exclamó Marli al tomarla entre sus brazos.

El beso que le dio mostraba su urgencia. Ella sintió la dureza que se apoyaba contra su vientre y se apretó más todavía. Él la alzó para conducirla al interior, donde cortinados separaban los espacios de su hogar.

Cuando le mordió con suavidad el lóbulo de su oreja, la muchacha soltó un gritito que al joven

terminó de enloquecerlo. Despacio, tomándose todo el tiempo a pesar de las ganas que tenía de estar dentro de su cuerpo, le empezó a quitar las hermosas prendas que él mismo le había regalado para la ocasión. El avaro de su padre ni para eso había querido intervenir.

Aunque Feduda reía avergonzada, no se resistió. De a poco empezó a imitarlo. Su cuerpo se caldeaba a medida que descubría el enorme placer que le daba a su hombre tenerla en esa posición. Con cuidado tomó su miembro, duro como la roca que guardaban las pinturas de sus ancestros, pero de una tersura que la obligó a ser delicada. Un gemido ronco la sorprendió mientras lo acariciaba desde su inicio hasta alcanzar la punta.

—Si continuas, culminaré pronto. No es lo que espero en esta noche única para nosotros.

Despacio, retiró su mano y se la llevó a los labios. Besó cada uno de sus dedos para mostrar cuánto agradecía esa caricia que lo había enardecido. Luego, no se aguantó y decidió darle todo el placer que podía. Ella era su luz y se merecía cuanta dedicación recibiera de su parte para conocer los beneficios otorgados por el sexo. La destapó y, con una lentitud poco habitual en su temperamento ardiente, separó sus muslos e internó su boca en sus pliegues más ocultos.

Iyad percibió el movimiento en su tienda apenas el haz de luz de luna se coló. No podía dormir pensando y repensando en la manera de obtener noticias de Carmen. Tenía la sensación de que ella también lo extrañaba, de que sufría por el alejamiento, tanto como le ocurría a él.

Supo enseguida de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cierto recelo.

Había sido más que claro en la última conversación mantenida. Ella había llorado y él había tratado de consolarla con un beso amistoso. Pero luego se había arrepentido al verla como se colgaba de su cuello y le rogaba que no la dejara.

Raisha entendía que podía ser rechazada, pero no le importaba. Su cuerpo le pedía estar con él y su alma le ordenaba seguirlo hasta la muerte. Por eso no respondió, solo hizo aquello que mejor sabía.

Bajo las mantas él siempre estaba desnudo. Lo destapó lo suficiente para alcanzar la parte de su anatomía que no se negaría y, sin aguardar su respuesta, lo engulló buscando, con sus manos, acariciar las bolsas que se agrandaban, producto de la excitación.

Si Iyad hubiese querido echarla, era demasiado tarde. Se dejó llevar. La misma oscuridad disimuló la compañía y su imaginación transformó el resto. En llamas se sacudió introduciéndose cada vez más en la cavidad de la joven. Un grito ronco lo llevó a bramar el nombre de su amada en una última embestida triunfal.

La muchacha fulani no se detuvo, continuó con lo que hacía. Pero nada pudo contener las lágrimas que, alborotadas, comenzaron a descender por sus mejillas.

Fuera de la tienda, un par de ojos observaban con atención lo que ocurría en su interior. A Hamous le habían ido con el cuento sobre lo que la mujer tenía pensado hacer. Era más fuerte que su voluntad no seguirla. La furia de Hamous se sumaba a la angustia que le provocaba saberla con su enemigo. Por otro lado, la odiaba por la lujuria que todavía despertaba en su cuerpo. Maldita ella, y él por no poder controlar sus emociones. También lo lastimaba verla en brazos de otro. Su amor por la muchacha era real. Y un llanto silencioso lo obligó a marcharse.

Para Ansar se trataba de una maldición que marcaba su fracaso como amante dentro de la

tribu. La cabeza le daba vueltas ante la mezcla de sensaciones. Pero si de algo estaba seguro era de que esa historia debía de concluir. Y tenía muy en claro quién sería el que se fuera.

Amanecía y todavía no habían logrado dejarse llevar por el sueño. Los miembros, cansados; la piel, ardiente, y una felicidad que daba miedo. La satisfacción les brotaba hasta por los ojos, donde una luz diferente los llevaba a esplendor como dos luceros. El amor permite que esto suceda. Y ellos esperaban poder volver a compartir lo que, hacía tan solo un momento, acababan de brindarse.

—¿Cómo te sientes? —la interrogó el joven aun conociendo su respuesta.

—¿De verdad me lo preguntas? ¿Acaso no lo notas? —dijo ella mientras acariciaba los duros músculos de su pecho.

—Un hombre siempre necesita saber...

—¿Qué?

—Bueno, tú sabes, si la mujer disfrutó con él.

—¡Por Alá, Marli! Deben haberme escuchado gritar hasta en el inicio de la caravana. ¿Dudas de lo feliz que me has hecho?

—No. Es solo...

—Te amo.

—Yo te amo más todavía —insistió él. Luego, recordó la visita del joven príncipe—. Hoy estuve con Iyad.

—Iyad... ¿Cómo está? Desde que planeamos nuestro matrimonio, me fue difícil hacerme de tiempo para verlo.

—Se halla muy mal. Prometí que trataría de averiguar algo sobre la periodista.

—¿Puedes hacerlo?

Nada más por la ansiedad que vio en sus ojos, él juró hacer cuanto pudiera.

—Lo intentaré. Creo saber la forma de convencer a mi padre para que hable.

—Ay, querido mío. ¡Qué suerte tuve al poderte enamorar! —dijo la muchacha y besó su fuerte mandíbula.

Fue el paso previo para ocupar su boca, y así fue la manera de iniciarlo todo. Nuevamente comenzaron a amarse. Como si no lo hubiesen hecho tantas veces durante esa noche tan maravillosa.

Capítulo 20

SU BANDONEÓN

(Carmen)

Esa mañana fue distinta. Mi madre me trajo el desayuno a la cama. ¡Cuánto lo extrañaba! Ella siempre lo hacía cuando amanecía en su casa. Luego, habían llegado mis ganas de viajar... Si bien me habían dicho que entendían mi deseo de conocer otros sitios y crecer en mi profesión, sabía que habían sufrido mucho con esa separación.

El sonido ahogado por alguna puerta que ocultaba ese delirio de mi padre por el tango me fue desarmando. Reploté en mi memoria esa infancia adorable donde jamás me había faltado cariño y comprensión de mis padres, del montón de tíos y primos. La dulzura de mi abuelita Carmen, de quien había heredado el nombre. Y todas esas amanecidas escuchándolo ejecutar ese instrumento tan querido. Tan parte de mi historia. Con esa música me trajo, también, un pedacito de mi tierra.

Entonces vi a mi madre venírseme al humo al saberme despierta.

—¿Vas a contarme? —Su pregunta no me sorprendió. Es más, la esperaba—. Te noto demasiado triste, demacrada... A mí no me podés mentir.

Cuando la miré a los ojos, comencé a llorar. Si les contara que hasta este preciso instante no me consideraba una llorona, ¿me creerían? Pues era así. Era como si se hubiese roto un dique de contención y, con cada comentario sensible, reaccionaba de una única manera...

—Ay, mamita, es que estoy enamorada de un imposible —dije entre balbuceos y sonrisas.

—No existen los imposibles, salvo que sea un señor casado.

Su pacatería me hizo reír.

—¿Los actores cuentan? —pregunté con inocencia fingida.

—¿No me digas que trabaja en tu programa?

Mientras me preguntaba con cierta ilusión, se sentó junto a mí y me pasó el brazo por los hombros. ¿Qué pensaría? Lo más probable era que se imaginase que terminaría como Grace Kelly.

—No. Igual, no trabaja en el espectáculo, pero sería más fácil si lo hiciese.

—Entonces, si no se puede, deberías quitártelo de la cabeza. Deja ya de sufrir, Carmencita.

—Eso es lo que no puedo hacer, mami. No me sale. Mirá que trato, pero lo tengo como incrustado bajo la piel. Es un sentimiento que me sigue a todas partes, y para peor...

Me callé. No sabía si estaba bien que le diera más detalles. Mi historia con Osmar sobrevolaba la casa.

—Lo estuvimos hablando con tu padre. Tal vez, sería momento de que regresases a tu país con nosotros, con los tuyos.

—Ay, mamita —dije otra vez y comencé a sollozar.

Me costaba tanto respirar que me asusté. Cataratas de gotas calientes se acumulaban en mis ojos y resbalaban por mis mejillas. Mi madre se preocupó y me tocó la frente.

—Estás un poco calentita. No parece que tuvieras fiebre. ¿Tenés algún médico de confianza para consultar? No vaya a ser que te trajiste alguna peste de ese lugar a donde fuiste.

—Seguramente Osmar tiene idea de alguno. Hasta ahora no me enfermé... —Busqué calmarme. Lo último que deseaba era inquietar a mis padres. Ya bastante habían soportado con mi desarraigo. Además, también había estado pensando en volverme a la Argentina, pero sería perderlo por completo...—. No sé muy bien qué quiero hacer, mamita. Es que nada me importa demasiado si no lo tengo. Nada. Es como si estuviese vacía de promesas y de sueños, ¿me entendés?

—Claro que te entiendo, ¿cómo no voy a hacerlo? ¿Acaso no fuiste siempre una loquita soñadora? Los necesitás como al aire para respirar.

Suspiré acongojada luego de esa tremenda descarga emocional. Estaba muy cansada y no entendía muy bien por qué si me la había pasado durmiendo...

—Ahora trata de recostarte otro ratito —dijo ella amorosa.

Asentí con la cabeza y me ayudó a acomodarme. La ropa pesada me daba cierto confort. Demasiado tiempo viviendo al límite, cualquier comodidad era muy bienvenida.

Me pareció que, apenas cerré los ojos, empecé a flotar en una nube. ¿O sería una alfombra mágica? ¡Vaya a saber! Cruzaba el desierto volando como la arena que acompañaba sus pasos. Los de él. Del hombre que amaba y no podría olvidar jamás.

—Disculpame, Osmar, quisiera hablarte...

Antonio Morales se acercó muy serio a entrevistarse con ese hombre que, aparte de ser el jefe de su hija, mostraba demasiada confianza en su hacer con la niña.

—Por favor, tome asiento. Estoy a su disposición para lo que necesiten.

—Lo sé y se lo agradezco. No habríamos sabido qué hacer sin su desinteresada ayuda...

—Me parece justo que os enteréis de que no es para nada desinteresada. Quiero casarme con ella. Solo espero que me acepte.

El padre abrió grandes los ojos. Si conocía lo suficiente a su hija —y así era—, no la veía demasiado emocionada al tenerlo cerca. Su instinto le decía que había alguien más por quien su chiquilla penaba.

—Lo que yo quería pedirle —dijo Antonio sorteando el tema— es que me parece necesario que la revise un doctor...

—Es que lo hizo apenas ingresó al país —replicó Osmar un poco ofendido.

No pensarían que él no se había ocupado de atenderla como era debido.

—No, no, si eso ya lo sé, pero fue hace diez días. La verdad, no la vemos que esté mejor. Con mi mujer nos preocupa que haya contraído alguna de esas pestes raras que se nombran en la televisión. Está muy decaída y no avanza en su restablecimiento. —Antonio se sentía molesto por tener que depender de ese desconocido que, aunque amable, no terminaba de caerle bien a

pesar de no entender por qué—. Además... —insistió el hombre— va siendo hora de que nos busquemos un hotel y dejemos de abusar de su generosidad.

—¡Faltaba más! Si les dije que esta es como si fuera su casa. Si pronto seremos familia...

—Sí, pero aún no lo somos y le hemos invadido su hogar. Sospecho que usted es una persona que gusta de la tranquilidad al llegar a casa. Estaríamos todos más conformes si nos trasladásemos a otro sitio.

—No, don Morales, os juro que para mí es un placer alojarlos. Su hija es la mujer que siempre quise a mi lado y ustedes son sus padres. No hay más que hablar. —Osmar no terminaba de entender los reparos de Antonio. Seguramente, algo debía tener que ver; según le había contado Carmen, eran personas muy creyentes y no veían con buenos ojos esa situación irregular que mantenía él con su hija—. Y quedaos tranquilos: llamaré enseguida a un médico conocido para que la visite.

—Muy bien —dijo el hombre al pararse y acomodar la silla. Le chocaban muchas cuestiones de la situación que no acababa de comprender. El lugar era enorme. Ellos dormían en una habitación con cama matrimonial, aparte estaba aquella donde yacía Carmencita, y le había parecido ver otra que había oído nombrar a una mucama que era para invitados. Ambientes amplios y la biblioteca que el dueño de casa usaba como despacho. El piso mostraba buenos materiales. Antonio no sabía de objetos caros, salvo en lo referente a la madera. Era su pasión, además de la forma de ganarse la vida. Entendía cuando algo era de categoría y ese sitio destilaba mucho de eso—. Lo veré, entonces, luego.

Osmar se quedó analizando la cara preocupada del padre de Carmen. Mostraba un parecido especial con su hija. Su blanca palidez y esos ojos oscuros daban cuenta de que tenía raíces europeas. De España, para ser más precisos. Pero el resto se perdía con sus costumbres tan populares entre los argentinos. Se había traído hasta el mate y unos paquetes de eso que tomaban allá, llamado yerba, y que se lo pasaban bebiendo durante gran parte del día.

Entonces se acordó. Tomó el teléfono y marcó el número de su amigo.

—Hola, Santiago, ¿podrás venir a atender a una paciente especial esta tarde? ¿Sí?, ¿de veras no te es molestia? Entonces os aguardo a eso de las seis...

Luego de despedirse y cortar la comunicación, decidió hablar con ella. No lo había hecho desde su llegada y, si dejaba pasar los días, terminaría sin enterarse de primera mano qué era lo que había pasado en ese sitio tan exótico, a donde la había llevado su sueño de ser corresponsal en Oriente.

Capítulo 21

TU SIMIENTE

(Carmen)

*Yo soy la que viste color en la piel,
adornando la carne con tonos desérticos de índigo.
Mis historias se narran bajo los ojos,
sobre pómulos de mantequilla.
No necesito un cielo de metal,
un ataúd tallado en hueso, majado en sangre.
Soy un millón de constelaciones moldeadas en lodo,
el color de un cielo que despierta,
recuerdos azul púrpura, secretos sumidos en tormentas de arena.
Entre mi amante, el desierto,
y yo.
T. J. Dema-Botsuana*

Para darles el gusto a todos, fui a hacerme los análisis que me había ordenado, en la receta, el especialista amigo de Osmar. Mi padre se trataba de un hueso duro de roer. Si no los hacía, iba a perseguirme hasta lograr que mi mente colapsara. En eso no podía decir nada, yo era igual.

Solía ser bastante reacia a visitar los centros de salud. La última vez que había visitado un hospital se había tratado del nacimiento de Augusto, mi último sobrino. La situación se había complicado y habíamos tenido mucho miedo.

El olor a desinfectante atrapó mi nariz hasta no dejar que pensase en nada más que en querer irme. Las batas blancas y verdes danzaban por mi cabeza en un continuo devenir y entorpecían mis ondas cerebrales normalmente controladas. Si no hubiesen estado mis padres, me habría marchado sin dudarlo.

—Tiene miedo, tiene miedo... —me cantó mi padre suavemente, cerca de mi oreja.

—¡Nunca! —dije no demasiado convencida, pero al mirarlo noté que tenía más arrugas que antes. Y, además, que mi miedo, por alguna razón, se parecía al suyo—. Soy She-Ra.

Me aventuré cruzando mis brazos para mostrarle mi postura vencedora. Lo hacíamos desde que era niña. Era la hermana del superhéroe He-Man y soportaba cualquier circunstancia con valor. Ambos nos reímos y mi madre sonrió moviendo la cabeza. Recordar ese momento me eterneció. Estaba feliz de tenerlos conmigo. Daba gracias al cielo y a Osmar por ese hecho.

Después de la extracción, el propio doctor Quesada me recibió en su consulta. Pidió revisarme nuevamente y que le repitiese lo que venía sintiendo desde hacía algún tiempo.

A su pedido visitamos a una colega suya. Ante mis ojos observé solicitarle que me observase por medio de un aparato llamado ecógrafo. Me recosté en la camilla y no pasó mucho cuando la mujer, plena de felicidad, me dijo: «Querida, estás embarazada». Lo primero que agradecí fue no haber ingresado acompañada al consultorio. Mis padres me aguardaban fuera y mi corazón había comenzado a repiquetear de un modo que acabó por asustarme.

—¿Puede ser eso cierto? —pregunté ridículamente.

Se trataba de una realidad tan pasmosa que hasta a mí me resultaba evidente. Hacía unos meses que mi período había dejado de venirme. Se lo había atribuido a los cambios experimentados por mi modo de vida: me alimentaba diferente, el clima era distinto. No había querido reconocer que mi cuerpo había comenzado a dar señales.

—Míralo... o mírala. Aunque aún es muy pequeñito.

Mis ojos se perdieron en un conjunto de manchas y un punto que latía sin cesar. Para variar, comencé a llorar y ya no pude ver nada.

—¿Qué debo hacer?

La pregunta era más para mí que para ellos.

—Lo primero sería, tal vez, decírselo a su padre —dijo el doctor Quesada.

Pronto comprendí su error. Debía de estar pensando que se trataba de su amigo Osmar. Al menos, ante mi silencio, no agregó nada más.

La médica comenzó a escribir, en su talonario de recetas, vitaminas y una cantidad de recomendaciones. Me habló de controles mensuales y de otros temas que mi cabeza trataba de registrar sin lograrlo. Ya vería más tarde como conseguiría obtener toda la información que necesitaba.

Estaba esperando un hijo. Y su padre era nada menos que mi príncipe azul.

—Por fin te dignas aparecer... —reclamó Hamous a su hijo.

Hacía varios días que no lo veía. Las malas lenguas decían que su mujer lo tenía secuestrado. Hamous no sabía si era la envidia de ver a un hombre sano, joven y fuerte, que podía demostrar lo que él ya no.

—¿Deseabas verme?

—¿Para qué podría?

Su voz sonó tan despectiva que Marli se sonrió. De ser importante, sabía dónde hallarlo. Más bien se trataba de un reproche encubierto. Desde el día de su matrimonio, a Marli se lo había visto poco y nada. Estaba con su mujercita encerrado, disfrutando de una larga estadía de enamorados.

—¿Entonces?

—Era solo mi manera de recibirte —replicó el hombre.

En verdad, ni él sabía lo que buscaba con su reclamo. Ante la mirada de ese joven que representaba su mejor obra, Ansar aceptó, con el alma abierta, que su anhelo mayor era no perderlo. Vería el modo de aceptar a su esposa lo mejor posible, pero no podía darse el lujo de no tenerlo cerca. Descubrir que, además de admirarlo, lo quería demasiado para dejarlo ir trepó por

su insensible y arrugado corazón por falta de uso, y se sonrió. Fue entonces cuando el muchacho habló:

—Quisiera que me respondas algunas preguntas.

La cara de sorpresa de su padre era auténtica. Marli sabía que el hombre no esperaba que alguna vez le cuestionase nada. Un ligero temor ensombreció sus ojos, algo que terminó de aclarar lo que pasaba por la mente del muchacho respecto del rescate de Carmen y la prisión de Iyad.

—Tú dirás —afirmó el padre, y estaba visto, con cierta reserva.

—Necesito saber sobre el contacto de la periodista, quiero encontrarla...

La carcajada de Hamous lo incomodó.

—¿Tú quieres? ¿Quién te manda?

Él tenía en claro de dónde venía el interrogante, pero, si Marli pensaba que iba a ayudar al sátrapa del hijo de Bella, había enloquecido.

—¿Acaso importa? Para ti sería una solución. No tendrías que tenerlo cada día ante tus ojos. Más aún, podrías intentar conquistar a Bella y hacerte con el dominio de la caravana...

En un principio, Ansar estuvo por levantarse y dejarlo hablando solo. Sentía como una traición lo que hacía Marli, y eso no lo dejaba analizar lo que le decía. No lo sabía amigo de Iyad, pero sus palabras empezaron a horadar su cabeza. No estaba nada mal la propuesta del joven. Siempre le había gustado esa hembra tan díscola como hermosa. Lo que le impedía acercarse era la figura imponente del hijo, que solía acompañarla en cada decisión. Aunque si lograba quitárselo de encima...

—Deja que lo piense.

Para Marli su respuesta era suficiente. Su padre, a pesar de ser obtuso en cuanto a ceder ante lo evidente, era demasiado astuto para no comprender las ventajas de su accionar. Su idea tenía cierto peso. Que le diese una oportunidad ya bastaba.

—¿Marli...? —preguntó una voz amodorrada por el sueño.

La tienda se hallaba sumida en una claridad agradable. Estaba amaneciendo. Se podía escuchar a las mujeres reír mientras iban con sus baldas hacia los pozos. La caravana se despertaba de a poco.

—Aquí estoy —respondió él muy cerca de ella.

Se había puesto de costado para observarla. Cada detalle de su rostro componía una delicia diferente que él besó con infinita ternura. Sus ojos, como dos lágrimas aplanadas y del color de las almendras a punto de ser cosechadas, lo habían atrapado desde un comienzo.

Era tan niño cuando la había visto cargando el agua del pozo. Su cabello largo y trenzado tocaba el piso. Una boca pulposa, de labios llenos y rosados. Un andar suave e indeciso. De haber podido, la hubiese ayudado a llevar su carga. Pero también podía percibir el orgullo en su mirada. Se ofendería por considerar que se trataba de un menosprecio. No que él estaba babeando por ella. Y era casi un hombre al prometerse que sería suya para siempre.

—Mmm... ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —la interrogó él mientras su dedo recorría el contorno de uno de sus pechos. Ella se agitó y el joven asintió con la cabeza—. Responde...

—Como si... como si, ahhh.

No podía seguir hablando cuando la otra mano de su esposo hurgaba en su interior. Un cúmulo de sensaciones se adueñaba de su mente, y ya dejaba de pensar en algo más que no fuesen sus caricias.

—Dime —preguntó él insistente y con voz ya ronca por el deseo.

—Como si quisieras saborearme —agregó Feduda cubriéndose el rostro con una manta.

A pesar del paso de los días y de las perversidades que habían hecho, la vergüenza era demasiada como para mirarlo a la cara al decirle aquella barbaridad.

—Ahhh, pequeña desvergonzada. Entonces es eso lo que deseas... Lo haré tan solo por cumplir tu voluntad —respondió el joven muy resuelto.

En el fondo, no había nada que lo hiciese más feliz que darle placer a su mujer, satisfacerla hasta llevarla a gemir y voltear la cabeza hacia uno y otro lado con total frenesí.

Logró hacer que la muchacha se soltara y fuese capaz de mostrar sus preferencias. Tendría toda la vida para brindarle aquello que le pidiera, porque él solo estaba para amarla...

Las risas eran parte de los sonidos que salían de la tienda desde hacía algunos días. Ya nadie se sorprendía del amor que esa pareja se tenía, lo que llevaba a suponer que el gran Hamous debía sucumbir a la felicidad de su hijo en lo relativo a su esposa, o seguramente la elección del muchacho saltaba a la vista.

Capítulo 22

VOLVER...

(Carmen)

«**S**u atención, por favor. El vuelo a la República Argentina con escala en...».

Había ocurrido. Mi vuelta a mi país sería inminente. Pero no había sido nada fácil llegar hasta esa instancia... Los hechos se habían ido dando de un modo vertiginoso. Sin la ayuda de mis padres y de Elena —quién hubiera dicho que ella terminaría siendo quien me asistiría a escapar de todo eso—, me habría resultado un suplicio retornar a mi tierra sin cuestionamientos y planteos de la más diversa índole. Los productores estaban desolados ante la marcha de su periodista estrella, en la que habían depositado tanta esperanza.

Al conocerse mi estado, las reacciones fueron diversas. Las caras de mis padres iban de un primor a la de un signo de interrogación gigante. El caso de Osmar era distinto: sentía como iba subiendo la lava cual volcán en erupción. ¿*Enloquecido* era el término para describirlo? Un hombre siempre tan controlado había perdido los estribos de un modo apabullante. Caminaba y caminaba, de una punta a la otra de su despacho, repitiendo sin cesar, como un mantra: «No puede ser».

Contra todo pronóstico, me hallaba calma. No era la mejor situación, pero era una posible consecuencia de lo que había decidido vivir. Y se trataba de su hijo. Del hijo de Iyad. Lo criaría con todo el amor que tenía en mi corazón, sumado al que guardaba para su padre. Lo que sí, era imposible quedarme y ver la cara de reproche de Osmar. «Cómo pudiste...» fue lo último que le permití decir al respecto.

Ese mismo día, juntamos nuestras pertenencias y marchamos con mi familia a un hotel. Por suerte, ellos estaban de acuerdo. No me sobraba el dinero, pero, durante esos años de trabajo duro, había podido ahorrar como para aguantar unos días en España hasta ver lo que hacía a fin de conseguir para los pasajes de regreso.

Ya instalados en un hotel discreto, recibí la visita de Elena.

—Ay, mi niña... —me dijo compungida al abrazarme. Y la dejé. Sabía que, independientemente de aquellos sentimientos a los cuales no podía corresponder, ella me tenía un gran cariño—. Tendrías que haber venido a mi casa. Sabes que te hubiese recibido con los brazos abiertos.

—Lo sé, Elena, y te lo agradezco. Pero ya es momento de despegar de «todos» ustedes. —Mientras lo decía acusé el recibo en su rostro, que se contrajo con dolor—. Debo ser honesta. No

volveré al canal y ahora tengo a alguien que cuidar. Quiero regresar a casa. Volver a mi país y empezar de nuevo.

—Está bien. Si es eso lo que deseas, al menos deja que te ayude...

—No...

—Espera, no te apresures. Si estás de acuerdo, puedo comprarte los pasajes para ti y tus padres. Será un préstamo. Luego verás el modo y el tiempo de devolverme ese dinero... No me niegues esta oportunidad de hacer algo por vos.

Ese vos del final quitó la tensión al momento. Me daba una solución, la que hasta el momento no había considerado.

—Está bien —respondí a sus palabras, y la vi aflojarse—. Prometo no hacer nada más hasta devolverte cada moneda que me des.

—No lo imaginaba diferente —dijo Elena poniendo su mano sobre la mía. Era un gesto honesto, de cariño sincero, y no hubiese estado bien ponerme quisquillosa—. Haré los arreglos y os avisaré.

Cuando se fue del salón donde nos habíamos reunido, respiré. Había tomado el hábito de acariciar mi vientre a cada rato. Me daba cierta seguridad. No lo había perdido del todo. Algo muy suyo sería mío para siempre.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó Marli a su nuevo amigo.

—Sí, lo estoy. ¿Qué hubiese ocurrido de no haber podido tener a Feduda contigo?

—Hubiese sido el hombre más infeliz del mundo.

En parte, sabía lo que sentía su amigo. Él amaba a su mujer, y el imaginarse no tener noticias de ella sería desquiciante.

—Debo hallarla. No puedo quedarme con esta sensación de haberlo perdido todo.

Hacía días que lo venían hablando. Iyad no era el mismo. Tenía una espina clavada por la traición de su madre y el corazón roto con la salida de Carmen de su existencia. Profundas ojeras desteñían esa mirada inteligente y sensual que encantaba tanto a hombres como a mujeres. El dios pagano había devenido en un hombre cavilante, con la vista perdida en el desierto que amaba y le había quitado a su mujer. Porque bien sentía en la piel, cuando se le erizaba, que había sido el trabajo organizado de gente de la caravana. Carmen no lo hubiese dejado nunca. Jamás.

Pero ¿entonces? ¿Por qué no había tratado de comunicarse con él en todo ese tiempo? A veces, se cuestionaba su actuación. Desde sus sentimientos hasta los de ella. Luego, venía la parte en que imágenes sucesivas e intemporales de lo que habían tenido juntos hablaban, por sí mismas, de cuánto se querían y necesitaban.

Una noche sin dormir y se decidió. La iría a buscar. Iyad le había contado del canal de televisión de Madrid que la había contratado para que fuese su corresponsal. Alguien sabría darle su paradero. De algún modo, acabaría por encontrarla. Y después... Bueno, de eso hablarían más tarde. ¿El lugar? Cualquiera. Pero juntos.

—Bella... —La voz profunda del hombre la obligó a prestarle atención—. Te hablo y no me contestas —insistió Hamous con absoluta incomodidad.

Se sentía un muñeco de arcilla al que esa señora modelaba a su antojo. Aceptando sus caprichos, lo único que había conseguido fue que le perdiera el respeto. Como ocurría en ese mismo momento. Le venía preguntando hacía rato sobre los destinos de la caravana, y ella estaba en otro mundo. En el suyo, el de ella, no había cabida para Hamous Ag Ansar.

La situación había comenzado una vez que le había dado la información a Marli sobre la occidental. En el fondo, Bella siempre supo quién había pasado el dato, pero no lo podía culpar sin tener la absoluta certeza.

Cuando Iyad le había dicho que se iba, había creído morir. Nunca había imaginado que llegaría ese momento. Todos sus planes se vendrían abajo. Nada quedaría en pie de sus viejos anhelos. Entonces, la figura del jefe de los caminantes había crecido. Era una compañía ante una soledad que se cernía ante una mujer que se mantenía impoluta para no torcer lo que consideraba, su destino.

—Si no tienes nada que decirme, será mejor que me marche —dijo él mientras acomodaba su velo.

Habían estado intimando y, la verdad, sus cuerpos respondían con una espontaneidad que parecía imposible. Ella había sentido la falta de caricias recién cuando Hamous le había dedicado mucho tiempo a calmar sus deseos. Él se había encontrado con la sorpresa de que le agradaba tener una compañera mayor, más madura, aunque tan bella como cualquiera de las mujeres de la tribu fulani.

Los tiempos eran otros. Los instantes de pasión desbordante eran esporádicos, pero causaban un impacto que perduraba en su corazón guardado con celo.

—Espera... Aún no te vayas. Quiero despedirte como te mereces —le imploró ella, que se colgó de su cuello y le dio un beso que lo puso a temblar—. Mis pensamientos se van contigo. No voy a mentirte, extraño a mi hijo. Su ausencia me produce una honda tristeza. Pero espero ansiosa tu regreso.

Él la abrazó con ternura y apoyó su frente en la de ella. Recorrió su cabellera hasta enroscarla con sus dedos. La atrajo contra él y la besó nuevamente.

—Volveré pronto —prometió al separarse. Si continuaban así, no lograría irse. Los hombres lo aguardaban fuera. De otro modo, la estaría tomando nuevamente, como tantas veces durante esos días. A último momento Ansar se volvió—. Si todavía lo deseas, a mi regreso te ayudaré a buscarlo. Solo puedo decirte que está bien, haciendo lo que se propuso.

Después se fue, antes que la mujer comenzara a interrogarlo sobre aquellas cuestiones de las que prefería no hablar.

Capítulo 23

ENTRE SUS BRAZOS

(Carmen)

Buenos Aires, barrio de San Telmo...

Mi tierra me recibió con el cariño de siempre. Las calles de mi infancia aparecieron como cartas de baraja y alegraron mi regreso. La feria de la plaza Dorrego, colmada de gente, y unas cuadras después, mi hogar. La casa reconstruida por mi abuelo. Una reliquia de un viejo conventillo que alguna vez había hecho historia.

—Llegamos —dijo mi padre con esa sonrisa grande que tanto me gustaba.

Me ayudó a bajar con un cuidado... Desde que supo mi condición, me tenía como si me fuese a desarmar.

—Pintaste el frente... Pero ¡mirá qué lindo! Al final, te animaste. El verde le queda precioso a la casa —dije tratando de no mostrar lo emocionada que me sentía.

Bueno, pucha. Desde hacía un tiempito, todo me ponía llorona.

—La idea fue de tu hermana. ¿Viste cómo es?, se le mete algo en la cabeza... —comentó doña Herminda.

—Está bien, mami. ¿O iban a seguir con ese paredón descascarado?

—Pero con la cara de Gardel pintada y fileteada.

—Ya sé. Pero estaba muy feo el resto, ahora quedó bárbaro.

Caminamos por la veredita hasta la puerta. Papá tocó el timbre, algo que me llamó la atención. Cuando abrieron estaban todos. La familia a pleno. Hermanos, tíos, primos. Mi sobrinita chiquita lloraba pidiendo upa. Y claro, para no ser menos, ahí también me puse a llorar yo.

—¡Carmencita...! —gritó mi tía abuela, tan parecida a ella que me dio impresión.

—Bueno, bueno... Que tiene que descansar —sentenció mi padre. De a poco la gente se fue dispersando mientras me miraban con ojos tan humedecidos como los míos—. Mañana hacemos la gran comilona y la vienen a saludar.

En parte, le di las gracias. Tenía razón. Un cansancio impresionante me hacía tener los ojos a media asta. Necesitaba dormir. Además, estaba eso del horario que faltaba acomodar. Teníamos como cinco horas de diferencia con España.

Me dirigí hacia mi cuarto y me detuve en la entrada. Estaba todo igual a cuando había decidido partir. Era como si hubiesen aguardado mi regreso al otro día de que me había ido.

Mi juventud y ser la hija más chica había marcado una huella. Lo supe al ver la emoción en la

cara de mis padres, al venir a darme el beso de buenas noches. Ya estaba grande, pero igual valía. Es más, lo necesitaba como nunca.

(Carmen)

Había comenzado a preocupar a mis padres. Lo percibía en la atención permanente que me dedicaban. Siempre listos para responder a mi menor capricho, algo que me ponía peor. Los estaba haciendo sufrir.

Cuando ese estado absoluto de depresión se adueñó también de mis mañanas, pensé en varias opciones. Me desgranaba de a poquito. Un letargo insoportable del que me costaba salir. Ni recapacitar sobre que mi hijo me necesitaba entera podía mejorarme el ánimo.

Una posibilidad era salir a buscar trabajo y ocupar mi tiempo. Después de la repercusión de mis notas, mi posición como reportera y periodista tenía un impacto diferente, más categoría. Sentí que, con respecto a eso, estaba para un *impasse*. Quizás, luego de haber sido madre, cuando comenzara el jardín de infantes.

Me causaban gracia, incluso a mí, las pavadas que me decía para acallar los gritos de mi desolado corazón. Fue entonces cuando empecé a escribir...

No me hago a la idea de que no volveré a verte. Todavía no puedo. Es imposible aceptarlo. De hacerlo, es probable que prefiera morir. La vida sin tus ojos... Esa mirada azul, observándome expectante en mis estados sublimes, de euforia plena o ante un sensual estallido de placer.

Siquiera me calma saber que te llevo conmigo. Y así será por siempre. Por toda la eternidad. Y así es que fuimos personas que se amaron a pesar de las tantas diferencias que hicieron lo imposible por privarnos de lo que sentimos.

No me arrepiento de nada. Incluso aún sintiendo clavada en mí la mirada admonitoria de quienes ven cambiar mi cuerpo y yo, sin una palabra. Todos desean saber, pero nadie se atreve a preguntarme. Es algo que pienso reservarme. Solo nosotros. Será nuestro secreto.

Al pensarlo, mi respiración se acelera. Los momentos se suceden y vuelvo a concebir que te tengo aunque no te vea. Regreso a aquel desierto ardiente que me hizo conocer el amor, y mi corazón se estremece.

Amo a Dios y es a quien dirijo cada noche mis plegarias. Le pido por tu vida y la de mi niño. Que alcances la alegría a pesar de que no sea junto a mí. También, que me ayude a recuperar el sentido a mi existencia sin vos...

Un aprendizaje que, al igual que una adicción, se lleva la cuenta día a día.

Un Iyad muy distinto cruzó la pasarela del barco que lo llevaría a destino. Vestido sin su fular ni su largo velo, hasta parecía tan occidental como el resto del pasaje. Un pantalón de vestir y una camisa blanca simplificaban su atuendo y lo confundían entre el montón. Aunque su postura sería siempre regia y su elegancia resultaba inconfundible. Muestra de ello era la cantidad de

cabezas que se volvían a observarlo mientras sus ojos quedaban ocultos tras las gafas de sol.

La mujer lo aguardaba según lo previsto. Apenas lo vio, ella supo que no tenía ninguna chanza contra el impresionante hombre que estaba al acecho de su amada.

—¿Su alteza?

—Es un error que cuesta desmentir —le respondió el joven, cordial.

Su sonrisa la hizo girar a deleitarse con las personas que faltaban. Elena quedó eclipsada y entendió que, de haber procedido con honestidad, Carmen jamás habría renunciado a Oriente.

—Disculpe, entonces. ¿Está usted listo?

«Esto tampoco resulta fácil», pensó Elena. Ella la había visto primero y la quería como una loca desquiciada, igual que cada vez que se enamoraba, pero de una generosidad infinita.

Cuando la madre —y como un secreto muy guardado— le había confesado que la jovencita estaba embarazada, para la mujer fue como un baldazo de agua fría. Herminda reclamaba algún dato del padre del niño, que se hiciera cargo. Por eso su pequeña se encontraba en esa situación. De otro modo, el hombretón, por más rabioso y altanero que le había parecido al exigirle hallarla, no lo habría conseguido.

—Aquí está el pasaje, como le prometí. El vuelo sale pronto. Agregué, además de la dirección, ciertos detalles para que no lo lleven a cualquier lado. Carmencita vive todavía con sus padres y, si no creyese que lo necesita, tenga por seguro de que no revelaría nada sobre su paradero.

—¿Qué le ocurre?, ¿ella está bien? —preguntó ansioso.

Esa mujer lo sacaba de quicio. Abogaba por derechos que no le correspondía hacer, pero era la única que terminó dándole alguna información sobre Carmen.

—Lo verá usted por sus propios medios —sentenció luego de levantarse a manera de despedida—. Cuando la vea, dígame que hice lo que consideré sería lo mejor. Si no fue así, que me disculpe.

Luego se marchó. Ni tiempo a reaccionar tuvo Iyad, que descubrió encontrándose solo. A pesar de haber viajado en otras oportunidades, tanta gente, después de años de la tranquilidad del desierto, lo embotaba. Preguntó algunas cuestiones, y otras siguió por instinto y recuerdos vagos que aún le quedaban de su paso por Occidente al realizar sus estudios.

El hecho era que logró subirse al avión que lo llevaría a Buenos Aires. Era un gran avance si se ponía a hacer memoria de todo lo que había tenido que pasar para llegar a esta instancia.

Su madre había ignorado cuanto pudo brindarle algún dato sobre el destino de la periodista, como la llamaba. Y no fue hasta que Marli había intercedido con su padre que se había enterado de que yacía en Madrid. Había luchado contra su propia naturaleza al saber que fue un hombre quien la había rescatado, y con intereses demasiado personales. Él no podía aceptar que su amor, ese que habían alimentado cada noche desde que se habían acariciado por primera vez, no la había dejado marcada para siempre, tanto como a él.

La azafata se acercó moviéndose con soltura entre los asientos. Al verlo, una expresión mezcla de sorpresa y arrobamiento la llevó a sonreír de manera inocente. La muchacha se ruborizó mientras que un calor circulaba por su cuerpo para instalarse en su centro. Su compañera no comprendía qué le pasaba hasta observar a dónde se dirigía la mirada de la mujer. Quedó tan extasiada como ella. Algunos pasajeros les pedían lugar para llegar a sus ubicaciones, y de a poco el sitio se serenó. Aunque de más está decir que venían a cada rato con diferentes propuestas de alimentos y servicios para continuar con la apreciación.

Su llegada fue tranquila y con buen clima. Jamás había estado en Sudamérica, por lo que contaba con pocas y ambiguas referencias. Le gustaba el fútbol y admiraba al jugador Maradona,

como la gran mayoría de sus seguidores. Aparte de eso, solo se había enterado de algunas historias que Carmen le había contado cada vez que él le había pedido saber algo de su tierra.

El taxi lo llevó a donde le indicó. Al menos, el cartel y el número coincidían. Igual, no se presentaría así nomás. Tenía tanto miedo a lo que se hallaría que pensó en volverse sobre sus pasos.

Para calmarse se decidió por observar cruzando la calle. Se halló en un sitio completamente diferente a lo que conocía. Esencias especiales. El aire sabía a un mar no muy lejano y a una mezcla de fragancias aromáticas que él podía distinguir por sus viajes. Lavandas y tomillo, laureles altos como árboles y gran variedad de flores en veredas amplias y concurridas.

Mientras miraba la casa, vio salir a un hombre de ella. Un señor mayor, de la edad de Hamous. Por la puerta entreabierta, distinguió más movimientos. La aparición de una mujer lo paralizó. No era la suya. Cerraron con llave y comenzaron a caminar del brazo. ¿Serían sus padres? ¿Dónde estaría Carmen en este momento?

Por momentos hasta sentía que, cuanto más se acercaba, más lejos estaba. Más le temblaba el cuerpo. Más rápido lo hacía su corazón. Pero lo prefería así, sangrando. Añorando el reflejo del sol contra la arena caliente por siempre, pero no más que a ella. La amaba por sobre cualquiera de sus credos.

Terminó por entender que era entonces o nunca, y cruzó nuevamente la calle. Parado en la entrada, golpeó. Primero, con suavidad; después, poniéndole decisión. Como nadie salía, creyó que la casa se encontraba sola. Estuvo a punto de irse.

Entonces aguzó el oído. Parecían pasos bajando una escalera. Lentos. Cansados. La mirilla se levantó y lo espionaron. El silencio posterior terminó con su paciencia.

—Busco a Carmen Morales...

Fue entonces cuando un grito le puso los pelos de punta. Un agudo sollozo lo convenció de que se trataba de ella. Pateó la puerta temiendo lo peor. El terror a que no deseara verlo casi lo puso a suplicar de rodillas.

La puerta se abrió. Despacio. Como si la hubiesen dejado a la deriva. Buscando que lo que tenía que pasar ocurriese ya y por gracia divina. La vio sentada en el suelo. El rostro, cubierto por las manos, que no aguantaban la carga de tanto anhelo. Lágrimas muy contenidas se daban prisa por sacudirse la desgracia para dejar entrar al sol. Nuevamente se hacía de día en la vida de la muchacha.

—Carmen...

Solo atinó a nombrarla. Se agachó junto a ella y, hasta dudando, buscó abrazarla. Ella se le echó encima y terminaron en el suelo. Riendo y llorando al mismo tiempo.

Iyad no paraba de mirarla. Todo fue eterno hasta que recordó sus besos y su boca no la dejó pensar. Se apoderó de esos labios mullidos y se internó tratando de demostrar la magnitud de sus sentimientos. No podía quitarle las manos de encima, de recorrer sus valles y sus bahías. Los recovecos de su cintura.

El asombro lo hizo soltarla para observar su abdomen sobresalido, y mil emociones surgieron de pronto y congelaron el instante mientras pensaba: «¿Qué hubiese ocurrido de no buscarla? ¿Ella se habría negado a contarme que esperaba un hijo mío?». Porque no dudaba de que el niño le pertenecía.

Parecía que el tiempo se hubiese detenido un siglo... Entonces él la miró y supo cuánto se amaban. Luego hablarían. Quizás, acabaría de enterarse, pero el momento era el presente. Y era cuando la tenía entre sus brazos.

Epílogo

(Carmen)

Un rugido lejano espantó a las bestias, que se sacudieron estremecidas. Tomé en brazos a mi pequeño hijo y lo acuné para calmarlo. La mirada de mi hombre, de un azul que se confundía con la intensidad del cielo sin una nube, removió mis entrañas al recuerdo de la noche de pasión que aún tenía grabada en mi memoria. Daba fe de su amor. Y, por cierto, él, del mío.

—Mira, mi reina... —lo escuch  decirme mientras señalaba el horizonte, donde ya podían verse los primeros pastizales frescos. La caravana avanzaba nuevamente hacia la supervivencia. Se acercó a mí y comprobó que Bekkai dormía aun teniendo mi pezón en su pequeña boquita rosada—. Puedes dejarlo en la carreta...

Seguí su indicación porque intu  que deseaba tenerme un rato a su lado. Mi pequeño, saciado, dormir  algunas horas.

Me acerqué hasta donde se hallaba mi querida Feduda y lo alc  a sus brazos amorosos. Lo llevó al interior, junto a su hermana, y lo dispuso tal cual haría con sus propios hijos.

Al volverme sentí que me izaban y era sentada delante de mi esposo. Amalu resplandecía bajo la luz del sol de la tarde. Respir  esa mezcla que se daba ante el desplazamiento del calor y la llegada de la variable brisa nocturna. Mi cuerpo se desperezaba contra el pecho tibio de mi hombre y rezaba a Dios, a Al  por pensar uno y el mismo, que perdurase esa dicha por lo que me tocase de vida...

Iyad se había hecho cargo de la caravana luego de la muerte de Hamous. Su madre, por fin, había logrado sentir el cariño de un hombre, y el destino había querido que fuese por poco tiempo. Ya no era la misma después de su partida, y los jefes le reclamaban decisiones que ella no estaba en condiciones de tomar.

Nuestra vida en la Argentina era tranquila. Nos habíamos casado y habíamos adquirido una casa cerca del hogar de mis padres. Iyad disponía, por herencia, de suficiente dinero para mantenernos, el que, sumado a algunas inversiones —para lo cual tenía buen ojo—, nos permitía considerarnos casi ricos. Así y todo, cada tanto me daba el gusto de escribir en la columna de algún periódico porteño o para alguna revista —me habían entrevistado varias veces por mi experiencia en Oriente—, lo que implicaba recibir un ingreso extra.

 ramos una pareja enormemente feliz, con una niña igualita a su padre que lo tenía embobado, llamada María. A demasiado poco tiempo de haberla parido, supe que estaba nuevamente esperando un hijo. La realidad de nuestra pasión nos pasaba factura, por lo cual habíamos decidido que, luego de ese hijo, trataríamos de tomar más conciencia.

A pesar de todo, jamás había dejado de ver cierta necesidad insatisfecha en la mirada de mi esposo. «Un hombre nacido en el desierto nunca deja de pertenecerle», me había dicho un día que lo había notado sumergido en otro mundo y tan distante que había temido perderlo. Entonces, me había propuesto no permitir que se marchitara si estaba en mis manos lograrle cumplir sus sueños.

La respuesta había llegado pronto. Su madre le escribía una extensa carta donde reclamaba su vuelta. En un principio, él había fingido una indiferencia que al instante supe mentirosa. Él deseaba volver. Nos amaba a mí y a sus hijos, pero la caravana era su mundo. Ese que había relegado por mí. Y la verdad, a mí también me gustaba a pesar de carecer de muchas comodidades. No obstante, mi naturaleza libre era un signo tan demoledor como el suyo en cuanto a su destino en las arenas calientes del desierto sahariano.

De vez en cuando, recordaba mi tierra con anhelo y sufría al enterarme de lo que mi pueblo hacía, pero era parte de esa columna ancestral que continúa marchando tras la búsqueda de su camino.

—Sujétate, pequeña. Le correremos una carrera al sol, que se esconde...

Afirmé mis pies contra los suyos y me preparé para dejar sentir a mi cuerpo que podía volar...

Nota de autora

Nunca es suficiente cuando se trata de narrar una vida plagada de emociones, como la que tienen mis personajes. Por eso intento dejar algunas posibilidades libradas al azar. Por ejemplo, lo que sucede con Osmar y su desilusión ante el rechazo de Carmen. O la felicidad de Feduda y Marli... (Me costó mucho dejarlos ir sin continuar con su relato).

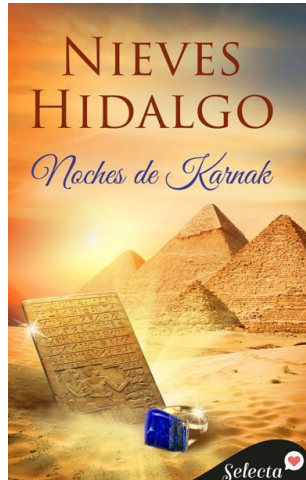
Busqué darles identidad a muchas historias contadas por aquellos caminantes del desierto. Todavía siguen luchando para que les reconozcan sus derechos a ser eternos viajeros de la arena. Algunos sucesos ocurrieron con diferencias temporales, pero, como suelo decir, fue para beneficio de este relato de ficción. Mucho de lo que cuento sobre la cultura tuareg es producto de la lectura de noticias y de blogs.

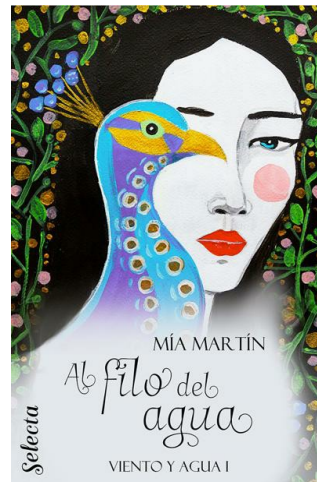
Usé el nombre de Carmen con el merecido respeto de una gran periodista madrileña y defensora de los reclamos de las mujeres ante tantas injusticias y diferencias de género.

Con todo mi cariño. Escrita para ustedes.

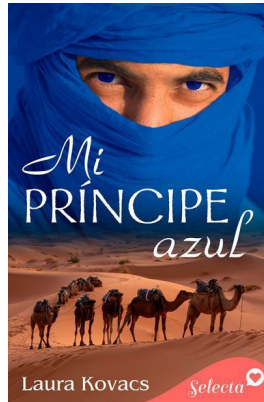
Si te ha gustado
Mi príncipe azul

puedes disfrutar de estas





«—¿Carmen? —llamó. La voz logró impresionarme. Su tono grave e intenso me trajo de vuelta ante la majestuosidad del desierto. Mi cuerpo supo darle la bienvenida, ardiendo tanto como reaccionaba ante el calor tropical»”.



Carmen Morales, exitosa periodista en un informativo madrileño, tiene por máximo anhelo viajar como corresponsal a cubrir las noticias donde aquellas ocurren.

Los productores, en principio, reniegan por su condición de mujer para ocupar ese lugar, pero terminan aceptando enviarla a Oriente. La propuesta es cubrir la lucha de los tuaregs, tribu nómada que viajan cruzando el desierto.

Iyad, como hijo de la líder de la caravana, se opone a recibir un extranjero entre su gente, pero poco a poco la joven periodista va ganando su atención.

El exótico escenario y los ideales compartidos, los encuentra. El amor hará lo suyo en un suelo plagado de sonidos y voces que despiertan en Carmen algo más que su deseo de captar una primicia.

Tendrá que optar entre quedarse ante el peligro de una nueva revuelta o huir, incluso, de este sentimiento que la completa de una forma maravillosa.

María Laura Ledesma, quien firma bajo el seudónimo de Laura Kovacs es una ávida lectora de la novela romántica. Vive con su familia, esposo y tres hijos, en Mar del Plata, Argentina. Si bien su profesión inicial fue ser Contadora Pública, prefirió dedicarse a la docencia; trabajo que realiza en la actualidad como profesora y directora de una escuela para adultos. Su pasión por la escritura comenzó a los 10 años y le gusta mucho mezclar la historia con esos amores que dejan huellas para siempre.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2023

© 2023, Laura Kovacs

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Michal Balada, Wirestock Creators

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-68-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En Penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



[Penguinlibros](#)

[1] Traducción al español: «Mi pequeña».

[2] Traducción al español: «La paz sea con vosotros».

Índice

Mi príncipe azul

Capítulo 1. El legado de Eva
Capítulo 2. Los hombres de azul
Capítulo 3. Hasta la locura
Capítulo 4. El elegido
Capítulo 5. Regresa a mí
Capítulo 6. Los ojos del desierto
Capítulo 7. La cola del león
Capítulo 8. *Kel Tagelmust* («El pueblo del velo»)
Capítulo 9. Feduda
Capítulo 10. Nido de serpientes
Capítulo 11. La espía
Capítulo 12. Seducida
Capítulo 13. La fiesta del divorcio
Capítulo 14. La rebelión
Capítulo 15. Los Imoosiag, Los «Libres»
Capítulo 16. Tormenta de arena
Capítulo 17. El rescate
Capítulo 18. Kel Ehad. «Los de la noche»
Capítulo 19. La novia más feliz
Capítulo 20. Su bandoneón
Capítulo 21. Tu simiente
Capítulo 22. Volver...
Capítulo 23. Entre sus brazos
Epílogo
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laura Kovacs

Créditos

Notas